

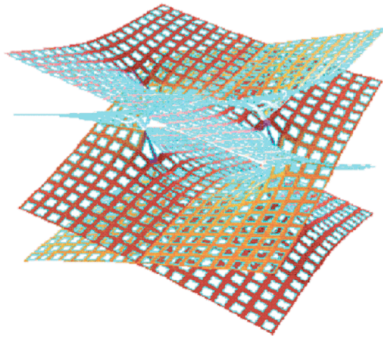
WUNSCH 12

**BOLETÍN INTERNACIONAL DE
LA ESCUELA DE PSICOANÁLISIS DE LOS FOROS DEL CAMPO LACANIANO**

junio 2012

WUNSCH

Número 12, junio 2012



TERCER ENCUENTRO
INTERNACIONAL DE ESCUELA
Paris, diciembre de 2011

Boletín internacional de
La Escuela de psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano

Editorial

Tienen en sus manos el número 12 de *Wunsch*, prueba de la consolidación de un trabajo internacional de Escuela que tuvo su punto de arranque específico con el I Encuentro Internacional de Escuela, agosto 2009 en Buenos Aires (pueden encontrar el programa y los trabajos presentados en ese evento en Wunsch 8).

Wunsch 12 conserva la orientación de los cuatro números anteriores, pero introduce también novedades.

Recoge en primer lugar algunos de los **trabajos presentados en el Tercer Encuentro Internacional de Escuela**, que bajo el título *El psicoanálisis, finales, continuaciones*, se celebró los días 10 y 11 diciembre 2011 en París. Se trata en concreto de la presentación del Encuentro a cargo de Albert Nguyên, del trabajo aportado por Colette Soler y de las ponencias de dos AE en ejercicio vigente, Marcelo Mazzuca y Cora Aguerre.

A continuación podrán leer todas las **intervenciones** que tuvieron lugar en la **Jornada de Escuela del 9 diciembre 2011**, que bajo el título *La Escuela a prueba del pase*, se desarrolló por medio de dos Mesas redondas bajo el título una de ellas de *El discernimiento del pasador* y la otra *La apuesta del AME y sus "suites"/continuaciones*. En total se presentaron diez breves trabajos que dieron pie a un amplio debate colectivo

Siguen las novedades. La primera de ellas es la inclusión de algunas **reflexiones solicitadas a los Dispositivos de Escuela Locales** acerca del tema de la Jornada de Escuela, a fin de ampliar aún más el debate internacional relativo al AME y el pasador. La segunda, plasma algunas **réplicas de actuales miembros del CIG** a textos aparecidos en **Wunsch 11**, escritos en su mayoría por los propios miembros del CIG 2010-2012. Esta iniciativa permite sacar a la luz aspectos del debate interno en el seno del CIG, lo que da cuenta de su vivacidad, haciéndola al mismo tiempo más presente y transparente.

A continuación encontrarán las imprescindibles **aportaciones de los Carteles del pase** en ejercicio, período 2010-2012, que permiten seguir los avatares y novedades que surgen siempre de nuevo en el encuentro con lo más esencial de los análisis llevados hasta su final, y de lo que se puede constatar después de ese final.

Una novedad más: la presentación de un **Catálogo internacional de Carteles**, que refleja bien el volumen y la diversidad de intereses de trabajo que habitan el Campo Lacaniano.

Wunsch 12 se cierra con el anuncio y presentación de la **próxima actividad internacional** de la IF-EPFCL: el **VII Encuentro internacional de los Foros y de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano, en Rio de Janeiro 6-8 de julio 2012**. Les esperamos.

Ana Martínez (por el CAOÉ)

La Escuela a prueba del pase

Mesa redonda “El discernimiento del pasador” (09 diciembre 2011)

Colette Soler (Francia)

El pasador

El término de pase incluye semánticamente referencias al tiempo y al espacio, al igual que el esp de un laps que abre el prefacio, como lo hice notar. Implica una travesía, Lacan emplea el término y en consecuencia también un tiempo necesario. Se entra, se sale.

La cuestión es saber cuál es el paño de este tiempo. Al término se coloca una conclusión, aunque sólo sea en acto, pero ¿es el fruto de un tiempo para comprender o de un tiempo para cambiar, o incluso para renunciar? Dejo eso en suspenso.

Se entra, se sale. Si se razona un poco a tuestas, se dirá que el pasador entró pero no salió, el pasante piensa haber salido y se espera que diga cómo, en lo particular de su caso.

¿Qué pasa en esta zona del pasador potencial? Todo el asunto está ahí si se quiere designar pasadores.

Sostengo que es una zona de turbulencia, como se dice en la navegación aérea. Turbulencias hay de muchas clases, por otra parte un análisis trata, hystoriza las turbulencias de una vida, propia de cada uno. Aquí se trata de otra cosa: se trata de una turbulencia tipo, inherente al discurso analítico, producida por él, efecto de la lógica de su proceso. Turbulencia es el término que yo elijo para decir ese tiempo en el que se desarrollan los afectos de la conclusión pendiente, es decir el tormento, el duelo, o el goce inquieto de la fase final aún no terminada. Amarre su cinturón, es lo que sería necesario decir al pasador, porque es él quien resulta sacudido en esta zona, “esté o no en dificultad” y lo más frecuente es que esté en dificultad. Querría destacar este punto. El está pendiente, a punto de, en un tiempo de suspenso ¿de qué? De lo que va a ser la solución propia para un analizante dado.

El pasante, en principio, salió de la zona, incluso si puede esperar algunas otras turbulencias en el dispositivo. El pasador es otra cosa. Le doy peso al hecho de que Lacan no dijo simplemente él está en el pase, sino él *es* el pase. El uso del verbo ser es siempre muy significativo en Lacan, como cuando dice por ejemplo que el sujeto *es* el objeto de su fantasma.

En el espacio del pase ¿en qué se han convertido los dos *partenaires*? Duelo para el analizante, *deser* (*désêtre*) para el analista, dice Lacan en 1967. ¿Qué quiere decir esto? El término de *deser* (*désêtre*) designa un cambio en la relación de transferencia, que Lacan formula en el “Atolondradicho” con la expresión: él es reducido al objeto a. Los americanos han estigmatizado al analista como reductor de cabeza, sí, la del analista al final. ¿Qué es lo que se eliminó en esta reducción? La idealización del objeto de la transferencia, el agalma del Sujeto supuesto Saber, queda entonces el “en sí” del objeto a, impredicable, su pura función de causa sostenida por el analista. Entonces ¿cuál es el duelo exactamente? Duelos hay muchos y de distintas clases. Este duelo es un duelo tipo programado por el proceso. Se refiere al saber

como objeto. El amor de transferencia es amor al saber dice Lacan, es decir es el saber supuesto el que da al analista su estatuto de objeto, en este sentido no es cualquier objeto sino el de un nuevo amor. El *deser* (*désêtre*) del analista no es que uno le desuponga el saber, es que con el saber adquirido por el analizante en el análisis, se echó una ojeada sobre los límites de lo que yo puedo saber, y que sea lo que sea lo que se articula, es, cito: “saber vano de un ser que se escabulle”. Cuando se ha cruzado el umbral de entrada de un análisis, y se está entonces en el espacio de la transferencia, se está en la espera del saber, bajo la forma muy simple de una espera de puesta en palabras. No debido a un gusto particular por las palabras sino porque este impulso hacia la puesta en palabras “se justifica suficientemente del rasgo unario”, del S1. Y se puede entrar incluso aunque se tengan pocas palabras, es decir aunque no se sea muy cultivado, puesto que la llamada cultura es la cultura de las palabras. Se apunta a poner en palabra lo que se es, uno se querría poner en palabra, todo entero, con la idea que eso permitiría hacer de otra manera. Pero tengan en cuenta, ¿qué significa esa esperanza de que la puesta en palabra cambia algo? Significa que el método postula, implícitamente, que se es *motière*, (neologismo de Lacan entre palabra y materia) hecho del paño (*l'étoffe*) de las palabras, y se querría saber... su *motière*. Esto en cuanto a la esperanza.

Y luego se hacen dos constataciones: imposible de ponerlo todo en palabras, allí faltan las palabras, hay un real que se agarra a la naturaleza misma del lenguaje. Así que, las palabras que me representan no me representan todo, mi *motière* sigue estando en cuestión. Pero por otra parte, hay palabras en más que yo no sabía, que surgen de *milengua* y hacen lapsus en mi palabra, y sin final, incluso después del llamado final. Entonces palabras que no se sabrán nunca, un lapsus pudiendo siempre expulsar a otro, permaneciendo incierto el Uno encarnado. Lo ignorado de mi *motiéralité* se revela por allí. Lacan habló del en sí del objeto a, sería necesario hablar del en sí de mi *motière*.

El amor del saber, el saber tomado como objeto y la espera que genera desemboca pues en el fracaso, (hay también éxito pero lo dejo de lado) y ahí mido, por primera vez verdaderamente, lo bien fundado de la escritura de Lacan, lo no sabido (*insu*) que sabe. Este hecho, del fracaso justifica suficientemente un tiempo de turbulencia, en el cual el sujeto incrédulo no quiere creer en los límites en cuestión, aún menos aceptar este *impasse* del Sujeto supuesto Saber. Entonces, lo que hace la virtud del pasador, es que él es este no sabido que sabe, y es precisamente lo que permite acoplarlo al pasante y al modo de la agudeza. La agudeza no es la historia graciosa, produce un efecto de sentido en el no sentido que no es de nadie en particular, que se transmite de uno a otro, y luego a un tercero cualquiera como un universal. La condición sin embargo es la lengua compartida que suplanta la particularidad de cada uno. En el pase, lo que pasante y pasador comparten más allá de sus diferencias individuales, no es solamente *lalengua*, es lo que hoy llamo lo no sabido de quien sabe, ya sea que ustedes pongan este no sabido a cuenta del en-sí del objeto o del real. El pasante ha hecho de ello su éxito, sabido que sabe, a escribir de las dos maneras, el pasador lo experimenta aún, oscilante entre esperanza y fracaso, saber adquirido y saber agujereado. Fracaso, también a escribir aquí como ustedes quieran. Entonces puede afligirse, más o menos por otra parte, pero sobre todo temer, angustia, que sea un mal pase, sin salida. Y bien, sin duda nada como esa inquietud, esa intranquilidad, para que pueda atrapar al vuelo la solución que otro que pasó por ahí, el pasante, haya encontrado.

Resumo pues para concluir lo que quería decir hoy. De pasador a pasante hay el mismo problema, pero no la misma salida. Este problema se formula de distintas maneras en Lacan, pero en todas sus evocaciones del pase se sitúa: “saber vano de un ser que se escabulle”, o *impasse* del Sujeto supuesto Saber, o espejismo de la verdad. ¿Qué hacer con este descubrimiento y cómo soportarlo después de todas las esperanzas que se había puesto en la transferencia? Es porque la respuesta le falta aún al pasador, en consecuencia por su dificultad misma, que será eventualmente sensible a la respuesta que el otro, su pasante, ha creído

encontrar, y que podrá transmitirla al cartel. Es en efecto el modelo del chiste. Concluyo pues que para designar un pasador, tarea de los AME en nuestra Escuela, es necesario tener una idea de lo que es el problema tipo de la fase final del análisis más allá de los problemas particulares que cada analizante intenta solucionar en su análisis.

Traducción de Patricia Muñoz

Elisabete THAMER (Francia)

“El discernimiento del pasador”

Habiendo finalizado mi función de pasador hace ya algún tiempo, es con una cierta distancia que voy a abordar la cuestión del “discernimiento del pasador”. Yo distinguiría tres “momentos” de discernimiento. Tres discernimientos que me parecen anudados en el dispositivo del pase, pero que desanudaré para intentar extraer una lógica.

Primeramente, un discernimiento que llamaré “previo”, un discernimiento operado en la propia cura de aquel que será designado pasador, momento de pase, que no parece haber sido detectado siempre por el analizante en el momento de su designación. En segundo lugar, el discernimiento que está en juego en la recogida del testimonio de los pasantes. Y en tercer lugar, el discernimiento frente al cartel del pase y en la Escuela.

Estos tres momentos de “discernimiento” se reconocen fácilmente, porque son invariablemente objeto de los trabajos de los pasadores, que hablan o bien del impacto de la experiencia sobre su propio análisis; o bien de la elaboración de los pases escuchados o bien de los efectos sobre su posición frente a la Escuela. Este cruce se correlaciona con la función misma del pasador, función que es bisagra en el dispositivo del pase y de su vínculo con la Escuela. Su designación depende *a fortiori* de la concepción que tiene su analista, un AME, del fin del análisis. El dispositivo del pase compromete así a una buena parte de la Escuela: analizantes, AMEs, pasantes y carteles. Lean al respecto el excelente artículo de Jacques Adam “Pase y garantía”, que ha aparecido en el último *Mensuel*.

1. El discernimiento “previo”

En un corto texto de 1974, muy arduo por otra parte, “Nota sobre la elección de los pasadores”, Lacan dice que para recoger un testimonio, es necesaria otra *dit-mension*, le cito: “aquella que implica saber que el análisis, de la queja, no hace sino utilizar su verdad”.

Lo que me lleva a hablarles de un discernimiento “previo” se funda en mi experiencia singular. Les puedo decir con certeza que antes de un momento de viraje bien preciso en mi análisis, no hubiera podido ser un pasador. ¿Por qué? Ocurre que antes de ese momento, la idea que yo tenía del pase estaba teñida de una mezcla de desconfianza y un vago interés epistémico. Desconfianza, porque al escuchar o leer los testimonios de pase, todo eso me parecía bastante “estrambótico”, un poco “cogido por los pelos”. No veía cómo un sueño, un lapsus, una palabra o una letra, por ejemplo, habrían podido cambiar la vida de alguien. Eso no me parecía ser “verdadero”. No es necesario desarrollar aquí de qué modo el vínculo a la “verdad” contaba para mí... Fue necesario por tanto que mi relación a la verdad quedara irremediabilmente tocada, es decir que la verdad fantasmática se desvelara como fijación (con una x). Este viraje se puso en marcha, para gran sorpresa mía, a partir de la aparición de un elemento de *lalangue*, que esta vez, no fue atropellado por el torbellino del sentido. Lo que antes me parecía “estrambótico” al escuchar o leer los testimonios, finalmente experimenté su alcance. En ese preciso momento, se inició irremediabilmente la caída del postulado transferencial. “Yo sabía” que había ahí alguna cosa absolutamente inédita, no comparable con los alivios sucesivos que había encontrado a través de un largo recorrido analítico. Yo lo sabía,

y no tenía necesidad de que mi analista me lo confirmara. Es la razón por la cual, cuando recibí la primera llamada de un pasante, fue en realidad “una sorpresa que no lo era”.

Aprovecho la ocasión para relanzar un debate sobre un punto respecto al cual no hay unanimidad, me parece. Se trata del hecho de “informar”, o no, al analizante de su designación como pasador. Preciso de paso que yo no fui informada por mi analista.

Me pregunto simplemente ¿cuál sería la naturaleza de esa “información”, aún por muy cortés que fuera? Un enunciado del tipo “yo le he designado a Vd como pasador” podría equivaler a una enunciación del tipo “Vd está en el pase”. ¿Cuál sería el objetivo de esta “información”?

No pretendo aportar una respuesta a esta cuestión, pero sí subrayar dos consecuencias: una posible, la otra necesaria. Una consecuencia posible, es que esa “información” devenga una interpretación, lo que relanzaría la máquina transferencial cuando el analizante se dirigía hacia la salida. Una consecuencia necesaria, inevitable, es que el analizante, estando informado de su designación, permanecerá forzosamente a la espera (y qué espera!) de la llamada de un pasante, lo que puede no tener lugar. ¿Qué deviene entonces la designación que no se anuda al acto de aceptar o no la función?

2. El discernimiento del pasador frente al testimonio

Se espera del pasador “un testimonio justo”. Me parece evidente que un testimonio “justo” no es un trabajo de transcripción *ipsis litteris* del material recogido ni un ejercicio de teorización de ese mismo material, porque esa tarea le corresponde al cartel, que “no puede abstenerse de un trabajo de doctrina”, dice Lacan en la “Proposición” de 1967 (p.256 *Autres écrits*). El pasador tampoco debe colocarse como analista (Congreso “Sobre el pase” en La Grande Motte, 1973).

No hay modo de empleo para el ejercicio del pasador, debiendo cada uno arreglárselas como puede, es decir a partir de su propia experiencia de analizante y de lo que haya podido saber del dispositivo. Dicho esto, ningún “conocimiento” puede eludir lo real implicado en esta transmisión radicalmente singular que es el pase. Es una puesta a prueba para el pasador, que debe encontrar su modo de hacer frente a lo transmisible y lo intransmisible de la experiencia. Lacan decía, en más de una ocasión creo, que no hacía falta “dar el soplo” al pasador, es decir nada de *briefing*, como se dice actualmente.

Es pues así, sin guía o fórmula previa, que el pasador organiza el testimonio escuchado para exponérselo al cartel. Un discernimiento del lado del pasador es exigido por tanto. ¿Qué retener? ¿Cómo organizar el testimonio?

En mi experiencia, he recogido tres testimonios y un hilo lógico se desprendió de forma natural de cada uno de ellos. Mi tarea fue sin duda aligerada por eso, pero imagino que este no es siempre el caso.

Me parece que el modo en que se va dando el desenlace del análisis del pasador puede interferir directamente en el modo de recoger y organizar un testimonio. Se puede considerar que según el punto en el que el pasador esté en su análisis, podría, por ejemplo, privilegiar la novela familiar relatada por el pasante en detrimento de los acontecimientos del real, de los que no capta el alcance, o vive-versa, es decir como yo lo viví en mi propia experiencia, de la cual les hablé ya en Roma. El primer testimonio que recogí, aún en lo vivo y bajo el entusiasmo del alcance de que lo pasaba en mi análisis, lo comprendí rápidamente. Un acontecimiento real, central en el testimonio, fue de una tal evidencia para mí, que no busqué las coordenadas de lo que este acontecimiento había podido modificar en el sujeto. Resultado: ante el cartel, eso no servía de demostración. Vemos aquí cómo el discernimiento del pasador se anuda ineluctablemente a su propia experiencia de analizante.

Pero...porque hay un pero, y es el genio del dispositivo de Lacan: cada actor del dispositivo es descompletado por el otro. Por una parte, hay un segundo pasador. El otro

pasador habría podido captar algo de lo que se me escapó a mí o que habría podido quedar impregnado de algún resto sintomático de mi parte. Por otra parte, lo que el pasador transmite al cartel, lo que resuena, va siempre más allá de lo que su testimonio enuncia. Es por otra parte la meta del pase: que un decir se demuestre. Un decir que se define exactamente por *ex – sistir* a los dichos, y que, en el pase, haría prueba de la emergencia de un deseo inédito.

Me he preguntado por otra parte ¿porqué el pase no deviene una suerte de “teléfono árabe”...? He aquí un ejemplo: con ocasión de una velada de Escuela, escuché a una colega que había sido miembro de un cartel del pase ante el cual yo había testimoniado. Testimonio que, por añadidura, condujo a una nominación. Ella evocaba, en su exposición, algunos elementos de la historia del pasante y yo pensé: “no es exactamente así como yo conté esa historia!” Este pensamiento tuvo un efecto de *Witz* para mí, haciéndome sonreír más bien. ¿Por qué? Por una parte: porque lo que yo conté al cartel era probablemente también una declinación de lo que el pasante pensaba haberme transmitido. Por otra parte, porque esa pequeña tecla del “teléfono árabe” que concierne al relato del pasante y que, en este caso, no concernía más que a un detalle, no restó nada a la convicción engendrada por el testimonio. Este pequeño suceso fue para mí una confirmación más de eso que hace prueba, un decir que se demuestra más allá del relato.

3. *El discernimiento del pasador frente al cartel*

Es en el encuentro con el cartel que se cumple la experiencia del pasador, no sólo porque deposita allí lo que ha recogido del pasante y marcha sin participar en la decisión del cartel, sino porque el pasador encuentra allí de algún modo “la Escuela”. Puede constatar en ese momento, a partir de las preguntas que le hace el cartel, por ejemplo, que no estamos todos en la misma onda respecto al pase, ni respecto a la comprensión de lo que sanciona un fin de análisis. En mi experiencia no fue sino después de haberme encontrado con el primer cartel y haberme comprometido más en el trabajo de nuestra comunidad, que yo constaté que el gran Otro de la garantía de la Escuela no existe. Fue para mí “la caída del cartel supuesto saber”, expresión de Maria Luisa Sant’Anna en Roma y que encuentro muy afortunada. La consecuencia inmediata fue que eso, en lugar de desesperarme, aligeró mi tarea. De un lado, me tomé el tiempo de considerar, en la medida de lo posible, lo que podía ser eventualmente importante para el trabajo del cartel, no dudando en pedir precisiones al pasante sobre un punto que no me pareciera claro, o solicitándole si tenía alguna cosa a decir sobre un aspecto que no hubiera evocado espontáneamente en el momento de su testimonio. Por otro lado, me sentí más concernida por el trabajo de Escuela, al sentirme convocada y aportar mi pequeña piedra.

Aprovecho igualmente la ocasión para abordar otro punto, digamos, práctico. Me parece evidente que hay una temporalidad propia en la función del pasador, que está en lo vivo del desenlace de su propia experiencia, vivo que no dura eternamente. Hay por otra parte una restricción práctica que el secretariado del pase debe administrar, particularmente la ecuación entre demandas de pase y número de pasadores. De una parte, un pasador no se improvisa y del otro, no se puede decir a un pasante que se le va a inscribir en una lista de espera. Hay urgencia. Pero me parece importante que el secretariado del pase no pierda nunca de vista tanto el tiempo de los pasadores en el dispositivo, como el número de pases por pasador. Es el caso, estoy segura. Si remarco este punto aquí, es debido a que hay un doble filo en el hecho de permanecer demasiado tiempo en la función o de recoger un número importante de pases. No sólo porque eso vivo pasa; sino también porque si el pasador deviene un pasador “serio”, y entiendo “serio” en el sentido de “serie”, habría sin duda una ganancia epistémica considerable, pero se corre también el riesgo de “aprender” eso que se supone ser transmitido. Y, en este caso, existe la amenaza de que el pasador devenga un “funcionario” del dispositivo.

Esta experiencia permanece para mí como una experiencia inolvidable. Estoy agradecida todavía a todos los actores del dispositivo con los que me encontré. Esta experiencia confirma para mí – porque ella instala en el corazón de la Escuela lo que debe realizarse en cada cura – la falta fundamental del Otro de la garantía, la imposibilidad de decir verdadero sobre lo real, los impases de la transmisión. No haría falta que se intente paliar esos imposibles que tocan al dispositivo, como si las pocas nominaciones fueran signo de que se falla en alguna cosa en la que se podría no fallar. La meta del pase es, ante todo, impedir que los analistas olviden el acto que funda su práctica. Ciertamente, el pase es una garantía precaria y eso puede parecer una paradoja. Pero, según Lacan, en su “Discurso a la EFP”, era exactamente de ese precario del que él esperaba que se sustentara el analista de su Escuela. (*Autres écrits*, p. 271)

Traducción de Ana Martínez

Frédérique DECOIN-VARGAS (Francia)

“El discernimiento del pasador”

¿Por qué no decirlo? He sido muy feliz por mi experiencia como pasadora, así como estoy muy contenta de que se me haya ofrecido la ocasión de hablar de ello por primera vez hoy.

No que la aventura haya sido sin obstáculos y sin desilusiones, pero era enteramente una aventura y será inolvidable.

La designación

En primer lugar es un honor ser designada pasadora. Aun cuando, hace 12 años que se estima a su analista, gracias a él hemos salido casi del atolladero, se aconseja a todo el mundo ir a verlo, le detestamos a veces por habernos abandonado, por no haber confiado en nosotros y mira que nos designa.

Entonces, se puede estar orgullosa, como un niño de 2 años a quien los padres confían ceremoniosamente la tarea de ayudarlos a poner la mesa. Hay primeramente el júbilo de formar parte de los «grandes», viene enseguida la prudencia y la seriedad necesaria para el cumplimiento de esta pesada carga.

Del punto en que yo estaba en ese momento en mi cura y del valor interpretativo del acto de mi analista, desgraciadamente no me acuerdo. Lo que me parece ser un recuerdo pero que quizá no es más que una reconstrucción en el “après-coup” (a posteriori), es que esta designación se me presentó entonces como la legitimación de mi transferencia a la Escuela. Mi analista había tomado nota de una cuestión que me trabajaba ya desde hacía mucho tiempo: la cuestión del fin del análisis y del pase.

Llegada al análisis con la queja de no terminar nunca lo que empezaba, me encontré efectivamente idealizando fuertemente la salida, mientras que eso no terminaba y que la experiencia se producía.

Así, el conocimiento que yo tenía del dispositivo del pase en la Escuela sostenía desde hacía años mi deseo de analizante. ¿En qué momento se volvió tan importante? Hoy me planteo la cuestión. Pienso, mirándolo de más cerca, que el pase se hizo indispensable para mí a partir del momento en que el análisis comenzó a producir algo de lo insoportable, es decir sin duda, a desvelar lo real. Yo sabía que era un mal necesario, incluso saludable, y para convencerme de ello había el pase. En cada momento de intensa angustia y/o desesperación generada por la cura yo leía y releía el libro de textos sobre el pase titulado «*Retorno al pase*», y me decía cada vez que si sufría tanto al menos era para algo, ¡es que yo estaba en el pase con

los efectos liberadores que eso parecía implicar! Excepto que no era nunca el bueno, y que mi analista encontraba, continuamente, la manera de decirme con insistencia: «El análisis no ha terminado...» (que hay que escuchar con el tono «lo constata usted misma» y yo no podía más que constatarlo efectivamente).

El pase me ha acompañado pues durante mucho tiempo y la imagen que me viene es la del autobús que se espera. El pase para mí, ha sido como cuando se espera un autobús, se lo espera desde hace un cierto tiempo, durante mucho tiempo, y no llega, se piensa en marchar, pero se dice que sería una pena irse ahora, que llegará seguro pronto y que no se ha esperado todo ese tiempo para terminar “a pie bajo la lluvia” y además, si llegara justo cuando te has ido...

Yo me decía: después de todo este tiempo en análisis sería demasiado tonto partir terminando de esta manera, ese fin que se siente que no es uno sino justo una parada en la cronología del encuentro con el analista. Ser pasador, me dio ganas de continuar todavía, el autobús iba a llegar pronto forzosamente, en algunos segundos ahora, algunos segundos que habrán durado 3 años hasta hoy...

El pasador analizante

Orgullo, satisfacción... pasan 6 meses, después de repente, la primera pasante hace irrupción en vuestro día a día.

Es, en efecto, estando fregando cuando recibo la primera llamada de teléfono tras el sorteo. Hay algo de un poco angustioso en este surgimiento en medio de lo que la vida puede ofrecer de más prosaico. En el fondo, cuando se es pasador no se escoge nunca el momento... No se escoge el momento de ser designado, no se escoge el momento del sorteo y de la puesta en marcha del proceso, es así hasta la transmisión al cartel. Es una experiencia, todo menos confortable, que nos aleja de la ilusión del «prêt-à-porter», en ningún momento se trata de estar listo, cuando se dice sí, no es que se esté listo, puede ser que se esté simplemente listo para decir sí.

El pasador dice sí a una experiencia que le designa en el punto en que está en su relación de alienación/separación con el Otro. El progreso en el análisis le permite aceptar jugar el juego de una situación en la que el imaginario tiene poco a qué agarrarse (ni representación, ni modelo) y donde la garantía que pudiera ofrecer el Otro está en estado lastimoso.

Pues, si la neurosis le permite sostenerse de un «seguro de vida», a saber de un Otro que hace consistir alegremente en el fantasma y que por muy desagradable que sea le remite siempre a algo conocido, sólido, solidario, la responsabilidad del pasador y su compromiso supone por el contrario su soledad. Hay dos pasadores, cierto, pero cada uno tiene el deber de estar ahí, y el Otro por mucho que dirija una palabra de excusa con el fin de justificar su ausencia, la cita será fallida.

El «discernimiento» de su analista la ha propulsado a esta experiencia, sin duda él no se ha equivocado, pero la «placa sensible» no ha pasado todavía de un Otro al otro, no se ha destituido todavía de su goce mortífero. La placa es inestable, lo que no va sin falla.

Así, a posteriori, me pregunto si un incidente que se ha producido durante el proceso en un momento en que yo debía transmitir uno de los testimonios, no ha sido la expresión sintomática de mi alienación al Otro bajo la forma de un acto fallido. Estaba embarazada y una patología del embarazo de la que no había tenido conocimiento encontró la manera de manifestarse algunos días antes del encuentro con el cartel obligándome a acudir de urgencia al hospital.

Cuando los médicos me anunciaron que no podría salir hasta algunos días después, estaba hecha polvo ante la idea de no poder presentarme a la cita con el cartel. El cartel por su lado se empeñó en encontrar soluciones para que el encuentro tuviera lugar antes de la fecha

límite, a saber (dimensión internacional del pase obliga...) antes de la vuelta a Brasil del «más-uno». Una solución parecía permitir una salida... Pero los médicos, ante mi enloquecimiento, ¡decidieron otra cosa!, atrasando la fecha de alta, ellos zanjaron. El encuentro se hacía imposible. Qué alivio... el Otro estaba allí de nuevo, yo no estaba sola ya: no, ¡usted no debe salir! ¡Usted no tiene derecho! ¡A la cama! Continuaba sin decidir nada pero estaba de nuevo en un lugar conocido. Qué agradable esta impotencia....

De hecho, el pasador es un analizante que, como lo dice Lacan, del enseñante que emana del discurso analítico, es conducido «a no producir nada de dominable, a pesar de la apariencia, más que a título de síntoma.»

(«Alocución sobre la enseñanza» en *Otros escritos*)

El pasante, él también, es un analizante cuando viene a hablar al pasador: «...es a ellos (a los pasadores), a los que un psicoanalizante, para hacerse autorizar como analista de la Escuela, hablará de su análisis, y el testimonio que sabrán acoger desde la frescura misma de su propio pasado será de esos que no recoge jamás ningún jurado de acreditación» («Proposición sobre el psicoanalista de la Escuela»)

Me permito subrayar esto en lo que concierne a la dimensión de transmisión del psicoanálisis que se espera del Analista de la Escuela. Lo que el analizante que solicita el pase tiene que demostrar es que hay psicoanalista («el acto psicoanalítico»), es decir, que su acto se hará desde un lugar de objeto, pero sucede que esta demostración no puede ser enunciada más que a partir de un dispositivo en el que él es analizante es decir desde un discurso que pone al sujeto dividido en lugar de agente. Si no es como analizante que el pasante viene a testimoniar, habrá sin duda pocas posibilidades de que algo de su deseo de analista sea captado, así, me parece que un pasante que fuera nombrado AE habría hecho no solamente la demostración de ese deseo sino que ofrecería también la garantía de una transmisión del psicoanálisis que sería una transmisión analizante, es decir no-toda.

El pasador analizante no está en el punto del analizante pasado a analista, transmite con su síntoma, yo diría incluso a pesar de su síntoma, lo que implica el riesgo de «deshonrarse por dejar la cosa incierta», mientras que, ese síntoma, es justamente lo que desea transmitir el analizante pasado a analista. El deseo que adviene para él es de hacer de ese síntoma, «causa de su horror de saber», una causa, su causa.

El discernimiento

Transmitir con su síntoma es peligroso. Esto me ha conducido, lo he dicho más arriba, a la cita fallida, al acto fallido, pero el riesgo que puede también derivarse de ello es la falta de «discernimiento».

El término de «discernimiento» elegido para el título de nuestra mesa redonda me ha parecido muy pertinente desde que he leído su definición precisa después de haberla remarcado en el programa. Según el Petit Larousse el «discernimiento» es «la facultad de juzgar y de apreciar con justeza; el sentido crítico». En sentido literal es «la acción de separar, de discriminar», etimológicamente «*discernere*» significa «separar».

Este término en su sentido literal de «separación» entró inmediatamente en resonancia con lo que estaba intentando describir del proceso de recogida, de construcción y de transmisión de testimonios.

Para cada pase, ha sido preciso dar prueba de discernimiento es decir que efectivamente se ha debido proceder a la acción de separar, correlativa de la de separar «se». Lo hemos visto, la cuestión de la separación está en juego en la elección del pasador puesto que éste es designado en un momento en que algo se juega de una desalienación al Otro que hace vacilar el objetivo agalmático hasta entonces punto de mira (espejismo) en que se alojaba su verdad.

Por esto, el pasador está a priori «en pase» y es allí que él está, me parece esperado, de separarse del objeto que le es transmitido a fin de poder transmitirlo a su vez. No es el día de la transmisión al cartel que esta separación tiene lugar sino mucho antes, en el tiempo en que esto trabaja.

Yo había optado por coger el máximo de notas posible, era para mí un paso necesario.

Conociendo mi inclinación al olvido y deseando tener el texto de los pasantes lo más aproximado a su enunciado, me parecía, en efecto, enormemente preferible guardar una huella escrita.

Esta toma de notas fue, en un primer tiempo, un esfuerzo de dominio, pero me doy cuenta a posteriori (es decir en el momento en que escribo), que me ha permitido también soltar la presa. Sabiendo que tenía anotaciones bastante fiables, he podido ordenar cuidadosamente mis cuadernos durante meses hasta que un miembro del cartel nos prevenga de la fecha de la transmisión. He releído pues mis notas entre los dos testimonios que ha habido para cada una de las tres pasantes, una vez después, en seguida, he dejado «cocer poco a poco» y cuando he tenido la fecha de la cita con el cartel es cuando me he dedicado a una construcción, reconstrucción, más o menos necesaria según los pases.

Pienso poder decir hoy, que lo que hice intuitivamente hace tres años, a saber este dejar de lado los textos, era la puesta en acto de una tendencia que había adquirido a la vez en la experiencia de mi análisis, pero también en la de mi formación en psicoanálisis en nuestra Escuela. El extravío en los conceptos lacanianos transmitidos por docentes y no por los profes, me había conducido efectivamente a dejarme impregnar... A escuchar sin comprender, a leer sin captar, a extraer por partes lo que resuena, a aceptar olvidar. Había adquirido una confianza en el diletantismo, constatando, que poco a poco, en este baño de decires y de escritos, se constituían articulaciones que, por añadidura, se verificaban en la clínica.

El hecho de releer mis notas y de trabajarlas meses después de los testimonios, me ha permitido, en el momento querido, vivir reencuentros con algunos de los textos. E innegablemente, estos reencuentros me han abierto a encuentros.

Debo decir que para uno de los pases el testimonio estaba tan construido que lo he transmitido al cartel en su estructura, pareciéndome ésta significativa, sin que este tiempo de ruptura haya sido particularmente operante, para otro pase, los reencuentros me han permitido extraer un «hilo rojo» en un discurso que era del orden de la asociación libre, pero es para un pase, en particular, que esta manera de proceder me evitó sucumbir a la fascinación toda imaginaria y me ha permitido liberarme de los afectos producidos. Si no hubiera sido el caso hubiera fallado la transmisión.

Puesto que el olvido provocó la sorpresa, el asombro, es decir un despegue.

Me encontré indecisa ante mis notas que me parecieron de repente de una «inquietante extrañeza».

Lo que surgía del relato biográfico de la pasante era que, como pensaba acordarme de ello, una acción real, o bien ¿se trataba de una escena fantasmada, lo que me parecía de golpe lo más probable? Faltaban elementos en mi toma de anotaciones para corroborar uno u otro de los registros, pero me parecía recordar bien que no era fantasmático, sin embargo sólo podía ser así... Total, la incertidumbre dominaba, sin embargo me daba cuenta de la importancia de lo que estaba en juego para distinguir, aquí, los registros.

Sin esta duda ligada a las lagunas de mis anotaciones, pero sobretudo al supuesto olvido, supuesto por el hecho del tiempo pasado entre la recogida de los testimonios y la relectura, sin esa duda, pues, no es seguro que una distancia se hubiera abierto en mi percepción. Esta incertidumbre puso en efecto el acento sobre un real que trastornó mi punto de vista sobre lo que había sido transmitido y me volvió segura de lo esencial.

Transmití al cartel mi sorpresa y lo que permanecía del surgimiento de esa duda, y como estábamos con el otro pasador, al lado, pude escucharle «confirmar» de manera muy fiable lo que atravesaba este testimonio.

Lo menos que se puede decir es que yo no estaba muy orgullosa de esta transmisión al cartel, rigurosa en ciertos aspectos, pero agujereada y claudicante.

No me encontré francamente «brillante» ante este cuadro de psicoanalistas de los más «brillantes», pero un sueño producido sobre la marcha me recondujo a lo esencial y contribuyó, pienso, a modificar mi posición respecto a mi compromiso con el psicoanálisis.

En ese sueño, justamente yo había hecho una transmisión al cartel muy brillante, verdaderamente excepcional, todo el mundo lo decía... el pasante (era un hombre) había sido designado AE (lo que no fue el caso para ninguna de mis pasantes) y todo el mundo se alegraba de ello. Excepto que yo empezaba a avergonzarme mucho por haber sido tan brillante, puesto que me daba cuenta que el pasante designado no era tan capaz para tener este lugar en la Escuela. La magnificencia que yo había demostrado había sido bien engañosa y lo lamentaba amargamente.

Si me acuerdo de este sueño mientras que he olvidado muchos otros, es porque me indicaba que, justamente, yo no me había equivocado. No había estado brillante en este último pase pero lo esencial había pasado y es lo que importaba en el fondo. Así, estaba confortada en este modo de transmisión que había explorado como pasadora. Pienso que mi compromiso con la Escuela se encontró por ello enraizado de otra manera.

Más generalmente, el lado «per-versión» («padre-versión») del sueño nos indica quizá que deshaciéndose del amor por el padre, la histérica puede conseguir entrar en otro discurso, un discurso que hace lazo a partir de un imposible.

Traducción de Bittori Bravo

Béatrice TROPIS (Francia)

Pasador de testimonios...

“passando”¹ efectos...

Hace muchos años, un «esto no va», difícil de soportar, de superar, hizo efracción en mi vida.

Ante ese derrumbamiento subjetivo, yo quería hablar a alguien, ser escuchada, con el fin de ser aliviada de este sufrimiento, tener una respuesta a lo que me sucedía.

No sabiendo hacia quien dirigirme, pedí una dirección a una profesional con quien se había instaurado una transferencia de trabajo. Cogí entonces cita con un psicoanalista.

Este encuentro con el psicoanálisis ha sido decisivo en mi vida.

De año en año, de sesión en sesión, a lo largo de males y palabras, de desciframiento en desciframiento, de acto analítico en acto analítico, mi sufrimiento psíquico fue apaciguándose progresivamente y abriéndose hacia un trabajo analítico.

Esta experiencia de analizante me ha conducido a interesarme por el psicoanálisis fuera de la cura. He participado entonces en conferencias, carteles,... donde, entre otras la cuestión del pase era debatida sin hacer pregunta en mi sin embargo. Quedaba del lado de un ideal.

He efectuado dos etapas de análisis con dos analistas diferentes.

Desde el primer encuentro con el segundo analista y para mi gran sorpresa, surgió la cuestión del pase.

¹ N. T.: *Pas-sant*: pasando/no-sin

²No me gusta traducir al español *agrément* como *confirmación*, pues en los países hispanos resuena mucho con la

Algunos años más tarde en el curso de mi cura se produjo un sueño fundamental. Fundamental porque era efecto de verdad.

Este sueño levantó el velo sobre un real, desvelando de qué se trataba en mi posición fantasmática.

Lo que se ha «entre-percibido» en el espacio de un instante mi analista por medio de su intervención va a “actuarlo” (l’acter), escandiendo así el efecto de verdad experimentado.

Este vivo encuentro va a producir un viraje en el curso de mi análisis y abrir una vacilación subjetiva, un momento de franqueamiento.

Sin embargo si el encuentro de este «vivo», de este «instante de ver» va a dinamizar, impulsar el trabajo analítico, un retorno al adormecimiento, al «ron-ron», a una satisfacción del «bla-bla» le seguirá.

Hasta el día en que seré despertada por una llamada telefónica de una pasante anunciándome que en el sorteo le he tocado como pasadora.

Este efecto de sorpresa, en el instante del anuncio, produjo una tal conmoción, un entusiasmo tal, que sólo el consentimiento se impuso. Yo no medía en ese instante lo que iba a implicar ese sí, ni lo que iba a producir como efectos.

Esta designación y mi consentimiento tuvo, no solamente un efecto de relanzamiento en mi cura, sino que también despertaron un deseo de saber. Deseo que vino a hacer límite a una búsqueda de sentido infinita, al desciframiento del saber inconsciente en el que entonces yo me había instalado.

Así, desde la primera sesión después de la llamada, un cuestionamiento y un movimiento de «retorno» sobre mi trayecto analítico vinieron a imponérseme.

Este «vivo» encontrado en el sueño va entonces a «re-sonar» de nuevo en mi decir. Resonancia que va a hacer girar el curso de mi cura de otra manera produciendo sobre todo una depuración, una relectura a partir de este punto.

Era reencontrar, volver, hacia ese momento de pase para intentar cernir lo que se había producido en aquel instante, para intentar atrapar pequeños fragmentos de saber.

Quería saber en qué, y qué es lo que hacía que mi analista considerara que de allá donde yo estaba respecto a mi cura, podía hacerme pasadora de un real en juego en la experiencia de un otro.

Después del anuncio y antes de la primera cita con el pasante, me lancé a encuentros con otros pasadores y a lecturas teóricas.

Buscaba un saber, buscaba reasegurarme, pues estaba ante la duda, el miedo de equivocarme, de no poder llegar a ello. Quería encontrar una garantía conformándome, pegándome a lo que decía la Escuela de la función del pasador y del pase.

Este trabajo no iba a aportarme de ninguna manera «La» respuesta con que contaba y tendría incluso un efecto inverso al esperado. Sería entonces, invadida por la idea de no estar a la altura, de no saber nada, pero también atravesada por múltiples cuestiones.

¿Cómo, desde este lugar de pasador que está en este momento de pase, «escuchar» «entender» (tender-hacia) (tendre-vers) al pasante que está en un tiempo otro, más allá? ¿Cómo localizar la mutación que el pasante ha atravesado al final del análisis?...

Desde el primer encuentro con la pasante un deseo vivo va a brotar poniendo fin a todas mis elucubraciones, a mi búsqueda de saber y va a hacer sitio al vacío.

No buscaba más dar un sentido sino más bien despegarme, ni comprender, sino atrapar su música, el movimiento, el ritmo para transmitir de ello la llave.

Este efecto de seguridad reencontrada y no de reaseguramiento, me ha permitido abandonar el refugio de este Otro del saber que yo me había construido. Me ha permitido también desalojarme de un querer hacer un copiar-pegar de la teoría a la clínica de la pasante y aceptar así dejarme sorprender, enseñar, guiar, por el testimonio.

Despegada de la doxa teórica acogía los decires de la pasante tomando apoyo en los efectos subjetivos experimentados a lo largo de nuestros encuentros.

Así mismo, escuchaba a partir de las respuestas de la pasante que las cuestiones acuciantes que le planteaba estaban ligadas a mis propias interrogaciones. Buscaba en su testimonio una respuesta a ¿qué es el deseo del analista? ¡Sencillamente!!!

A lo largo

Proseguía mi camino en idas y venidas entre el testimonio, los textos de Lacan y los textos ricos en enseñanza de miembros del cartel del pase.

El pasante viene a testimoniar de su historia íntima ante un pasador, desconocido para él.

El pasador escucha a un pasante, también él desconocido para él. Sin embargo este encuentro entre dos desconocidos en este dispositivo del pase da paso a un decir libre, un sin pudor, una confianza espontánea.

Si pensaba hasta entonces que la historia íntima de cada uno no podía hablarse más que en el mundo cerrado de la cura, allá, hice la experiencia de que puede darse testimonio ante otros y fuera del lazo transferencial con el analista.

La escucha de otras historias singulares que salen de la intimidad de la cura, separadas, distanciadas de toda dimensión dramática para hacerse transmisible a otros ha tenido por efecto desdramatizar, desacralizar mi propia historia, mi propia construcción de ficción.

Este trabajo de pasador tuvo por efecto hacer caer lo que quedaba de mi reserva púdica. Me sentí menos enfrentada con esta ficción sacralizada que yo me contaba como verdad. Un comienzo de distanciamiento, de separación de mi historia, con el universo íntimo de la consulta se hizo así posible.

Participar en el dispositivo del pase ha desinflado el ideal que yo me había construido. Ideal en el que yo quedaba bien tranquilamente confinada porque así volvía el pase inaccesible. Así, la escucha de la trayectoria analítica de los pasantes ha permitido hacer vacilar, hacer caer algunas de mis representaciones imaginarias, paralizantes e inhibidoras.

La función de pasador y el progreso del trabajo en mi propia cura han producido un cambio en mi relación al Otro.

La función de pasador en efecto nos remite a lo siguiente. Por una parte, hacemos la experiencia de que no hay modelo único, estandarizado, que garantizaría esta función. Por otra parte el pasante está en un tiempo otro, un paso más allá respecto al pasador.

Escuchar en su testimonio algo del orden de una de-consistencia, en que sus decires no están sometidos más a la demanda del Otro, hizo corte en mi llamada al Otro, corte en mi espera de recibir del Otro mi propia consistencia.

Esta confrontación a sus decires fue un punto de apoyo en la transmisión al cartel del pase.

Hablando a partir de lo que escapa al saber, yo ya no buscaba más hacer consistir a un Otro que detenta el saber.

En fin, por la acogida recibida por cada miembro del cartel me sentía doblemente aliviada y liberada de mi demanda de validación por el Otro.

Esta experiencia hecha de encuentros sencillos, intensos permanecerá inolvidable. Cada una de ellas ha sido de una sinceridad y de una humanidad tal que me han abierto hacia...mi propia demanda de pase.

Sin embargo, si el encuentro con los pasantes tenía efectos vivificantes, esto se precipitaba, esto se atropellaba en mi cura, yo quedaba siempre en una tergiversación en lo concerniente a mi demanda de pase.

Es el encuentro con un suceso exterior, el encuentro con un real, lo que va a hacer apertura al acto y hará desaparecer mis eternas moratorias.

Esto me ha «sobrepasado» «dé-passé», esto se ha impuesto, «Yo» no estaba a la altura.

Esta decisión tomada en un relámpago, va a marcar un antes y un después. En este instante, no me planteé ninguna pregunta, no se presentó ninguna duda,..., hubo más bien un efecto de alivio, una caída de la angustia.

Esta *tyché*, no podía dirigirla más que a la Escuela, no podía compartir con otros mi experiencia del análisis, marcando así un más allá de la cura.

A continuación del atravesamiento de esta experiencia en el dispositivo del pase como pasador, luego como pasante y más allá de mi intervención en el Encuentro Internacional de la Escuela, quisiera hablar como conclusión de lo que viene a puntuar una experiencia de pase: la respuesta de no nominación hecha al pasante.

A continuación de la respuesta del cartel del pase, la posibilidad ofrecida al pasante de tener una entrevista con uno de sus miembros es esencial.

Explicitar los puntos localizados por el cartel que no han permitido proceder a una nominación, elaborar y remitir una respuesta singular que incluya un decir haciendo apertura y por tanto continuidad a la experiencia, ¿no es sostener el pase en la Escuela?

Traducción de Bittori Bravo

Trinidad SANCHEZ-BIEZMA DE LANDER (España)

El pasador simple escriba

Hace unos pocos meses escribía a propósito de la contribución del cartel del pase número 2 del que era miembro, un pequeño trabajo que titulé **“El oficio del pasador”** y en donde decía: “Este momento particular que el nombramiento de pasador puntúa...es a mi entender importante rescatarlo, incluso sería interesante, tendría interés que la Escuela se diera el tiempo de debatirlo, porque nombrar pasador es nombrar un momento constituyente del análisis, que es un de-ser, y es también importante porque resalta la intervención de un analista...Entonces es un tiempo que rescata un viraje y una interpretación. Nunca mejor dicho, uno no sin el otro”.

Hoy agradezco a la Escuela que se de ese tiempo y que me permita además presentarles un pequeño escrito, que tiene como única ambición iniciar un debate que nos permita examinar qué hemos hecho del pase de Lacan y, en particular con su evolución, ya que sabemos que se trata de una experiencia que está siempre elaborándose. Porque es nuestra responsabilidad indagar sobre los efectos colectivos del pase, igual que la Proposición del 67 fue efecto de las críticas sobre lo que habían devenido los analistas del 56.

El pasador simple escriba

*“La tranquilidad de una mañana de domingo –escribe Jorge Escobar... se vio de pronto **asaltado** por lo que llegaría a ser junto a mi análisis personal, una experiencia clínica y subjetiva de carácter único y porque marcó definitivamente un momento crucial en mi relación al psicoanálisis y a lo que es, y será mi vida como miembro de esta Escuela.*

El sosiego de ese domingo de ocio y descanso, fue de súbito alterado por la zozobra inicial producida por una llamada telefónica. Del otro lado de la línea una voz...con acento extranjero, me anunciaba. Soy fulano de tal, del Foro de tal ciudad, me he presentado al pase y en el último Encuentro de la Escuela en Buenos Aires, de la lista de pasadores usted ha salido elegido como uno de los míos. Estaré con usted para tal fin...

Aún no había parado de temblar, un sudor frío que corría por mi espalda no había terminado de verter su última gota...y de pronto, pasados algunos de los efectos que sobre mi cuerpo produjo la llamada, comprendía que sin pedirlo estaba en el eje, en el corazón de la Escuela que heredamos de Lacan. Cuando salí

del asombro y del choque inicial, pude recordar que entre los muchos balbuceos que pronuncié...yo había consentido a escuchar a esta sujeto en la función requerida.

Ese domingo transcurrió con otro ritmo, diría que fue lento...la llamada había suscitado un estado subjetivo en exceso curioso que oscilaba entre, por un lado, el temor a enfrentarme a ese dispositivo tan mentado...pero por otro lado, asociado a ese temor, estaba también la emoción de estar en esa instancia.

Pero ese día domingo, como está escrito en la historia de los tiempos, tenía que morir, y con la llegada de la luna empecé a advertir que el día había seguido su curso y a sentir que tras el correr de los segundos, la fecha del encuentro programado estaba más cerca. La apuesta del pasante estaba hecha pero la mía, como pasador también. Llegó la noche y con ella el sueño, más bien un sueño que corrobora que la experiencia me tocaba, me implicaba”.

Pasador es pues una palabra que designa un lugar que necesita que se quiera ocupar. Es un sí a la Escuela, un sí al lugar que el Otro le otorgó y posicionarse de ese lugar no es sin consecuencias. El pasador ha debido aprender que *“el análisis de la queja no hace más que utilizar la verdad”*. El pasador puede saber o no aún, qué le lleva a tener esa función. Lacan precisa que el riesgo *“es que ese saber tendrá que construirlo con su inconsciente”*, y que el saber que tiene de su inconsciente *“no conviene, quizás, a la identificación de otros saberes”*. Sería conveniente que su análisis sirva de vacuna contra la comprensión o la identificación con el pasante, para dejar lugar a otro tipo de sobrecogimiento frente a lo que se escucha. Que su escucha esté al servicio del saber y no de cualquier pasión, por sensata que parezca. Lacan deseaba a los sensibles, a los capaces de escuchar *“ese momento”* de recibir de escuchar la alteridad sin convertirse en funcionarios del discurso analítico.

El pasador como simple escriba *“placa sensible”*, decía Lacan, lo que no invalida que cuando las cosas no le parezcan claras debe, con sus preguntas averiguar eso que le es opaco, con sus preguntas que luego tendrá que transmitir al cartel.

Debemos dejar también que los pasadores se amañen a su misión, sabiendo que le acechan peligros importantes. El más grave la identificación al pasante. Creo que algunos de nuestros carteles han tenido alguna que otra experiencia con esta dificultad. Identificación que permitiría como señala Martine Ménes en Preludios 4, hacer de la historia un relato infinito y en donde el pasador supone reconocer las ansias infinitas de su propia insatisfacción en las cuitas del pasante e intenta hacer con ellas partido común, frente solidario. La otra no menos importante, llevar al cartel del pase una construcción teórica compleja, idas y vueltas de la enseñanza que nos dejó Lacan, obturando la posibilidad de ver detrás de todo eso el testimonio de un pasante.

Quizás al analista le corresponde estar vigilante de la designación, sabiendo además que esta, la designación es *“independiente del consentimiento del sujeto mismo”* y que la conveniencia o no de la notificación queda a su juicio, en tanto que es una cuestión que corresponde estrictamente al acto analítico.

Es pues bajo el efecto de sorpresa como el pasador encuentra al pase. Sorpresa que no se reduce al momento de la designación sino que remite más bien, a que no hay reglas, ni saber a priori que establezcan sus encuentros con lo que no sabe. Está solo con un saber a girones que su análisis le proporcionó y ante un vacío. Es una página en blanco y mejor que así sea para que en ella se pueda escribir el testimonio justo de aquel que por suponer que podía decir algo, tomó la papeleta en donde estaba escrito su nombre. Un nombre que lo que señala es una posición de alguien que puede escuchar más allá de su singularidad, que no está colmado de su diferencia, que no está del todo tomado por su fantasma y en tanto tal puede ofrecer un lugar, dar un espacio para que las palabras de otro se asienten, tengan lugar.

Se espera entonces una transmisión justa que pueda dejar pasar lo que ha pasado, sin que se tenga necesariamente una idea muy clara de lo que se está transmitiendo, una difusión de la música del pasante que pueda ser recogida y a su vez emitida para que resuene en el cartel del pase.

Porque.

*“La música no necesita justificación.
Ella no rompe el silencio.
La palabra en cambio, si necesita justificación,
Ella incorpora al silencio,
El estremecimiento que emana del sentido...
La música empieza en cualquier parte.
La palabra comienza con el hombre...”*

Roberto Guarroz. Séptima poesía vertical.

Mesa redonda
“La apuesta del A.M.E. y sus consecuencias”
(09 diciembre 2011)

Carmen GALLANO (España)

La apuesta del A.M.E. y sus consecuencias

El título de esta mesa redonda puede ser leído de dos maneras: la apuesta que hace la Escuela al nombrar AME y sus consecuencias y la apuesta que hace un AME al designar a un analizante suyo como pasador y sus consecuencias.

El equívoco es interesante pues dice tanto de lo que implica al AME en el Pase como de la responsabilidad de la Escuela al nombrar a los AME. Las consecuencias de esas dos distintas apuestas se conectan en una cadena retroactiva: desde el pasador apto o no a la transmisión que le concierne, al AME orientado o no como analista en esa designación, hasta la Comisión internacional que lo ha nombrado a sabiendas de que se le confía la responsabilidad de designar pasadores, e incluyendo a las Comisiones Locales de la Garantía que hacen sus propuestas de AME y a los AME de su comunidad que pueden sugerirlas. En esta cadena de consecuencias para el Pase, vemos como los AME tienen parte, pues hay AME en los distintos eslabones que producen la lista de los AME y cada AME, solo por haber sido nombrado tal, puede designar pasadores.

Así, nuestra Escuela implica a los AME de manera clara en el Pase, y especialmente en que también pueden ser elegidos para el CIG que constituye los carteles del pase que son los que, oídos los testimonios de los pasadores, nombran a los AE. Por lo tanto los AME pueden intervenir en la nominación de AE.

Esto no era así en el primer procedimiento del pase que Lacan instauró en 1967 en la EFP. Los AME no tenían participación alguna que tuviera consecuencias en el Pase, pues solo los AE podían designar pasadores y solo los AE y los pasadores, junto con Lacan como director de la Escuela, podían formar parte del *Jury d'agrément* dispuesto para recibir y autenticar los pases de los pasantes². Más tarde, en el 69³, Lacan deja entrar a los AME en el dispositivo del pase, ya que les permite presentarse a ser elegidos por la Asamblea para el *Jurado del pase*, y cosa curiosa, solo por ser elegidos se convierten en AE. Pero podemos leer que ya en el 67, un AME se volvía AE si un analizante suyo era nombrado AE.

Los textos sobre el Pase producidos en la EFP, tanto los de Lacan como los de las instancias de su Escuela, hacen aparecer que no era tan cierto lo que se afirmó en 1969 de que los títulos de AME y AE fueran independientes. Ahora bien, tras 9 años de experiencia del Pase, en el Congreso de Deauville (1978), en el que Lacan concluye “es un fracaso completo, este pase”, Lacan inicia su alocución diciendo “es una idea loca decir que solo los AE podían designar a los pasadores”. Y para justificar “esa idea loca”, que había sido suya, añade “Es de algún modo una garantía; yo me dije que de todas maneras, los AE debían saber lo que hacían”. También en esa alocución de Deauville, luego experiencia hecha, concluye sobre lo poco esclarecedor que ha sido sobre el pase al analista que se presenten como pasantes los que

²No me gusta traducir al español *agrément* como *confirmación*, pues en los países hispanos resuena mucho con la *confirmación* de la religión católica, sacramento no cualquiera, pues el que imprime la unción de los “divinos dones del Espíritu Santo”.

³Principios concernientes al acceso al título de psicoanalista en la EFP, en francés en Scilicet 2/3, p. 30.

ya “están muy comprometidos en esa profesión de analista” y que por eso no le interesa que se presenten al pase los AME, cuando en su primer borrador del 67 les invitaba a ello⁴.

No me quiero extender sobre las variaciones que con el tiempo fue introduciendo Lacan en cuanto a la participación de los AME en el Pase y sobre la mayor o menor disyunción entre el título de AME y AE. Simplemente traigo algo de mis lecturas para señalar que no había rigidez alguna en Lacan en cuanto a cómo ir poniendo a prueba la experiencia del pase y el distinto sentido de los títulos de AME y AE.

El hecho es que tras la disolución de la EFP, la ECF estableció tres cosas – si no recuerdo mal desde su inicio- que siguen vigentes en nuestra Escuela, la EPFCL:

.que el título de AME sería otorgado solamente por nombramiento de la “Comisión de la Garantía” cuyos miembros habían de ser AME y ya por ninguna otra vía,

.que los AME podían designar pasadores,

.y que los AME podían presentarse candidatos a formar parte de los carteles del pase, junto con los AE y los pasadores.

Esta posible y contingente implicación de los AME en el procedimiento del Pase, no es sin consecuencias, de donde una mayor responsabilidad eventual de los AME que no se contenten simplemente de que les ha venido de la Escuela ese título de “garantía de formación suficiente” y con que ese reconocimiento de su ejercicio profesional de analistas y de su capacidad de elaborar algunos trabajos para la Escuela les valga un lugar significado en la comunidad analítica y de cara al corpus social.

El nombramiento de un AME es una apuesta en la Escuela del pase, ya que nada garantiza que ese AME se sienta concernido como analista a localizar si un analizante puede tras un momento de un pase clínico “hacer un pasador”; nada garantiza que pueda estar animado por el deseo de participar en la experiencia del pase en los carteles del pase y nada garantiza que desee contribuir a la marcha de la Escuela en las funciones y tareas del CIG. Por eso quiero subrayar que las consecuencias del nombramiento de un AME en lo que haga para esta Escuela del pase y cómo lo haga, **si se le ofrecen como posibles, son solo contingentes** y su responsabilidad al respecto, solo si la asume.

Pues hay una hiancia clara entre los criterios definidos por Lacan, que presiden al nombramiento de los AME, que apuntan a garantizar en la Escuela la formación analítica que resulta de ella y más para el exterior, y la lógica del pase, que apunta a garantizar con la autenticación de un AE que ha habido transmisión de lo que hace a un analista serlo en su acto. Ambas garantías, en sí mismas, no coinciden en absoluto. El procedimiento del pase es una apuesta de transmisión del psicoanálisis vía demostrar la singularidad de un deseo de analista como pasante y el nombramiento de AME, en sí no lo es, pues no puede evaluar el deseo de analista en acto por mucho que con rigor se atienda a criterios de lo que se sabe del estilo de práctica y de los trabajos de alguien. Interrogado Lacan en el 75 por la Comisión que nombraba a los AME sobre cuáles eran sus criterios para nombrar un AME, responde “es lo que se llama “bon sens” (sensatez o buen sentido), la cosa del mundo más admitida comúnmente. Es eso: en ese se puede confiar, nada más”. Añade que es “un principio de puro fantasma, de fantasma colectivo” y que eso es el “principio de realidad”⁵. A saber, entonces, qué fantasma colectivo comparten quienes intervienen en el nombramiento de los AME que les da la común sensatez para ver si ese miembro de la Escuela que practica el psicoanálisis les parece fiable, diría que fiable como buen funcionario del discurso analítico y presentable como analista para el exterior.

Por ello, la apuesta que hace la Comisión de acreditación al nombrar a un AME en nada asegura que éste haga también suya la apuesta de transmisión que se pone a prueba en el

⁴ “El título de AME constituye una invitación de la Escuela a presentarse a la cualificación de AE”, Une procédure pour la passe, *in* Ornicar? N° 37

⁵ Clôture de la Journée des cartels *in* Lettres de l’EFP, n° 18, p. 269

pase y que pueda designar pasadores o ser elegible para los carteles del pase. Eso es tan contingente, que hay muchos AME, por ejemplo en España, que no cuentan entre sus analizantes a alguno que sea susceptible de ser designado pasador ya que su clientela está formada por lo que se llama “gente de la calle”, muy ajena a la Escuela. Y tampoco son plétora en varios países los que se presentan candidatos al CIG. Así que no soñemos mucho en cuanto a los AME y preferible me parece interrogarse sobre las consecuencias de la apuesta que hace un AME cuando éste designa a un pasador y sobre las consecuencias de su deseo, cuando se presenta y es elegido para los carteles del pase.

Propongo para el debate, a partir de mi experiencia particular, que las consecuencias generales de la apuesta de nominación de un AME se verifican en el **exterior**, menos que en épocas pasadas en el exterior de la Escuela ya que hoy no se confía mucho en las instituciones y más en el exterior de la comunidad de los Foros y Escuela.

Diría que otras son las consecuencias cuando un AME designa a un pasador. A la primera, la que más interesa a la Escuela, la llamaría **éxtima**, pues el juicio íntimo del AME sobre qué es un pasador y su función en la transmisión del pase, pasa al exterior del dispositivo, contribuyendo a que haya pases. La transmisión del pasador está condicionada por cómo se dejará impresionar por el testimonio del pasante, no sin saber interrogarlo y se hace efectiva más tarde en cómo, con su propio estilo en su decir lo traslade al cartel, no sin un juicio íntimo sobre si se ha encontrado o no con la sorpresa de un pase. Un retorno al AME de que su juicio íntimo ha sido desacertado en el caso de que el pasador no se demuestra apto, me parece clave para que en ese après-coup el AME se interrogue si su designación estaba o no bien orientada. Esto también podrá verificarlo él en lo que suceda en el análisis de ese analizante tras el acto de designarlo pasador. A esta segunda consecuencia, que es la que interesa al análisis de ese analizante, la llamaría **íntima**, pues en lo interior de esa cura analítica e independiente de que el analizante sepa de esa designación, que descubrirá solo si es sorteado por un pasante.

He comprobado que es preferible no comunicar la designación al analizante, pues así los efectos de esa sorpresa esclarecerá al analista sobre la posición subjetiva de ese analizante-pasador, pero sobre todo porque los efectos de esa designación en ese analizante, como los de su experiencia de pasador, dan un buen empujón a su análisis en el camino hacia su conclusión, llevándole a localizar mejor sus obstáculos para hacerse al acto analítico, los restos de sus impasses subjetivos y pueden incitarle, lo cual es deseable pero no siempre ocurre, a presentarse más adelante él como pasante. Así, las consecuencias de lo que orienta a un AME cuando designa a un pasador, se jugarán y se juzgarán tanto en el dispositivo del pase como en el avance de ese análisis.

En cuanto a las consecuencias del deseo del AME de implicarse en el CIG y los carteles del pase, éstas se me han probado en lo íntimo de despertarme más como analista en mis curas, en lo éxtimo de pronunciarme en el cartel sobre los testimonios de pase, y en lo exterior de hacerme elaborar algún saber sobre lo que no sabía y he hallado del psicoanálisis gracias a los pasantes, pasadores y participantes de los carteles del pase. Un buen empuje al deseo de saber que no se me mantiene solo, ni sola, sino con otros de la Escuela.

David BERNARD (Francia)

De experiencia(s)

¿Bajo qué condiciones un psicoanálisis conlleva consecuencias? En su *Prólogo* a la obra de August Aichhorn, *Jóvenes en sufrimiento*, Freud nos suministra sobre este punto una indicación. Cuestionando la referencia al psicoanálisis en una práctica clínica y las condiciones

de su transmisión, Freud muestra que, una cosa es interesarse por el psicoanálisis, otra muy distinta la de tener convicciones al respecto, verificables en acto. Tener convicciones analíticas requiere en efecto, precisa él, haber vivido el análisis “incluso su cuerpo”.⁶

Intentemos no entender demasiado rápido esta tesis de Freud, para darle su peso. Podría en primer lugar conducirnos a volver a interrogar el lugar del cuerpo en las escansiones de una cura psicoanalítica, y lo que a su término, ésta introduce como modificaciones en su *puesta en juego*, dentro o fuera de análisis, durante o más tarde. Muchas expresiones de nuestra lengua “común” certifican de esta presencia del cuerpo. Hablamos de *entrada* en el análisis, como de su *salida*, sin contar *los franqueamientos* operados de la una a la otra, y *las marcas* que éstos dejarán. Tantas expresiones que destacan con Freud que es con su cuerpo que un sujeto se comprometerá en un análisis, sin lo cual ni siquiera habrá entrado. Pero, expresiones que también son suficientes para deducir de esta frase de Freud que el psicoanálisis es en primer lugar y sobre todo *una experiencia*, deben oírse en su etimología propia. Experiencia deriva del latín *experiri*,⁷ cuya raíz indoeuropea *per* reenvía a la vez a la idea de travesía, de prueba y de riesgo. La experiencia analítica implica pues el cuerpo afectado, es por lo que este cuerpo pasará, en caso contrario ella no podría tener otra consecuencia que identificación, o incluso empleo mundano “Haber pasado por esta experiencia”⁸, he aquí lo que de un psicoanalista, dirá a Lacan, es exigible.

Es procedente pues hablar, así como Freud y Lacan no dejaron de hacerlo, de *la experiencia* analítica, término que incluye la idea de una consecuencia. Pero decir lo que aquí hace experiencia, así como, lo que el psicoanálisis hace de las experiencias de cada uno, me parece otra cosa. En efecto, hay muchas experiencias, comenzando por las llamadas de la vida. Pero para no perderme en sus declinaciones, vuelvo de nuevo a esto sobre lo cual Freud y Lacan pusieron el acento en su clínica: la experiencia de un goce y, o, de una falta en el Otro, S(A *barrado*). Al término, la experiencia de la lengua y del lenguaje, y de cómo éstos nos afectan, *vía* el cuerpo. Que se trate en efecto de la experiencia enigmática de la psicosis o la experiencia de “la de realidad sexual”⁹ en la neurosis, es en respuesta a estas experiencias que se constituyen los síntomas. En lo que habría que distinguir la experiencia, del síntoma que responde, él - solo interpretable.

Pero es necesario aquí precisar. Así como Lacan lo demuestra en el caso de Juanito, la experiencia de la realidad sexual es en efecto el encuentro traumático del goce fuera del cuerpo que constituye el goce fálico. “Que este goce sea fálico, es la experiencia quien responde”¹⁰ escribe en 1974. Se trata ahí del encuentro de un goce extranjero al sujeto, dejándolo en el desconcierto de una pregunta: “¿Pero qué es lo que es eso?”, donde se correlacionan el Real del goce, y la impotencia del significante a dar cuenta de ello. En eso, es también la experiencia la que habrá dejado solo al sujeto, sin la ayuda de ningún Otro para responder de eso, y marcado en el cuerpo por esta prueba. La experiencia del ser hablante es pues una experiencia de separación, pero que no hace más que reconducirlo a su separación original. Ella es eso por

⁶ Freud S., Préface à *Jeunes en souffrance*, de August Aichhorn, éd. Champ social.

⁷ Munier R., « Réponse à une enquête sur l'expérience », in *Mise en page*, n°1, Mai 1972, cité par Lacoue-Labarthe, *La poésie comme expérience*, Paris, Christian Bourgois, 2004, p.30, 137.

⁸ Lacan J., « Conférence à Genève sur le symptôme », in *Le Bloc-Notes de la psychanalyse*, 1985, n°5.

⁹ Lacan J., « Conférence à Genève sur le symptôme », *op. cit.*

¹⁰ « Conférence à Genève sur le symptôme », *op. cit.*

lo que el Sujeto pasó en su vida, y volverá a pasar, “lugar de vacío”¹¹ tanto como prueba del real.

De ahí, Lacan puede entonces proseguir. Si la experiencia es *un despertar* forzado del Sujeto que lo conduce a una pregunta, entonces el síntoma será la respuesta. Es a falta de saber cómo llamar a eso de lo cual hace la experiencia en su cuerpo, que *se inventará* el saber inconsciente, y que se elaborará su trabajo de cifraje del goce en que consiste el síntoma. Aquí, el Seminario *Aún* señalará entonces una diferencia con el *de los Cuatro conceptos*. La experiencia ya no será solamente definida como *tuché*, encuentro fallido de lo real, sino como la causa de una incorporación del saber inconsciente, y de su uso de goce. El saber se definirá como gozado en sí mismo, en cuanto al Sujeto se habrá hecho “entrar (este saber) en la piel por duras experiencias”¹². La experiencia sería también ese momento en que, avanza Lacan en 1975, se produce esta coalescencia original entre los significantes de *lalengua*, y un goce extranjero al sujeto. Reconocer ahí la constitución del núcleo indescifrable del síntoma, este saber sin sujeto, plantea entonces la cuestión: ¿hasta dónde un Sujeto puede decir, sin impudicia, *mi* síntoma? ¿Por otra parte, la experiencia a la que responde el síntoma es necesariamente la experiencia del goce fálico? Así pues ¿qué es de la posibilidad de un síntoma, y del saber inconsciente que lo sostiene, que respondería a la experiencia del goce Otro? Que éste afecta y se siente es una cosa, que pueda constituir en lo real la razón de un síntoma descifrable en el análisis es otra.

Distingamos entonces, así como lo propuso Colette Soler¹³, lo que de los afectos propios a la neurosis se soluciona por el análisis, de aquellos, por su parte irreducibles, que prometen las experiencias de lo real de la cual el Sujeto nunca estará al abrigo. Siendo la cuestión cernir lo que entre los dos, síntoma y experiencias, cambia en lo que sigue la experiencia de un análisis. La oferta analítica recoge en efecto el relato de las experiencias del sujeto, hasta poder descifrar por qué saber inconsciente él habría respondido desde hace tiempo. Solamente, he aquí que a su vez podrá constituir una experiencia cuando, durante el trayecto, el Sujeto sea reconducido hasta este punto donde el Otro falta. Así Lacan destaca esa experiencia en qué consiste el pasaje al deseo del analista y esto, a partir de su Seminario *la ética del psicoanálisis*, indicando que al término del análisis didáctico, el Sujeto debe “alcanzar y conocer (...) el nivel de la experiencia del desasosiego absoluto”¹⁴, allí donde no hay que esperar ayuda de nadie. Y sabemos que el dispositivo del pase tendrá por objeto, en particular, recoger el testimonio de estas experiencias. Solamente, aquí vienen las particularidades del psicoanálisis. En efecto, decir que la experiencia analítica alcanza a su término la del desasosiego absoluto es decir también que debe distinguirse radicalmente de toda experiencia de iniciación que haría consistir un Otro, de toda asunción mística que entregaría al Sujeto “un sentido más allá de la realidad”. La experiencia analítica es pues no solamente el contrario de una iniciación, sino la experiencia hecha de su no existencia. Hasta el punto, concluirá más tarde Lacan, que, cito, “El análisis es en resumidas cuentas, la reducción de la iniciación a su realidad, es decir, al hecho de que no hay iniciación propiamente dicha.”¹⁵.

¹¹ Lacan J., « De la psychanalyse dans ses rapports avec la réalité », in *Autres écrits*, op. cit., p.356.

¹² Lacan J., *Le Séminaire Livre XX, Encore*, Paris, Seuil, 1975, p.89.

¹³ Soler C., « Le dire sexué », in *Hétérité* nº6, p.119.

¹⁴ Lacan J., *Le Séminaire Livre VII, L'éthique de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1986, p.351.

¹⁵ Lacan J., *Le Séminaire Livre XXIII, Le sinthome*, Paris, Seuil, 2005, p.30.

He aquí lo que nos conduce entonces a la paradoja de que habría que volver aquí a un sentido llamado común, así sea el de Escuela. Ahora bien, esa fue una preocupación de Lacan, que esperaba precisamente del dispositivo del pase que un sujeto, en su testimonio, no cediera sobre su experiencia. No obstante, en este punto donde debería pues pasar la autenticidad de un testimonio, destaca una dificultad, que es doble. En primer lugar, el Sujeto podrá siempre retocar su testimonio para coincida con la autoridad, de los significantes amos del momento. Dificultad conocida, a la cual sin embargo Lacan añade otra, y que se refiere esta vez directamente a los carteles del pase.

La Introducción a la edición alemana ya conducía ahí, donde Lacan consideraba necesario recordar con Freud que no hay análisis más que de lo particular, que cada sesión debe ser considerada como la primera, resumiendo, que las “experiencias no podrían sumarse”¹⁶. Pero situando allí una dificultad estructural, vuelve ahí en su conferencia en Ginebra, y esta vez explícitamente con respecto a los carteles del pase. Escuchar un testimonio sin reducirlo inmediatamente a conocimientos ya adquiridos, sin guardarlo inmediatamente en un casillero, esto es cosa “muy difícil, porque obviamente *lo propio de la experiencia es preparar casillas.*” Nos es muy difícil, a nosotros analistas, hombres o mujeres con experiencia no juzgar acerca de ese caso que está funcionando y elaborando su análisis, de no recordar en relación a él otros casos”¹⁷. Es pues allí otra vertiente de la experiencia que Lacan no olvidaba¹⁸, y contra la cual habrá pensado incluso la función de pasador. Iluminar, respecto a la función de AME, las razones de este apresuramiento al casillero sería entonces otra manera de no olvidarla, a falta poder escapar a ello. Ya que “resulta claro, que no podemos *barrer* con lo que es nuestra experiencia”¹⁹. Deduzco que la experiencia, allí-también, se pega al cuerpo. Y que Lacan sacó las consecuencias no solamente para la práctica analítica, sino para el futuro de su Escuela.

Traducción de Patricia Muñoz

Patricia MUÑOZ (Colombia)

El A.M.E. es responsable del progreso de la Escuela

Siendo nuestra voluntad, como comunidad analítica poner el dispositivo del pase en el corazón de nuestra Escuela y por consiguiente, siendo nuestro interés principal el acto analítico, la cuestión del AME es fundamental.

Hemos tomado partido por el pase y le hemos dado un espacio, un protagonismo, un peso muy grande, algunos pensarán que tal vez es demasiado. Sin embargo considero que los efectos en la escuela son importantes, esencialmente los efectos “propriadamente analíticos, siendo estos el cuestionamiento del análisis y del analista”, como nos dice Colette Soler en el editorial de Wunsch 4.

¹⁶ Lacan J., « Introduction à l'édition allemande des Ecrits », in *Autres écrits*, *op. cit.*, p.556.

¹⁷ Lacan J., « Conférence à Genève sur le symptôme », *op. cit.*

¹⁸ Y compris pour lui-même. Cf Lacan J., Séminaire RSI, leçon du 15/04/1975, in *Ornicar ?* n°5, 1975/1976.

¹⁹ Il poursuit : « Freud insiste beaucoup là-dessus, et si c'était compris, cela donnerait peut-être la voie vers un tout autre mode d'intervention – mais ça ne peut pas l'être », in Lacan J., « Conférence à Genève sur le symptôme », *op. cit.*

Desde el inicio de su enseñanza, Lacan siempre se interesó en la formación de los analistas y consecuentemente en el final de los análisis, en el Acta de fundación de su Escuela nos dice que: “Los problemas de urgente planteo acerca de todos los desenlaces del didáctico podrá abrirse aquí la senda mediante una confrontación entre personas con experiencia de didáctico y candidatos en formación”. En esta frase, se ve como Lacan utiliza los términos de didáctico y candidatos en formación, los mismos términos de la IPA, ¿para qué y por qué? Para Lacan la jerarquía que reinaba en ese momento estaba asociada a la *detención y las desviaciones del psicoanálisis, jerarquía definida como una cooptación de sabios, que promueve un retorno a un estatuto de prestancia, que conjuga la pregnancia narcisista con la astucia competitiva*, como lo refiere en la Proposición del 67.

La experiencia del Pase en el corazón de la Escuela, permite confrontar a los que tienen más recorrido y más experiencia, quienes muchas veces olvidan ese momento de pase de analizante a analista, con los más nuevos, los que están aún en la brecha, como dice Lacan. Esta es la manera como Lacan subvierte las jerarquías existentes en las comunidades analíticas de la época, poniéndolos al mismo nivel para que se nutran unos de otros. Inclusive destacando el término didáctico, Lacan borra la diferencia entre análisis didáctico y terapéutico de la IPA, elevando el concepto de didáctico para “todo análisis”.

Es en la proposición donde Lacan instituye el título de AME, como garantía brindada por la Escuela, la Escuela lo reconoce como *psicoanalista que ha probado ser tal y éste, debe volverse responsable de su progreso*. Es analista, es el que puede permitir que sus analizantes terminen sus análisis, además es el único que puede designar pasadores, designación esencial para la puesta en marcha del dispositivo del pase y por lo tanto de la transmisión en la comunidad. Sin esa función todo el dispositivo se represa, no es cualquier cosa la responsabilidad del AME.

Haremos un breve recordatorio de cómo se dan las cosas en nuestra región, en cuanto a la nominación del AME, en los inicios de la puesta en marcha de nuestra Escuela, era necesario nombrar los primeros AME, ésta tarea fue realizada teniendo en cuenta una experiencia ya recorrida. Se nombraron los que ya lo eran en la anterior asociación a la que pertenecíamos, en los lugares donde aún no había AME nombrados como en nuestra comunidad, el primer CIG propuso algunos nombres y así fuimos designados algunos que no necesariamente teníamos mucho tiempo dentro de la práctica analítica. Después de diez años de experiencia como Escuela, los criterios para la designación de AME se han hecho más exigentes, como debe ser. Vemos allí un ejemplo de esos “efectos propiamente analíticos” sobre la comunidad.

En cuanto a una de las funciones de los AME, la designación de pasadores, que en el momento actual es una preocupación para nosotros, por la constatación de los pocos pasadores designados, quiero centrarme en las particularidades de lo que a mi entender pasa, en nuestra región. Llevamos menos tiempo dentro de ésta experiencia de Escuela Lacaniana, aún en Venezuela, aunque había una Escuela, el dispositivo del pase no tenía mucho tiempo de funcionamiento. Pero creo que el meollo del asunto no es tanto la experiencia nueva del dispositivo, sino las dificultades para terminar los análisis, un término que permita el acto, el pasaje de analizante a analista.

Hubo un grupo de analistas que llegaron cuando la dictadura de Argentina, se instalaron y permitieron una enseñanza y una clínica, pero era principalmente una corriente kleiniana y de la IPA. Fue a finales de los años 70, casi al mismo tiempo que Lacan era invitado por Diana Ravinovich a Venezuela, a lo que él mismo llamó el encuentro con sus lectores latinoamericanos, que tuvimos noticias de su enseñanza y su clínica. Esto hizo que el encuentro y la opción de seguir su teoría y su la clínica implicara no sólo un cambio en la concepción teórica del psicoanálisis sino también un cambio de analista.

Al ser una comunidad pequeña y joven (aunque algunos ya estemos entrados en años) en muchos casos no ha habido el tiempo necesario para llegar a un final de análisis. Es común

entre nosotros, que quien quiera llevar su análisis hasta el final cambie de analista, sea que pueda investir transferencialmente a un colega o que viaje a otro país buscando la posibilidad de terminar su análisis.

De todos es bien sabido, en la práctica, la instalación como analista no coincide con el final del análisis de aquel que se instala. Por lo tanto las oportunidades de conducir a sus pacientes hasta un final son remotas, por no decir imposibles. Y tal vez no fue necesario esperar hasta Lacan para situar este problema en el corazón de las explicaciones sobre los obstáculos a los análisis, ya Freud, muy temprano en 1910, en el artículo sobre Las perspectivas futuras de la terapia analítica, advertía que un analista solo puede llevar sus análisis tan lejos como sus propios complejos se lo permitan: “Desde que un número mayor de personas ejercen el psicoanálisis e intercambian sus experiencias, hemos notado que cada psicoanalista sólo llega hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores”²⁰

Tal vez no podamos concluir sobre cuáles son las razones de por qué hay pocas designaciones de pasadores. Nuestra experiencia dentro de la Escuela, el efecto que la experiencia del pase ha tenido en nuestra comunidad, nos muestra, no solo que un final del análisis es posible sino también la necesidad de un trabajo riguroso teórico y clínico. Es la efervescencia del pase y sus efectos analíticos, los que le indican no sólo a los analistas, sino también a los analizantes, que hay una manera diferente de hacer con el síntoma y con la castración.

Como se dijo al inicio de nuestra intervención, el hecho de tener el pase en el corazón de nuestra Escuela, no debe hacernos pensar que se puede instituir en el lugar de la exigencia como un nuevo ideal, sino que se sitúa como causa que interroga cada vez más, para dar cuenta de lo que es un final de análisis, es por eso que algunos se preguntan si realmente han terminado o no, su análisis. Vemos en nuestra práctica clínica que hay muchas experiencias de años de análisis que se encuentran detenidos, sin poder llegar a una conclusión, lo que las hace interminables.

Para terminar esta reflexión sobre el AME iremos a un texto esencial sobre el final del análisis, el prefacio a la edición inglesa del seminario XI, Lacan allí nos recuerda que lo que preside el análisis es la urgencia, un llamado, una demanda, y que la respuesta del analista es dar satisfacción a esa demanda y así, poder llegar alguna día a ese final de la carrera tras la búsqueda de la verdad en la que ambos partners se comprometen, verdad que terminara por reconocerse como espejismo. Se pregunta también cómo alguien puede consagrarse a satisfacer esos casos de urgencia. La respuesta del analista es un aspecto singular del amor al prójimo, una significación particular de servicio, a ras del suelo, en cuanto al sentido de la articulación ética²¹. Lacan nos invita a reflexionar sobre nuestra acción cuando aceptamos satisfacer esos casos de urgencia.

En las dos últimas frases de éste prefacio nos dice Lacan: “Señalo, que como siempre, mientras escribía esto, los casos de urgencia me estorbaban. Escribo, sin embargo, en la medida en que creo debo hacerlo, para estar a la altura de esos casos, para formar con ellos un par. Estar a la altura”.²² Quiero señalar una dificultad de la traducción, dice: “los casos de urgencia me estorbaban”, la expresión utilizada por Lacan en francés es “m’empêtraient”. Hay dos traducciones de *empêtrer*: Liar, y enzarzar, RAL del latín ligare, atar y asegurar los fardos con lías, envolver una cosa sujetándola, en sentido figurado y familiar, engañara a uno, envolverlo en un compromiso. Contraer alianza con uno. Como ejemplos están: comprometerse en una situación difícil, enredarse o complicarse con alguna cosa, asociarse o

²⁰ Freud. *Obras Completas*. Amorrortu. Tomo XI. Pág 136

²¹ J. Lacan en el seminario de la Ética del psicoanálisis.

²² Lacan J. Prefacio a la edición Inglesa del seminario XI en *Intervenciones y textos 2*. Manantial. 1976, Pág., 62

aliarse con alguien, juntarse un hombre y una mujer como si estuvieran casados sin estarlo. En éstas definiciones están evocadas, la dificultad, el compromiso y el lecho de amor.

Lacan nos dice que mientras está escribiendo ese prefacio, está envuelto, atado por los casos de urgencia, sin embargo, escribe para hacer con ellos un par y estar a la par con ellos. Creo que ésta frase resume el quehacer del AME, su clínica y el Bien- decir de esa experiencia. Finalmente recordemos la respuesta de Lacan en televisión a la pregunta ¿Qué debo yo hacer? Dice, “Lo que hago es extraer de mi práctica la ética del Bien – decir”²³.

Bernard NOMINÉ (Francia)

Sobre el A.M.E.

¿Qué es lo que no se ha llegado a decir sobre el título de AME desde que Lacan presentó la proposición para su escuela? No es con todo este título el que hizo el mayor ruido, sino más bien el de AE. Ahí estaba la novedad, la aventura, la subversión.

El AME, es más bien una concesión hecha al modelo institucional clásico. Quizá una manera de encuadrar la aventura de la propuesta del Pase.

Es sin duda por ello que la cuestión del AME no ha dado lugar a debates apasionantes.

Generalmente, en nuestra historia, pienso en aquellos que como yo participaron en la Escuela de la Causa Freudienne, luego en el nacimiento de la Escuela Europea de Psicoanálisis para conocer finalmente la Asociación Mundial de Psicoanálisis, generalmente, cuando se oye hablar del AME, es más bien para quejarse. Es necesario a pesar de todo observar que generalmente uno se queja cuando no forma parte, cuando no se ha recibido esa marca de reconocimiento. Una desconfianza a lo Groucho Marx se observa raramente.

Además de las razones subjetivas, hay seguramente, en el principio mismo de este estatuto de AME algo que mueve a la desconfianza. Es el hecho de que este estatuto de AME se proponga como garantía. Inmediatamente surge la cuestión: ¿qué se trata de garantizar? ¿El psicoanálisis o la institución de los psicoanalistas?

Para garantizar el psicoanálisis, y aunque esta tarea da cuenta de lo imposible, se tiene algo mejor que el AME. El pase parece más adecuado.

Si se trata entonces de una garantía que da una institución de psicoanálisis para elegir a sus miembros, entonces no hay nada de asombroso en el hecho de que el AME sea el síntoma de la institución. En su preludio, Xavier Campamà propone esta lectura: el AME “*síntoma de la proposición.*” El nos da el retrato robot del AME que conoció en la comunidad española de la AMP, un “*trabajador decidido*”. Habría podido también evocar *al guerrero aplicado* del que se nos elogiaban los méritos en la época o cualquier otra forma *de servidumbre voluntaria*.

Que el AME lleve la marca de la comunidad que lo eligió ¿qué más natural? ¿cómo podría ser de otro modo? Esta marca sólo se juzga “infamante” para los que no la llevan. Puesto que el AME es reconocido por una comunidad de AME, se tiene los AME que se merece, puesto que se los quiso así. El AME así promovido debería ser suficientemente sabio para asumir la parte de impostura de este título, que para ser sinceros, le da más deberes que derechos.

Es desde este punto de vista que cuando dejamos la AMP para fundar la Escuela de los Foros del Campo Lacaniano, prorrogamos de oficio el título de AME de los colegas que lo habían recibido de esa institución. A modo de buenos revolucionarios cubanos, habríamos podido hacer *tabula rasa* del pasado. No lo quisimos. Una nueva lista de AME nombrados por el primer CIG corrigió las faltas provocadas por la política del AMP.

²³ Lacan Jaques. Psicoanálisis Radiofonía y Televisión. Ed. Anagrama, Barcelona 1980. Pág.130.

Lo que no impidió que surgiera lo que algunos pudieron considerar como injusticia, al no encontrarse en la primera lista. El segundo CIG pudo corregir las faltas del primero y así sucesivamente.

Lo que me parece interesante a tener en cuenta, es que si el analista no se autoriza más que de sí mismo en tanto analista miembro de la Escuela, no es de sí mismo (en el caso del AME) que se autorizó. Ni tan siquiera es de sí mismo que se propuso. Nunca estuvo previsto que se presente candidatura para este título. De donde el contrasentido de aquél que llama a la injusticia.

Si el pasante se propone a la experiencia, si los miembros del cartel del pase toman acta de su candidatura, es necesario observar que ni el pasador, ni el AME entran como tales en la Escuela por su decisión. Teóricamente el AME no es por nada en lo que representa para sus pares. Es en eso en lo que se le puede considerar efectivamente como síntoma de la Escuela. Y es precisamente porque es síntoma que se prefiere que sea presentable para el exterior. No es el criterio más honorable, pero finalmente, eso cuenta. Esta es la razón por la que es propuesto por las instancias locales.

Si me pregunto sobre el sentido que tiene la función del AME en la Escuela, veo tres niveles.

El nivel de la designación del pasador. El AME debe saber reconocer entre sus analizantes a aquel que puede funcionar como pasador. El AME produce el pasador. Es una responsabilidad importante. Pero no puede producirlo a demanda. Se sabe lo que vale lo que se hace a demanda. El AME produce al pasador. El pasador hace signo del tipo de análisis que hace con su analista. La designación del pasador es sintomática. De ahí la prudencia, o incluso la timidez al designar pasadores.

El nivel de la propuesta de nuevos AME. La idea general es proponer a un colega conocido y que "hizo sus pruebas". Falta saber lo que se considera como pruebas.

Cada uno puede tener sus criterios. Voy a darles los míos.

Sólo propondría como AME a un colega a quien enviaría de buen grado a alguien que quisiera hacer un análisis. Eso implica que el colega haya dado prueba de que sabe estar en el lugar del analista para acoger una solicitud de análisis.

Pero también que haya demostrado que sabe acompañar a sus analizantes hasta el término del proceso.

A este respecto ¿se conoce el devenir de sus analizantes? ¿se interesan por el psicoanálisis y por nuestra escuela en particular?

Dicho de otro modo, el futuro AME es localizable, a mi modo de ver, más por lo que produce que por lo que es. ¿Produce del psicoanalista? ¿Va a poder designar pasadores? Entre lo que produce, soy sensible también a sus contribuciones, artículos, trabajos expuestos en nuestros encuentros.

Para mí, el AME es alguien que debe demostrar su voluntad de participar en la elaboración de saber en la Escuela.

Abordo ahí la tercera función atribuida al AME en la Escuela. Y al respecto es hora de decir que las tres letras del AME se leen: alma (*âme*) en francés. *Âme*, es el *anima* latina. La función del AME es también la de animar, orientar, transmitir sin cesar el virus del psicoanálisis al exterior pero también al interior de la Escuela.

Voy a terminar por una metáfora.

En *lutherie*, el alma de un violín, es una pequeña pieza de madera bastante ordinaria, en general se obtiene de la picea, que el *luthier* de instrumentos introduce con un gesto experto en el violín una vez terminado. Esta pequeña clavija de madera situada bajo el caballete,

transmite las vibraciones a la tabla de armonía y las propaga hasta el fondo del instrumento. El alma es pues en gran parte responsable de la sonoridad del violín.

Esta pequeña clavija de madera ordinaria que opera en secreto y que por lo tanto está lejos de parecerse a una vara de mariscal, me parece bastante adecuada para darnos la imagen de lo que esperamos de un AME en nuestra escuela.

Traducción de Patricia Muñoz

Ecós del III Encuentro Internacional I

Debate después de la mesa redonda “El discernimiento del pasador”

Transcrito por Albert Nguyễn

Este “digest” se ha compuesto a partir de las intervenciones de: J. Adam, S. Alberti, S. Aparicio, C. Barnier, R. Casalprim, F. Decoin-Vargas, D. Fingermann, C. Gallano, A. López, F. Marone, C. Mongobert, M. Mosconi, M. L. de Oliva, C. Pascual, A. Quinet, T. Sanchez-Biezma, C. Sepel, C. Soler, M. Strauss, E. Thamer, M. Urlan

(Encontrarán en *el Wunsch* 13 ecos de la segunda mesa redonda del día 9 de Diciembre titulada “La apuesta del AME y sus consecuencias”).

Después de las intervenciones anteriores, se entabló un debate, cuyos puntos principales podrán leer a continuación. Como siempre, el tiempo nos faltó para llevar más lejos las preguntas. No hay duda sin embargo, a la vista del debate permanente que el procedimiento del pase requiere y alimenta en nuestra Escuela, que se resaltarán de nuevo y serán desarrolladas aquí o allí, y a partir de julio en Rio de Janeiro en el Simposio sobre el pase. El debate está reordenado en función de las preguntas que se plantearon y de las respuestas aportadas.

La cuestión de la información al pasador de su designación:

En general, los participantes mostraron un cierto acuerdo en cuanto al hecho de que la designación por un analista de un analizante para la función de pasador no tiene que comunicársele por regla general a él. Lacan lo indicó en sucesivas ocasiones, y si una vez dijo que “por cortesía” el pasador podía ser informado, no es la regla general.

El efecto de sorpresa de la designación se mencionó, así como su pertinencia necesaria. El interés de la no - información se debe al hecho que el pasador debe responder en acto a la solicitud de un pasante, tiene que responder: sí o no, sin pensar, sin reflexionar, y la función de la prisa del acto está en juego. Es una buena prueba para saber si se designó al pasador con buen discernimiento. Y, por otra parte se indicó también la posible ausencia de sorpresa: ésta testimonia entonces, de que si la designación se hizo en el momento oportuno, el pasador puede muy bien no experimentar sorpresa cuando se le llama. La sorpresa por el contrario puede surgir en el momento del “precipitado” de la transmisión que efectúa el pasador. En cualquier caso la experiencia del pasador, está marcada por el sello de lo inédito y de la contingencia del encuentro con los pasantes.

También se trató de la satisfacción del pasador, lo que abrió una pregunta sobre las distintas satisfacciones encontradas: satisfacción de final, satisfacción del pasador. ¿Cuál es la satisfacción en juego? Se puede discutir la validez de los términos empleados: satisfacción, entusiasmo, en cualquier caso se trata de un afecto positivo. Para uno de los participantes lo fundamental es que el pasador satisfaga el dispositivo (más que a él mismo).

Obviamente lo que importa es distinguir bien la designación y la ejecución de la tarea de pasador. La designación ocurre en un momento del análisis que resulta de una ganancia de saber que sin embargo deja una parte importante a lo no sabido.

La efectuación de la función pasador:

Se tuvieron en cuenta dos escollos para el pasador: el de identificarse al pasante y el de identificarse a la lengua de la Escuela, a sus textos, es decir, al Otro. El discernimiento del pasador es capital para la validez de nuestro pase.

El efecto de separación:

Se avanzó la idea de un efecto de separación causado por el nombramiento. A pesar de todo parece que el efecto de separación tiende a producirse antes, y precisamente para provocar la designación. Sin embargo en su cura el pasador podrá constatar efectos de separación en las consecuencias de su recorrido analítico. La cuestión de su devenir analista, en particular, se plantea.

El funcionario del discurso analítico y la intranquilidad:

El pasador como placa sensible no es una notación de Lacan. Es preferible apostar por una cierta intranquilidad del pasador que es alguien en búsqueda de cómo encontrar algo mejor, alguien que sopesa entre este encontrar algo mejor y algo diferente, acerca de lo cual puede preguntarse qué es. Se observa que por otra parte el cartel también sopesa: ¿en qué momento lo que se presenta es suficiente y no requiere el frecuente “aún un poco más”?

Una cierta tranquilidad del pasante, una vez que encontró su solución, se transforma en intranquilidad de otra clase: ¿pasa de una intranquilidad subjetiva a una intranquilidad psicoanalítica?

Parece que hubiera una contradicción en los términos, no puede haber un funcionario del discurso analítico que, por estructura, esté intranquilo. Y con todo cuando Lacan habla de funcionario del discurso analítico, lo que pone en cuestión es el hábito, la capacidad de los analistas para presionar los buenos botones en el buen momento. Es posible porque una gran parte del análisis reside en la elaboración de la transferencia que funciona completamente sola si no se lo impide. Pertenece a la Escuela intranquilizar para que de la intranquilidad se haga resorte de elaboración, producción, progreso. El funcionario del discurso psicoanalítico aprovecha del dinamismo autónomo de la transferencia. La cuestión de saber si podrá llevar a su analizante más allá no se plantea ya que eso no depende del análisis.

"Turbulencias" puede sustituir ventajosamente a intranquilidad ya que en efecto en ese momento de turbulencias del pase, una cuestión latente existe en los pasadores, los pasantes y el cartel: encontrar la salida que hace realmente a un analista.

La tarea del pasador:

Se puso un acento importante sobre el hecho de que "pasador" es esencialmente una función, y que además es una función transitoria. Por otra parte, como más arriba se indica, debe saber preguntar y tener una posición activa.

Si el consentimiento del pasador es condición necesaria, no es suficiente, la pasividad no está involucrada, el pasador debe saber preguntar al pasante, ser activo aunque no esté aún en el acto analítico, dar el salto de lo no sabido que sabe a lo no sabido de quien sabe. Esto implica que tenga una cierta distancia con relación a la función que debe asumir. Esto desemboca en la cuestión del discernimiento y la satisfacción: cómo ajustar, para los AME, el hecho de que el pasador debe "ser el pase" manteniendo al mismo tiempo esa distancia con relación a su función. En la medida en que no hay garantía de la transmisión, se propone una solidaridad entre todos los que participan en el dispositivo, sin tener esa inquietud de una transmisión "successful" cada vez. ¿Cómo designar a un pasador que tenga esa distancia, cómo saber si tiene el perfil de antemano?

La soledad, replica un participante, es el destino del pasador que ya no se apoya en su cura, que no tiene su analista con él, y que se enfrenta al cartel (estos puntos que retoman la cuestión de los efectos de separación).

Se avanzó la idea que el pasador tenga que escuchar más allá de su singularidad.

El problema del pasador es que es necesario que trabaje pero el trabajo prefabricado de los textos no debe hacer pantalla. A lo cual se añadió que trabajar o ser activo no elimina lo no sabido en la transmisión.

Saber preguntar: cuestión crucial para la función.

Implica, no tanto leer entre las líneas ya que éste no es el lugar del pasador ni el del cartel, pero preguntar se puede hacer de dos maneras: se puede preguntar a partir de lo que se sabe, pero el pasador pregunta a partir de lo no sabido de uno que sabe, lo que difiere del jurado compuesto de personas instaladas, y hay una diferencia y no una identidad entre el que pasó y el pasador. Conviene preguntar con relación a la verdad, a la separación de la verdad, la relación a la verdad debe haber sido tocada por el pasador (es por lo que la separación tiene lugar antes de la designación). El acto, la relación al acto, las condiciones de posibilidad del acto forman parte de este "saber preguntar".

El pasador y la Escuela:

Si no se requiere que el pasador sea miembro de la Escuela, es mejor a pesar de todo que tenga una idea, que tenga una idea de lo que Lacan dijo del pase. Esto no es ni formal, ni burocrático, sino que se ubica a nivel de la manera en que el pasador se sitúa con relación al análisis, como mínimo a la periferia de la Escuela.

El tiempo del pasador: si se acuerda el hecho de que se trata de una travesía, entonces se limita el tiempo del pasador ya que una travesía tiene un final. La duración por el contrario se fija un poco "a ojo", no puede garantizarse completamente.

Conclusión: el discernimiento del pasador no es infable. Ciertamente no hay modelo pero hay una lógica de la cura. Por otra parte resultan turbulencias del discurso analítico: algo de lo inesperado surge en el pase, para el pasante y los pasadores y para los carteles del pase.

Traducción Patricia Muñoz

Réplicas de los dispositivos locales a los debates

Antonio QUINET (Brasil)

Sobre el A.M.E. en nuestra Escuela

A partir de los debates sobre el AME en nuestra Escuela en las Jornadas de diciembre en París, lo que quedó claro para mí fue la importancia de los AME principalmente en relación al dispositivo del pase. Pero no sólo esto. Encontramos efectivamente algunas indicaciones de Lacan, que de una cierta manera, si no desprecian, al menos parecen atenuar la importancia del título AME, como por ejemplo, el AME como síntoma de la Escuela en relación con el Otro social y como las “almas” de la Escuela. Sin embargo si retomamos su función de ser el título que la Escuela confiere a aquellos a quienes les es reconocida su formación en la Escuela, se trata de una respuesta de la Escuela a la sociedad donde ella se sitúa. Esto es algo que debe ser tenido en cuenta sobre todo en estos últimos tiempos en los que se discute la reglamentación del oficio del psicoanalista por parte del Estado. Efectivamente la Escuela debe poder proponer una respuesta distinta de aquella hecha por el Estado. El AME es así una respuesta de la Escuela. Se trata de una respuesta ética, pues al designar un AME, la Escuela garantiza la ética (lo que rige los actos) de aquellos analistas designados por ella, no sólo ante la comunidad que se constituye en la Escuela y entorno de ella, sino también para los no-analistas y analizantes que se dirigen a ellos.

Por otro lado, en lo que concierne al pase, es fundamental que consideremos que el AME es aquel que propone los pasadores dentro de sus analizantes, volviéndose así responsable por el pase una vez que el pasador es un *sinequa non* del dispositivo del pase. En mi experiencia como miembro del Cartel del Pase pude constatar la importancia de esa designación por el analista, es decir, de tal manera que si un pasador puede hacer pasar el testimonio, otro francamente puede hacer objeción, oscurecer y no permitir que el testimonio del pasante realmente pase al cartel. Si con Lacan, decimos que el pasador es el pase, no podemos decir que el AME no lo sea también. El AME hace parte del “alma” del dispositivo del pase.

Traducción de Clara Cecilia Mesa

Rosa ROCA (España)

Un breve comentario

Al contrastar los trabajos teóricos que tuvieron lugar en las Jornadas, con los relatos de las experiencias de los pasadores, comprobamos que todos refieren de alguna manera lo que C. Soler, llama “zona de turbulencias”. Desde esa zona el pasador escucha al pasante que ya pasó por ella y pudo darle una solución propia, solución que ha de ser transmitida al pasador y del pasador al Cartel del Pase. El pasador es sensible a la respuesta dada por el pasante porque a él mismo le falta esa respuesta. Está en la turbulencia pero no tiene la respuesta. El pasador sabe algo de la inconsistencia del SsS, pero ¿cómo resolver? ¿Le servirá la respuesta dada por otro?

Como nos decía Trinidad Sánchez: “Pasador es una palabra que designa un lugar que necesita que se quiera ocupar” “Un nombre que lo que señala es una posición de alguien que

puede escuchar más allá de su singularidad”. Una palabra que designa un lugar, un nombre que señala una posición. No sabemos de aquellos que dijeron “no” a ocupar ese lugar, pero por los testimonios pareciera que el “sí” se impone sólo, sin pensamiento previo, teniendo dicha demanda efectos sobre el cuerpo. Decir “sí” a ocupar ese lugar no garantiza el que pueda escuchar más allá de su singularidad, pero es condición para que esto se ponga a prueba, para que “dejar pasar lo que ha pasado” tenga su oportunidad. Por eso que el pasador sea el Pase, nos confronta a la falta de garantía en la nominación de un analista. No hay dispositivos de la garantía que garanticen un analista. El dispositivo del Pase pone de manifiesto, en la figura del pasador, que no hay garantía, no hay Otro del Otro, hay otro a través del cual se puede transmitir algo, pero ese otro no es un simple aparato de transmisión. Es placa sensible, y como tal, tiene una sensibilidad determinada. Sensibilidad que, si bien por un lado permitirá que allí algo se escriba, por otro determinará la forma en que se haga.

Cada uno de los relatos de los pasadores nos cuentan con claridad lo que supuso y cómo fue vivido el momento de la llamada que los convertiría en pasadores si aceptaban la propuesta, y cuentan también, pero con menor claridad, el momento dedicado a la escucha de los testimonios de Pase. Ahí se manifiesta la singularidad de cada uno y su momento analítico. La claridad vuelve de nuevo cuando nos hablan de las consecuencias que formar parte del dispositivo de Pase, tuvo para ellos. Dos consecuencias son a destacar ya que se dan en todos los casos: dinamización del propio análisis y renovación del vínculo con la Escuela.

En todos se constata en primer lugar el efecto sorpresa de la designación y en segundo lugar, su desamparo frente a una experiencia que requiere de ellos, no un saber ya constituido, sino enfrentarse con un no saber que pueda dar cuenta de un saber hacer de otro en cuanto a su síntoma. Nada reglará sus encuentros con lo que no sabe. Sin embargo es necesario que esté preparado para la sorpresa, es decir, que sea capaz de dejarse sorprender, solo así evitará los peligros que derivan de la identificación con el pasante como la comprensión que estaría fuera de lugar.

Estar preparado y sorpresa, parecen términos antinómicos, pero no lo son. Cuando el pasador es llamado por el pasante para comunicarle su designación, no está preparado para la sorpresa de ahí que, en muchos casos, la sorpresa lo conmueva hasta sus raíces, planteándole todo tipo de interrogantes, desde el interrogante por el deseo de su analista y también por el qué fue aquello que hizo que su psicoanalista lo propusiera, hasta los interrogantes sobre lo que se espera de él y sobre cómo hacerlo bien.

Sin embargo, en la escucha del testimonio, estos interrogantes, no están “permitidos” (lo que no quiere decir que puedan estar presentes), no están permitidos porque se trata principalmente, no de saber escuchar, eso queda del lado del psicoanalista, sino de saber esperar, teniendo en cuenta lo que dice Lacan acerca del lo que saber esperar significa. Significa que en la espera se ha de estar preparado para la sorpresa, permitir que la sorpresa tenga lugar. Cuando Trinidad Sánchez dice: el pasador es “un nombre que lo que señala es una posición de alguien que puede escuchar más allá de su singularidad”, creo que está señalando esa posición de saber esperar, posición que los AME han de tener en cuenta en su nominación de pasadores. Esperar la sorpresa no mata la sorpresa, sino que permite estar en condiciones de escucharla, de que esa sorpresa resuene en uno mismo, no como identificación. La identificación depende del yo y la resonancia de que se trata depende del inconsciente. La transmisión del testimonio, para que algo pase, ha de hacer resonar el inconsciente del pasador, y con esa resonancia debe arreglárselas el pasador, para que algo resuene en el Cartel del Pase.

Para entender la estructura del Pase, y el lugar del pasador, no está de más tener en cuenta la estructura del chiste y su modo de transmisión, pero no solo eso, tampoco hay que perder de vista que la esencia del chiste es desbaratar los semblantes ya que siempre menoscaban la consistencia del otro poniendo de manifiesto su inconsistencia.

Ana ALONSO y Maria Luisa DE LA OLIVA (España)

Algunas consideraciones sobre el A.M.E.

Al iniciar un trabajo sobre lo que se discutió en el Encuentro Internacional de Escuela sobre el AME, recordamos que en la Proposición, tal como menciona el trabajo de P. Muñoz (1), Lacan instituye el título de AME para aquel/lla al que la Escuela “*lo reconoce como analista que ha probado ser tal*” y éste “*debe volverse responsable de su progreso*”, es decir, es un título de garantía que la Escuela da a algunos de sus miembros, tanto en relación a la formación del analista como al exterior de la propia Institución.

Freud advertía sobre los requerimientos para ser analista en El porvenir de la terapia psicoanalítica (1910), texto al cual hace referencia el citado trabajo de Patricia Muñoz, “*Ningún psicoanalítico llega más allá de cuanto se lo permiten sus propios complejos y resistencias, razón por la cual exigimos que todo principiante inicie su actividad con auto análisis y vaya haciéndolo cada vez más profundo, según vaya ampliando su experiencia en el tratamiento de enfermos. Aquel que no consiga llevar a cabo semejante autoanálisis, puede estar seguro de no poseer tampoco la capacidad de tratar analíticamente a un enfermo*”

Así pues algunas de las cuestiones a considerar para proponer a alguien como AME, y de acuerdo con lo planteado por Bernard Nominé en su texto (2), son que haya dado pruebas de merecer el título, que sea capaz de acompañar al analizante hasta el final.

Para ello, se supone que él mismo también lo habrá hecho, es decir, habrá entrado en la etapa final, habrá encontrado una salida, y no se habrá quedado estancado o no habrá salido de allí por aburrimiento. Entonces, pensamos que es fundamental cuál ha sido su posición como sujeto analizante que ha llegado hasta la posición de analista, haya hecho o no el pase.

Añade Bernard Nominé otra condición para el AME, y es la de que sea capaz de funcionar como alma (âme) de la Escuela, que entendemos como estar dispuesto a seguir sosteniendo un deseo de saber en relación con otros.

El AME en la primera época de la creación de la Escuela, no tenía relación directa con el Pase, sin embargo Lacan, tal como señala el trabajo de Carmen Gallano (3), en la medida que fue poniendo a prueba la experiencia del Pase, le confirió distinto sentido a los títulos de su Escuela.

En la actualidad un AME tiene dos maneras de participar en el funcionamiento del dispositivo del pase: puede nombrar pasadores, y puede presentarse al CIG y de esta manera formar parte de los Carteles del Pase. Evidentemente, puede también participar en el dispositivo en tanto que pasante, pero eso es independiente de su título de AME.

La nominación de AME es lo que le permite, lo que le da acceso a formar parte del funcionamiento del dispositivo, pero no es desde el título que lo hace, sino en tanto que analista que puede ocupar legítimamente para otros el lugar de la causa, como nos dice Colette Soler en su trabajo sobre El Pasador (4). Ella comenta que el AME tiene que saber el “*problema tipo*” de la fase final para poder designar un pasador.

En su otro trabajo sobre El fin, los fines (5), Colette Soler plantea que en los casos cuyo trabajo de transferencia condujo al “*no puedo saber*” del final, al “*no puedo llevar el síntoma a cero*”, hay una constatación de esos dos límites, y el sujeto se puede situar respecto a ellos, y que justamente ahí empieza el problema del final posible. Ella habla de que hay “*índices tipo*” de esa constatación. En la continuación del análisis será un sujeto que acepta, asume ser lo que es en la realidad, y que eso incluye los imposibles de decir, saber y cambiar, nombrando todo eso lo real como imposible. Se acaban las elucubraciones, ya no piensa más en lo que es y puede

actuarlo. Este sujeto, *“también se puede prestar legítimamente para otros a ocupar el lugar de la causa. Digo legítimamente porque sabe que al final hay una salida posible” (...)*

El dispositivo del pase se nutre de los efectos que produce. Estos efectos afectan al conjunto de la Escuela, y no solo a aquellos que participan en él de manera directa. La suerte está echada para el pasante que testimonia ante un pasador, quien a su vez transmite las resonancias de ese testimonio ante el Cartel del Pase, los que a su vez darán su respuesta al pasante. La suerte está echada también para el AME y para el pasador, que solo sabrá que ha sido designado bajo la forma de la sorpresa. Ambos, AME y pasador, no han pedido serlo, y en este sentido hay sorpresa para los dos. En el encuentro se habló bastante del consentimiento del pasador a serlo como algo del orden de la ética, pero no se habló del consentimiento del AME al recibir el nombramiento.

Verdaderamente se habla más de la responsabilidad del pasador que de la del AME. En todos los testimonios de los pasadores, se puede leer que en sus tribulaciones, se hacían preguntas en torno a si estarían o no a la altura de su función. Se puede constatar el peso de la responsabilidad que recae sobre ellos al ser designados, y también cómo tratan de encontrar respuestas a todo ello por la vía del saber, búsqueda que resulta infructuosa, pues no es desde el saber que pueden cumplir su función sino justamente desde el no saber. Sin embargo, no se leen testimonios sobre los efectos que ha podido tener un nombramiento de AME. Es cierto que el título del AME es un reconocimiento de la Escuela, que por otra parte conlleva más deberes que derechos, como dice B. Nominé, pero da la impresión de que no se toma en cuenta el alcance que tiene el AME en cuanto a su participación en el dispositivo.

Sí, se pueden leer trabajos de AME que han participado en el dispositivo, también hay trabajos de pasadores y de pasantes, hayan sido o no nominados AE, pero no hay trabajos sobre los efectos de un nombramiento de AME.

Se habla de la marca que en el pasador deja haber participado en el pase, marca indeleble para muchos, pero no se habla de la marca del AME, siendo como es el alma (âme) de la Escuela. Siendo como es el sostén de la garantía de la Escuela no se toman suficientemente en cuenta estas cuestiones.

Quizás una marca del AME es que recibe una garantía de la Escuela que no ha pedido y que además no está sujeta al tiempo.

Otro de los rasgos diferenciales del AME respecto a los demás participantes en el dispositivo, es que su título es impercedero, no es caduco. La temporalidad del pasador y del AE es en tanto que se estima que sus funciones pueden llegar a caducar, bien porque en el caso del pasador llegue un momento en que encuentre su propia salida como analizante, bien porque si un AE sigue más tiempo de la cuenta, se puede llegar a encastar. Entonces, ¿por qué no se considera lo mismo con el AME? ¿Tendrá que ver con que su función no es únicamente en relación al Pase?

¿Qué el título del AME no sea percedero no puede hacer de los AME una casta? ¿Por qué no es revisable este título?

Entonces, puesto que una de las funciones y responsabilidades del AME es la designación de pasadores, eso implica en primer lugar, como ya se ha señalado, poder discernir, poder acompañar a un analizante hasta el final. Pero a ello hay que añadir la posibilidad real de designar pasadores, es decir, hay que tener en cuenta las realidades de cada lugar y cómo se juegan en estas las transferencias, ya que es habitual que aquellos sujetos que inician su formación, decidan analizarse con los “notables”, lo cual no quiere decir exactamente que su elección transferencial sea por ese motivo.

Esto implica que el AME que no tiene analizantes en formación, difícilmente va a poder designar a un pasador que pueda participar en el dispositivo, pero no porque no haya entre sus analizantes aquellos que estén en un momento de pase, sino por el desconocimiento

y desvinculación de los mismos respecto de lo que es una Escuela de psicoanálisis, conocimiento que se considera necesario para poder hacer una designación.

De ahí que convenga diferenciar en el AME la condición de que pueda legítimamente discernir para nombrar a un analizante pasador, y de otra parte, si la realidad de sus analizantes se lo permiten.

Diferencia pues entre la realidad y lo posible. Esto es algo paradójico. Paradoja que explica la desproporción entre el número de AME y el número de pasadores, pues en buena lógica se esperaría que al haber muchos, también habría muchos pasadores. No entramos en este trabajo en la cuestión de que tampoco hay muchas demandas de pase.

En el Encuentro Internacional, se plantearon a este respecto cuestiones interesantes y que merece la pena volver a ellas: ¿sigue siendo válido el método para otorgar el título de AME?, ¿habría que innovar?

A modo de boutade, nos preguntamos ¿es que acaso para recoger los efectos de esa paradoja habría que hacer dos tipos de AME, los que sí pueden designar pasadores y los que no?, ¿no existe de facto tal diferenciación de manera implícita entre el conjunto de los AME?

También hubo preguntas en torno a si sería conveniente revisar periódicamente la función de los AME como una manera de mantener vivo el deseo y que no devengan suficiencias, casta. Pero, ¿cómo hacerlo, cómo conmooverlos, cómo intranquilizarlos?, ¿cómo hacer para que el AME no se acomode o instale en un sillón de una “suficiencia silenciosa” (Juan del Pozo)? (6)

Bernard Nominé utilizó dos metáforas en su trabajo del AME (2), una la del violín: en la construcción de un violín se coloca una pieza de madera en el puente que permite transmitir las vibraciones a la caja de armonía y la propaga hasta el fondo del instrumento. El AME como alma (âme) sería en gran parte responsable de la sonoridad del violín. La otra metáfora es la del virus: “transmitir sin cesar el virus del psicoanálisis hacia el exterior, y más bien hacia el interior de la Escuela”.

Ahora bien, respecto al violín, eso implica que haya un agujero, ya que el violín no sonaría si no hubiese es oquedad. Ha de estar ese agujero, ese vacío, que remite al deseo.

La segunda metáfora implica que para transmitir un virus, previamente el AME esté contagiado, y si se plantea la necesidad de un contagio, es porque en la Escuela puede ocurrir que haya curación, es decir, falta de virus, o bien, que haya una vacuna contra el virus. ¿Cómo hacer entonces para actuar de contra-vacuna? ¿Cómo desactivar los efectos de la vacuna?

¿No es una contradicción que el AME sea un título imperecedero con esperar del AME que contagie sin cesar del virus del psicoanálisis a la Escuela?

Si el riesgo del AME es acomodarse, encastarse, enfermar de la enfermedad del sueño, ¿no sería esperar demasiado que sean ellos mismos quienes despierten, contagien a la Escuela del virus incurable del psicoanálisis?

¿No está recubierto el título del AME de un brillo que no se explica, puesto que implica más responsabilidades a la par que en la realidad de muchos países, es un título que no tiene ningún reconocimiento?

¿No se podría pensar que el CIG verificara en el après- coup los efectos de una nominación de AME en su doble vertiente de cara al exterior y al interior de la Escuela? ¿Cómo se podría hacer sin caer en una práctica equivalente a las exigencias que se aplican por ejemplo a los profesores universitarios y sin que eso se pudiera pensar como la idea de otro del Otro?

Y para finalizar, la dificultad tan evidente para el relevo generacional en la Escuela de psicoanálisis, ¿no tiene en parte relación con todas estas cuestiones?

NOTAS

- (1) Muñoz, Patricia. “El AME responsable del progreso de la Escuela” texto EIE.2011
- (2) Nominé, Bernard. “Sur L’A.M.E.” texto presentado en EIE 2011.
- (3) Gallano, Carmen. “La apuesta del AME y sus consecuencias” texto pre. EIE 2011
- (4) Soler, Colette. “Sobre el pasador”. EIE. 2011
- (5) Soler, Colette. “El fin, los fines”. EIE 2011
- (6) Juan del Pozo: “El AME desinstalado”. *Wunsch 11*.

El análisis, finales, continuaciones

Albert NGUYÊN (Francia)

La Escuela a prueba del pase

De la puesta a prueba (épreuve) a la prueba (preuve)

Para abrir este Tercer Encuentro, quisiera de entrada saludar a todos los colegas extranjeros que han hecho el viaje, a veces muy largo, para participar en este tercer encuentro cuyo título es, como todos Vds. saben: “El análisis, finales, continuaciones”. Saludo también por supuesto a todos los colegas franceses, y expreso el deseo de que estas tres jornadas de trabajo e intercambios que vamos a tener sean agradables, ricas, en estudio...y eficaces.

Este Tercer Encuentro, como su denominación indica, viene después del primero, en Buenos Aires, donde los debates se centraron sobre la cuestión del AE y del pase, además de la cuestión de los efectos sobre la Escuela. Vds. pueden leer las intervenciones en Wunsch 8. El segundo Encuentro tuvo lugar en Roma, y se centró sobre la cuestión del pase y de lo Real (Wunsch 10). Es entonces bastante fácil seguir el hilo: el pase está en el corazón de la Escuela, en sus dos vertientes, epistémica e institucional, que se anudan en numerosos aspectos.

Esta primera Jornada tiene por título: “La Escuela a prueba del pase”, se desarrollará en dos tiempos, una mesa redonda esta mañana con el título: “El discernimiento del pasador”, que interrogará el lugar y la función del pasador. Una segunda mesa redonda por la tarde, que se consagrará más especialmente al AME, bajo el título: “La apuesta del AME y sus continuaciones (suites)”. Para estas dos mesas redondas hemos optado por intervenciones cortas a fin de dejar un gran margen de tiempo a los debates, persuadidos de que estos dos temas cristalizan múltiples cuestiones en torno al pase. Entenderán así que, como aparece indicado en el programa, haya 5 intervenciones en cada mesa redonda, animada cada una por dos moderadores.

Para introducir la Jornada voy a decir algunas palabras que, espero, contribuirán a abrir el tema de la Escuela a prueba del pase, sobre el cual hay mucho que decir. Como mínimo que el pase intranquiliza a la Escuela “inflingiéndole” una puesta a prueba. No es obligatorio fracasar durante una puesta a prueba, ocurre incluso alguna vez, como se dice, que el sujeto o la Escuela salen crecido, más fuertes, de la puesta a prueba. Es en efecto lo que se puede esperar como salida favorable de estas Jornadas.

Así pues hoy nos centraremos sobre el pasador y aquél que lo designa, el AME.

¿Qué es lo que les reúne? me he preguntado. Lo real, porque pasador y AME están concernidos los dos por lo que yo llamaría “la puesta a prueba de lo Real”. Dicho de otro modo, hay la puesta a prueba del pasador y hay la puesta a prueba del AME, el pasador pone a prueba al pasante y el AME es puesto a la prueba del pasador.

La puesta a prueba del pasador se ordena en torno al hecho de que escucha el testimonio, y escuchar supone un cierto entendimiento, que su capacidad de transmitir está en primer plano y que ella depende, más allá de la famosa sensibilidad sobre la que hemos leído en los numerosos Preludios (y aprovecho para agradecer de paso a todos aquellos que han querido o deseado escribir para animar el pre-Encuentro), ella depende entonces, más allá de la sensibilidad del pasador a lo que se presenta como testimonio del pase, de la posibilidad y de la capacidad de extraer una lógica del testimonio, lo que ha llevado a hablar del “pasador

lógico”. En efecto se trata para el pasador, a partir de las entrevistas con el pasante, de construir lo que transmite al cartel.

La puesta a prueba del AME, no es menor, aunque hayamos hablado hasta ahora sobre todo del pasador y del pasante. El AME designa pasador a un analizante, y lo menos que se puede esperar de esa designación, es el discernimiento del AME. Hemos llamado a la primera mesa redonda “El discernimiento del pasador”, el AME se sitúa también bajo el mismo rótulo. Otro aspecto de esta puesta a prueba es el retorno que puede hacer el cartel y los interrogantes que una designación puede hacer surgir en la conducción, la dirección de la cura, y además esa otra faceta de la puesta a prueba que no se detiene con la designación, sino que se prosigue con los retornos sobre la cura de los efectos de la designación. ¿Qué efectos habrá tenido el pase, los testimonios escuchados, sobre el pasador? Se sabe que son variables, pero raramente anodinos.

La respuesta, la solución a la puesta a prueba: la prueba, las pruebas

¿Qué se espera del pasador? Que el pasador sea aquel al que no se le escapa el pase – y para que lo transmita – falta aún que no esté demasiado lejos de él mismo, para poder transmitirlo sin saberlo. Que no venga a hacer de tapón al testimonio es lo mínimo que se espera.

El pasador no es sin saber, pero no ha tomado aún acta de lo que sabe. Como dice Lacan, está en la brecha de resolver el problema, contrariamente al pasante que entra en el procedimiento, a la vez porque sabe lo que ha aprendido de su cura y porque sabe que frente a lo Real, permanece ignorante, siempre. Habitarse a lo Real, expresión de Lacan, no puede querer decir reducir sus efectos, banalizarlo, sino por el contrario hacerle frente, plantarle cara (texto de L.Izcoovich Wunsch 11) ¿cómo? Construir, inventar cada vez la respuesta a ese Real que está siempre ahí, incluso si sólo se manifiesta con chispazos. Digo siempre ahí, en el mismo lugar, y como imposible porque S(A barrada), G (A barrada), la forclusión de la relación sexual, están siempre ahí, y se trata de hacerles frente, es lo que quiere decir “saber hacer” con su síntoma.

Hablamos de encuentro con lo Real, creo que se puede también hablar de permanencia del Real, incluso de inmanencia del Real. Sin duda se puede esperar, incluso exigir al psicoanálisis, que permita al analizante soportar el peso de ese Real. Es precisamente porque el Real es pesado que hablamos de aligeramiento. El aligeramiento no concierne tanto a la reducción del fantasma o de los síntomas como al saber adquirido sobre el Real. Lo que es pesado de llevar en la entrada de un análisis no tiene el mismo peso al fin de la experiencia, es por lo que Lacan pudo hablar de “sopesar el fin” (de haberlo sopesado).

El peso del fin es un peso que aligera, mucho más que un peso que impide, que aploma. Es más bien –solución de la inercia de goce – un peso que hace devenir ágil, un peso que hace devenir rápido.

El pasador ¿atraviesa el muro del sonido? No creo tanto que lo atravesase como que el muro le reenvía el sonido. Él es el muro, el Real sobre el que los sonidos vienen a escribirse: la escritura inscribe el encuentro del muro y el sonido. Y es esta operación la que hace, signa la función del pasador como “pasador a reacción”. El pasador no duerme, no es una cinta registradora, sino por el contrario una caja de resonancia, y hay que añadir, selectiva, puesto que no transmite los sonidos tal cual. El selecciona, pero ¿qué selecciona y a partir de qué, qué transmite de las condiciones del acto?

Me parece que sobre este punto de la transmisión no es posible hacer abstracción de lo que se puede llamar la doctrina, la concepción del pase en la Escuela y por tanto en los carteles del pase, a la que se refiere poco o mucho el pasador.

Se ha hablado del pasador cándido, *naijf*. Es cándido en la medida en que no hay modelo de pase, no hay modelo de testimonio. Pero allí donde lo es menos, cándido, es en la

medida en que lee los textos de Lacan sobre el pase, los trabajos publicados en la Escuela, en la medida en que va a los Seminarios, conferencias, frecuenta los Colegios clínicos: de hecho no puede no haber escuchado hablar al menos de la ganancia epistémica que constituye el trabajo sobre el inconsciente real, del lugar de los afectos en la concepción del fin de análisis. Y de golpe, sabe que la expectativa de la Escuela se sitúa – siempre- en la vanguardia de la elaboración conceptual, incluso si la experiencia la contradice, la verifica o la sorprende.

De lo que digo aquí se desprenden dos consecuencias que nos reenvían al AME: no puede designar pasador a un analizante que no tuviera idea alguna de la Escuela, de sus trabajos. El análisis personal no basta, incluso si es condición necesaria, la relación al análisis y el lugar donde esa relación puede exponerse, no puede pasar en silencio. La posición del pasador en el trabajo de Escuela es pues a tomar en consideración.

Segunda consecuencia: el pasador es pasador de una Escuela, no hay un en-sí del pasador, es llamado a funcionar en un dispositivo de Escuela, y la nominación de AE del pasante depende de ese otro dispositivo que es el cartel del pase al cual dirige su construcción.

Se deduce una consecuencia: es necesario, AME o pasador, u otro por otra parte, interrogarse más allá de las fórmulas canónicas del tipo el inconsciente real, la satisfacción de fin, interrogarse acerca de todo aquello que puede hacer tapón, slogan, consigna, modelo. De donde el interés, y cada testimonio debería poder mostrar algo sobre este punto, de posicionarse en el orden de las condiciones de posibilidad del acto, de las consecuencias y de la conclusión de la cura.

Sopesar un análisis se hace a partir de las consecuencias que produce para el sujeto. Ese cambio de valencia del peso del fin de análisis, el AME no sabría ignorarlo, es lo que puede volver su puesta a prueba más ligera, aunque no fuera más que porque entonces toda designación de un pasador se hace con discernimiento.

Si evoco esta puesta a prueba del AME y su solución por la prueba, es porque, de esta designación, hay retornos, efectos en la cura, y a partir de esos retornos, él puede saber si esa designación era oportuna (cf el texto de C.Gallano en Wunsch 11). Eso se juzga en los efectos en la cura del pasador.

Otro punto concerniente al AME: la relación al saber, y en particular al saber nuevo – nuevo no reenvía a un saber que no existía antes, sino a un saber que no era leído, que no había salido a la luz (por ejemplo el ICSR como lo llama C.Soler, el inconsciente real). La puesta a prueba del AME prosigue ahí, porque este saber añadido cambia la Dirección de la cura y la concepción misma del inconsciente, y sin duda también a la Escuela si se sacan las consecuencias.

Conclusión:

La Escuela a prueba del pase, es también la Escuela a prueba de la vida: quiero decir que la doctrina en debate, la doctrina que se elabora en la Escuela vuelve al psicoanálisis vivo, conduce a una toma en consideración de la in-potencia de la “vivance”. Es incluso un resultado bastante entusiasmante.

Es por lo que podemos esperar por ejemplo que las diferencias entre las zonas geográficas, tanto en la designación de pasadores como en la nominación de los AME encuentren a lo largo de este Encuentro un modo de concordar, lo que no impide que algunas ideas nuevas puedan surgir de lo que será dicho acerca de la relación del *parlêtre* al inconsciente real y de las consecuencias que ello conlleva para la concepción del análisis y sus continuaciones (suites).

Traducción de Ana Martínez

Colette SOLER (Francia)

El fin, los fines

He dicho “el fin, los fines”, como se puede decir “el análisis, los análisis”, uno por uno en su diversidad ineliminable.

Hablar del fin de análisis en singular, como Lacan lo hizo siempre, supone que el análisis es un proceso ordenado, y que su curso posible no es aleatorio, no fluctúa a merced de las particularidades de cada analizante. El análisis no es entonces un viaje por aquí y por allá, pues el viaje según Lacan es más bien para los no incautos. Dicho de otro modo, los riesgos del uno por uno, que conocemos bien, están subordinados al orden del discurso analítico, puesto que todo discurso es un orden. No se trata ahí de una distinción entre las experiencias, que serían particulares, y la teoría que sería generalizante, se trata de una experiencia en singular que aloja las particularidades sin borrarlas. He dicho el discurso analítico como todo discurso, pero tiene entre todos una particularidad: es un discurso opcional, esto no se destaca suficientemente. Se elige entrar, se prevé y se intenta salir. Formulado de otro modo, su vínculo es inaugurado por un acto y depende de sus efectos. No es pues eso que Lacan llama un discurso establecido, y esto es un punto en común con el amor. Los otros, los establecidos, el discurso del Amo especialmente, son ciertamente históricos, uno puede preguntarse por el momento de su fundación, pero se está alojado ahí desde el principio, salvo en el caso de la psicosis, sin haberlo elegido. Del mismo modo, el discurso histérico no es inaugurado por un acto. Se evoca, ciertamente, la original y oscura decisión del ser, pero no es lo mismo. Un discurso establecido está sostenido por instituciones específicas, y se podría llegar a pensar que con la IPA, Freud intentó hacer pasar el discurso opcional a discurso establecido. Falló: el discurso del análisis se establece permanentemente y no está sostenido por sus Asociaciones, la historia nos lo ha enseñado.

El debate sobre el fin

Les presento una pequeña curiosidad en materia de opción: todo analista acepta hablar del análisis en singular e incluso más que eso, aunque sólo fuera implícitamente, que hay una entrada. Lo admite desde el momento en que reivindica su diferencia con las psicoterapias, cosa que hacen todos los analistas. Ahora bien, las psicoterapias se definen, entre otras cosas, por no tener entrada, es decir por comenzar desde el primer encuentro con el psicoterapeuta. Que haya condiciones de entrada no constituye verdaderamente motivo de debate en el movimiento analítico, y tras el acontecimiento Lacan se admite que la entrada tipo, otro nombre para decir la estructura de entrada, se define por la puesta en función del sujeto supuesto saber. Se admite incluso en la IPA, aunque clínicamente cada transferencia es siempre particular. Por el contrario, cuando Lacan dijo el fin, y cuando nosotros lo decimos aún, la mayoría ponen objeciones. Incluso entre los llamados lacanianos muchos refunfunan para decir el fin en singular como se dice la entrada en singular y vuelven al pragmatismo del caso por caso, dicho de otro modo al análisis sin fin, pues el término sería tan múltiple como lo son los analizantes. ¿Porqué se admite tan fácilmente la entrada tipo a pesar de la diversidad de los casos, mientras que se niega también tan fácilmente la salida tipo en nombre de esa misma diversidad? ¿Es porque hablar del fin es poner en cuestión al analista que lo produce? He aquí en todo caso la pregunta que ha tomado poco a poco forma para mí no a partir de los intercambios en nuestra Escuela, sino de los intercambios con los colegas exteriores que cuestionan ese fin. Son tan numerosos que debe ser necesario que haya algo de real que funde eso que yo he llamado una curiosidad.

El comienzo del fin

La cuestión del fin no se plantea sino a partir de la fase llamada final, evocada tempranamente en Lacan, que la tomó de Balint, y redefinida en el “Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI”, en 1976. Curiosamente ya no se utiliza esta expresión, quizás ha sido desechada por la palabra “pase”, y sin embargo es una fase-tipo, inherente al proceso, del mismo modo que la puesta en función de la transferencia que abre este proceso. Es de ella que Lacan habla aún en ese prefacio, cuando menciona el modo de balancear el embrollo entre lo real fuera sentido y la verdad mentirosa. Esta fase comienza, paradójicamente, cuando las respuestas han sido obtenidas, dicho de otro modo cuando el trabajo de transferencia ha aportado todos los frutos que es capaz de producir. Se conocen: beneficio terapéutico, una parte de los síntomas de entrada se ha movido, “las cosas van mejor” como se dice; también un fruto didáctico, el analizante sabe un poco más acerca de sí mismo. A la entrada, la transferencia postulaba el saber inconsciente sobre la base del “yo no sé” del analizante. El no sabía porqué sufría en los síntomas que le llevaban, no sabía lo que, de él, fundaba ese sufrimiento. Se esperaba entonces, él esperaba, dos cosas: una reducción del sufrimiento sintomático y también el levantamiento del “yo no sé”. Finalmente, el trozo de saber ¿a qué lleva? Siempre al goce. De entrada en el fantasma de deseo, pero eso deja al sujeto todavía dividido por el objeto causa. A continuación sobre el resto de goce inamovible pero opaco del síntoma, más allá de sus reorganizaciones obtenidas por la vía del sentido.

En los dos casos, este balance terapéuticamente y didácticamente positivo corre a la par con una percepción de los límites de lo que se obtiene por el sentido: nada que levante la división por el objeto y el goce opaco del síntoma. La conclusión del proceso no podrá entonces tomar forma de lenguaje en el sentido de que no podrá exhibir un significante capitonante asegurado. Aquellos que aseguran haberlo encontrado se engañan a coro. Esos límites pueden ser situados conceptualmente por la vía de la lógica y de la topología, hasta el nudo borromeo, pero eso no impide que se experimenten patéticamente, y más bien con dolor: castración irreductible, a nivel del goce y del saber. Horror. Al “yo no sé” de la entrada responde un “yo no puedo saber” de la salida, sobre un inconsciente que lleva siempre allí a dividirme. Ese “yo no puedo saber” es en el fondo una forma de saber a-transferencial, en todo caso una ganancia de saber, y es el fin de los medios del inconsciente-lenguaje bajo transferencia. La fase final comienza ahí. Convoco de nuevo a Balint que lo percibió de forma remarcable, definiéndola como un tiempo en el que el trabajo de transferencia no produce nada más de nuevo y en el que sin embargo se producen los efectos mayores del análisis. No es por azar que Lacan le cita cada vez que habla del fin, pues el hecho de que lo haya percibido, si bien lo pensó de forma muy diferente, indica que la lógica del proceso domina incluso por encima de la idea que el analista se hace de él.

Hay entonces grados de la experiencia. Ese término designa simplemente el desarrollo diacrónico de la estructura. Por ello hay análisis que se detienen en el curso del proceso, antes de la fase final, otros que entran pero no salen de ella y otros que encuentran una salida: eso da al menos tres grados-tipo. Cuando el análisis se detiene antes de la fase final, el sujeto ejerce la opción, lo que puede ser por razones variadas, a causa de satisfacciones ya obtenidas o por desánimo ante las incertidumbres de lo que falta por recorrer. Es a menudo el caso y generalmente eso lleva a las reanudaciones de análisis. Pero hay también análisis que se perpetúan sin ir hasta la fase final debido a satisfacciones vinculadas a la palabra transferencial que producen en ocasiones “fans” del análisis. Encontré una persona, en el extranjero, que estaba en análisis desde hacía 30 años, encantada de estarlo, y que me decía que tenía la intención de permanecer ahí toda su vida, hasta tal punto le parecía valioso el espacio de la transferencia. Nada a oponer a este analizante feliz, sobre todo en nuestro mundo de desobjetivación, es una elección. En el lado opuesto, el grado último que Lacan intentó precisar, está la salida de la fase final, y es de éstos de los que Lacan decía en el 67 que ya no

tienen ganas de ejercer la opción, lo que hace que la salida sea otra entrada, aquella que hace el analista.

Variedad y grado

En cuanto a la variedad de la experiencia, de la que no hay duda, Lacan decía que sería necesario construir la serie. Esta variedad se presenta desde la entrada, se refiere inicialmente a la naturaleza y a la consistencia de los síntomas, muy variables de un sujeto a otro, que hacen prevalecer más o menos la expectativa terapéutica o el interés didáctico. Se despliega bajo transferencia y se deposita en la variedad de significantes propios de cada uno, pero también la variedad del sentido que no es jamás común, ni tan siquiera propio de cada estructura clínica, Lacan lo destacó claramente en la “Introducción a la edición alemana de los Escritos”. Es la variedad de las verdades particulares, que le han acosado en el análisis. Recuerdo estas palabras de Lacan: de la queja, el análisis no hace sino utilizar la verdad. A nuestro cargo saber lo que ella deja de lado, y la pregunta es saber cómo esta variedad se inscribe en variedad de fin. Toda la cuestión está en captar lo que es la fase final. De momento, subrayo que si los grados son ordenados y definidos por la estructura de la experiencia, no por la variedad de los casos, queda claro que lo que preside los parones y los avances en esa estructura, digamos los pasajes, no está gobernado por la estructura, sino que depende de las particularidades analizantes.

Más específicamente depende de eso que llamamos, a falta de algo mejor, posición del sujeto, es decir su posición en relación a lo real y a la verdad, a saber su ética. Se puede decir que con el trauma de origen, la ética así definida es el resorte mayor de la variedad de los casos de análisis, y sin duda es lo que decide o no la travesía de la fase final. No es una operación del inconsciente, el cual es un imperturbable, es una respuesta del lado del sujeto que tiene (*a*) ese inconsciente sin sujeto como tiene (*a*) su cuerpo. Sin embargo evocar así la ética es sospechoso de oscurantismo si no se puede decir cuál es el resorte de la ética del sujeto. No vamos a evocar aquí de nuevo la naturaleza, ni la obscura decisión del ser, bella noción pero que no nos hace avanzar mucho en el orden de las razones, pues ella está en el límite. La posición relativa a lo real antinómico a toda verosimilitud, ese real que es el del síntoma en su ortografía clásica, entre simbólico y real, es probable, sino demostrable, que no es completamente aleatoria. Establezco la hipótesis de que esa posición ética es función del *sinthome*, es decir del decir constituyente del nudo en el cual el síntoma real es puesto en su sitio, inevitable pero limitado, y no constituyendo el todo del goce de un parlante, puesto que está también el goce-sentido (*joui-sens*). Designaré de buen grado con el término goce-*sinthome* (*jouissance-sinthome*) la configuración del enganche de los diversos goces en el nudo. Esta configuración es variable de un parlante a otro y es más o menos favorable, quiero decir más o menos doloroso y más o menos insoportable. Y, punto esencial, subordinando el anudamiento borromeico al decir de nominación, Lacan lo subordina al mismo tiempo al lazo social, lo que no deja al sujeto más que una parte de responsabilidad, puesto que no hay auto-nominación, incluso en Joyce, el cual sin la aprobación del público, no hubiera sido más que un megalómano más.

De todos modos, esa respuesta propia de cada sujeto no se enuncia, se manifiesta en afectos, antes de hacerlo en acto. Los afectos que responden en el sujeto a lo que ha descubierto en el análisis son el índice de su relación singular a lo real. Es la tesis que puse al día y que es consecuencia del inconsciente-*lalangue*, como saber no sabido pero que tiene efectos reales no sólo en el imaginario sino también en lo real. En este nivel de cómo un sujeto hace frente al destino que le prepara el inconsciente, podría decir también que le prepara su síntoma, no hay respuesta tipo, es el límite de las necesidades de la estructura y la entrada de la contingencia. La fase final es tipo, porque son las necesidades de lenguaje que se ejercen en la elaboración de la transferencia que la condicionan. Por el contrario la respuesta de afecto en el saldo del proceso no lo es, es verdaderamente del uno por uno, y no solamente

en el análisis por otra parte. De donde la idea de Lacan que se trata de reconocerse entre congéneres, al mismo modo como en el amor en el fondo.

Quisiera entonces ahora ordenar diversas figuras de la contingencia final, como yo las he podido percibir.

Tres figuras del fin

Hay análisis que se detienen en eso que llamo una fijación, con una *x*, de verdad. Que la verdad tenga estructura de ficción sin *x*, implica que no se fija: es siempre cambiante, corre detrás de su propio espejismo. La ficción es un mixto de simbólico e imaginario. Llegar a hacer fijación con *x* de la verdad, es decir fijar una verdad, es un cambio posible, que pone término a la elaboración de transferencia, pero sin abrir a la fase final. En este caso, el sujeto, recogiendo lo que ha construido bajo transferencia del sentido de sus síntomas, se reconoce en el modo en que estructura su relación con los otros, y con la realidad en general, y consiente a ello. Podría decir que se identifica suficientemente a su fantasma como para creer que conoce su verdad, y desconocer que ella no es toda, confundirla en el fondo con su real, en todo caso amarla. Es otra solución que la identificación al síntoma. No sale de eso que Lacan nombra “ficción de la mundanidad”, y deja de lado si se quiere al inconsciente real (ICSR) por una fijación de sentido, pero sin embargo permite detener el proceso, y no sin satisfacción. Nada a objetar en el fondo. Pone también fin a la queja, y tanto más cuanto que el análisis, “de la queja no hace sino que utilizar la verdad”²⁴, decía Lacan. En este caso el sujeto, si hace el pase testimoniará de su verdad propia, más que de la mentira de la verdad.

Otro caso de figura, la detención en la fase final. El sujeto no desconoce el fuera de sentido que hace límite a la verdad, puede haberlo incluso experimentado repetidamente, pero no quiere creer en él, permanece como un incrédulo del ICSR. Se instala entonces en las interminables satisfacciones morosas del embrollo, propias de la fase final, no cediendo en su amor por el espejismo. Y, si se detiene, será por desencanto o simple cansancio de quien ha reconocido los límites, quizás incluso ha percibido su horror de saber, pero sin que ninguna *Aufhebung* subjetiva le eleve. En este caso, si no le hiciera falta ganarse la vida, probablemente saldría del campo. A falta de salir, el psicoanálisis será para él solamente un trabajo como cualquier otro. Se puede decir que Lacan se afanó para que el psicoanálisis no fuera solamente un trabajo, esa cuestión está aún presente en el “Prefacio”, sino una subversión. ¿Sería idealismo, invendible en los tiempos que corren? Yo creo personalmente que Lacan tenía razón, incluso desde el punto de vista del realismo. Porque si en el fondo el psicoanálisis tuviera que extinguirse, habría al menos dos modos de desaparecer: o bien, habiendo salido de su extra-territorialidad, desaparecer en el pantano de las psy y eso sería el fin de todo porvenir, o bien desaparecer sin renegar de sí, por el hecho de que su subversión propia habría devenido obsoleta en el discurso de la época – lo que dejaría al menos oportunidad a un retorno posible. Esto para decir que la cuestión de lo que viene después (*les suites*), que se plantea en cada análisis, está estrictamente anudado a las *suites* eventuales del psicoanálisis mismo. Es por lo que Lacan daba al pase una incidencia política.

Para terminar, un fin por la salida de la fase final. Cuando el trabajo de la transferencia ha conducido al “yo no puedo saber” del fin, al que hay que añadir el “yo no puedo llevar el síntoma a cero”, falta tomar acta de esos dos límites y situarse en relación a ellos. Ahí comienza el problema del fin posible, pero en el sentido en que lo posible es eso que puede no producirse. En todo caso Lacan ha producido índices del cumplimiento de esta consideración, que deberían permitir reconocerlo, y son también índices tipo, pero todos ellos, son índices de afectos. No se ha acentuado suficientemente este punto. Los recuerdo: en la “Proposición”, es la paz que vendrá a marcar el fin de lo que he llamado las turbulencias; en “L’étourdit”, es el

²⁴ Lacan, J., “Nota sobre la designación de pasadores”, inédito

duelo acabado, oufl; en el “Prefacio”, es la satisfacción que marca el fin. En otras palabras, que el analizante, si ha pasado, pues bien, en las *suites* del análisis, será un sujeto que a partir de ahí asume ser eso que es de real, y eso incluye lo que es de imposible de decir y de saber. Lacan nombró eso que es de lo imposible, de entrada “en-si del objeto *a*”, después real antinómico a toda verosimilitud. Esto no impedirá todavía al analizante tener una idea de lo que es como *sinthome* incluyendo el fantasma. Por lo tanto, acabadas las elucubraciones, no piensa más en lo que él es, puede ponerlo en acto, pues las condiciones del acto han sido realizadas. Es este el lado dinamizante del fin de análisis. Y entonces, puede también prestarse legítimamente, para otros, a sostener el lugar de la causa. Digo legítimamente pues sabe que la salida esta al término.

En los tres casos que he evocado la variedad se ordena en el orden del discurso y gobierna las diversas detenciones y atravesamientos. La cuestión a partir de ahí es saber la que conviene para hacer un analista. Lacan a partir de 1974, y no antes, preconizaba el elegir, empleó incluso varias veces la palabra seleccionar (*trier*), solamente a aquellos que dan señal de esos afectos positivos que nombró entusiasmo o satisfacción, afectos que, según sus últimos textos sobre el tema, son requeridos de urgencia. En el primer caso, el de la “Nota italiana” de 1974, la urgencia es que el psicoanálisis continúe haciendo “prima (*prime*) en el mercado”, lo que concierne por tanto a la extensión del psicoanálisis y su supervivencia en la civilización del capitalismo. En el segundo, el “Prefacio” de 1976, la urgencia está en hacer el análisis finito, de un analista posible, aquel que puede acompañar las turbulencias del fin porque ha experimentado la salida posible. Intensión entonces. Las elecciones que preconizaba no son caprichos, siguen estrictamente lo que ha elaborado de la estructura, y los grados del proceso que ella comanda.

Pero, y he aquí el “pero” de la resistencia al pase y a la idea de un fin identificable, resistencia presente con sordina incluso en las Escuelas donde está instituido, los grados implican que no hay paridad entre los analistas. Dicho de otro modo, y Lacan lo formuló desde 1967, hay aquellos de los que se puede esperar más para el psicoanálisis. Con el pase él proponía evaluarlo, decía incluso encausarlo “con fines de examen”²⁵. Palabras evidentemente intempestivas para las orejas de todos aquellos a los que anima el ideal de paridad tan fuerte en nuestra época, aunque algunos creen que los ideales han desaparecido. En los analistas lacanianos, se admite fácilmente que no hay paridad entre los goces de los dos sexos, pero la disparidad de los analistas eso hace chirriar. Mientras que la *hystorización* del análisis propio reduplica lo imposible en juego en el análisis. Entonces se ve bien en último extremo juzgar a los practicantes, admitir que hay unos mejores que otros, pero en lo que respecta al ser analista de los analizados eso es otra cosa. Lacan mismo se encontró confrontado al hecho de que para hacer la selección, no hay Otro del Otro, de donde la idea de remitirse a los congéneres. Recurrir a los congéneres no es llamar al saber. En sentido propio, biológico, los congéneres son aquellos que tienen el mismo goce y el mismo modo de reproducción. En el caso presente los analistas son dichos congéneres, pues se espera que hayan atravesado los mismos cambios de deseo y de goce, recorriendo todos los grados del proceso hasta el deseo del analista. No se hace sino esperar eso, de hecho. Lo que me lleva a lo que ya he dicho en otras circunstancias, que lo que cuenta en el dispositivo del pase, son menos las nominaciones, siempre aleatorias, que el trabajo de Escuela que el dispositivo produce, cuando hay una Escuela evidentemente. Entiendo por ello no sólo las exposiciones sino el trabajo de los pasantes, pasadores, carteles y eso que se transmite que puede ser cuestionado en el conjunto. Concluyo: para el análisis, según Lacan, es su fin lo que le constituye como experiencia original, a falta de lo cual no es más que la experiencia de la transferencia. De modo homólogo, se puede decir que es ese trabajo de Escuela el que

²⁵ Lacan, J., “Discours à l’EFP”, *Scilicet* 2/3, Paris, Seuil, 1970, p.19

constituye a la Escuela como experiencia original, a falta de lo cual ella no es sino una asociación.

Traducción de Ana Martínez

CONTRIBUCIONES DE LOS A.E.

Marcelo MAZZUCA (A.E., Argentina)

El analista analizante

Es una expresión que tomo de un colega del Foro Analítico del Río de la Plata (Matías Buttini), y que de algún modo sintetiza al menos parte del trabajo preparatorio que realizamos en Buenos Aires con miras al Encuentro Internacional de Escuela. Lo que me interesó del trabajo que hicimos a nivel local no es tanto el estatuto del “analizado” sino el de la formación continua del analista, más precisamente el modo en que aquel que ha pasado al lugar del analista puede retomar su posición analizante.

Sobre este punto recuerdo siempre las palabras de Lacan, que privilegiaba las formaciones del inconsciente por sobre la formación del analista. En lo que concierne al analista, entonces, se trataría más de un “producto” que de una “formación”. Por eso, mi pregunta es la siguiente: ¿qué ocurre con las formaciones del inconsciente luego de la transformación producida por el final del análisis? Segunda pregunta: ¿cuáles son los caminos por los que transita la formación del analista en el marco de una Escuela como la nuestra?

En estos últimos tiempos hemos seguido a Lacan en sus elaboraciones sobre el lapsus y el síntoma —muy presentes en el tramo final de su enseñanza—, y estamos en la tarea de medir las consecuencias clínicas implicadas en su concepción del inconsciente real. Ahora bien, ¿qué decir del sueño, cuya importancia en los testimonios de los pasantes ha sido ya lo suficientemente subrayada? ¿Qué ocurre con los sueños luego del final del análisis y de la experiencia del pase? Esa es la pregunta que intento responder en base a mi experiencia personal.

Antes de hacerlo quisiera recordar lo que la formación del analista le debe —al menos para Freud— al uso de la interpretación de los sueños.

1. La formación del analista y las formaciones del inconsciente

Es conocido el consejo que daba Freud frente a la pregunta ¿cómo podría uno hacerse analista?: “Mediante la interpretación de sus propios sueños”. Consideraba ese ejercicio como una “precondición”, a la cual muy pronto agregó una exigencia mayor: “todo el que pretenda llevar a cabo análisis en otros —decía Freud en sus *Consejos al médico*— debe someterse antes a un análisis con un experto”. Finalmente, en *Análisis terminable o interminable*, esta condición toma la siguiente forma: adquirir en la propia experiencia del análisis la firme convicción en la existencia de los procesos inconscientes.

A esta condición, que admitimos como necesaria pero no suficiente, Lacan agregó otras, que podríamos considerar como “condiciones suplementarias” y enumerarlas de la siguiente manera: Uno, La convicción respecto de la inconsistencia del inconsciente, dos, la convicción respecto de la inexistencia de la relación sexual. Y finalmente, respecto de la operación, el acto de destitución subjetiva, condición de posibilidad de la emergencia de un deseo subvertido y renovado, un deseo de saber. Aún así, difícilmente pueda sostenerse que la relación al inconsciente deja de existir. En todo caso, el deseo que lo habita queda

transformado. Debemos entonces admitir e interrogar el aspecto interminable de esa relación al deseo inconsciente y de la formación del analista que depende de él.

Por estas razones, podría en algunos aspectos coincidir con Freud, que proponía a los analistas retomar el análisis cada cinco años, aunque no acuerdo en dos puntos que considero esenciales. Primero, porque no me parece que pueda determinarse de manera general cada cuánto tiempo un analista debe retomar su posición analizante. Eso —lo sabemos— se decide en el caso por caso. Pero fundamentalmente —y esta sería mi segunda objeción— porque no creo que sea estrictamente necesario volver al dispositivo freudiano para que el analista haga lugar a la condición analizante. Por ejemplo, Lacan la retomaba —a su manera— en el trabajo de su Seminario

Como dice el propio Lacan en *El Atolondradicho*, hacer la experiencia del final del análisis puede llevar al analizado a fabricarse una “conducta”, sin por eso suponer que su inconsciente ha quedado totalmente eliminado. Por el contrario, es sobre la base de su relación al inconsciente que el analizado podría hacerse una conducta. En la vida en general y en su relación al psicoanálisis en particular, ya que es de ese inconsciente —como dice Lacan— del cual “oportunamente se vale para dar una interpretación”. Solo que se trata ahora de un inconsciente que ha hecho la prueba de sus imposibilidades: el sexo, el sentido y la significación.

En síntesis, gracias a la proposición de Lacan la formación de los analistas cuenta con una vía alternativa: la del dispositivo del pase (en particular) y la del trabajo de Escuela (en un sentido más amplio).

Pero entonces, vuelvo a la pregunta inicial: luego de la transformación y del punto de no retorno operado por el pase, ¿cuáles son los usos del sueño que podemos esperar de esa renovada relación al inconsciente? Sabemos que el sueño como realización del deseo va en dirección contraria al acto. En ese sentido, es más una “irrealización” que una “realización”. ¿Pero esa es su única dimensión? No es lo que pensaba Lacan, quien en su decimoquinto Seminario decía del sueño lo siguiente: “Es un fenómeno que tiene muchas otras dimensiones además de ser la vía regia al inconsciente (...) hay toda clase de dimensiones del sueño que merecerían ser explicadas”. Y en última instancia, el asunto crucial es el uso que hacemos de él. ¿No hay acaso otro camino hacia el deseo que habita en ese escurridizo campo del sentido, uno que difiera del camino del desciframiento, cuyo objetivo central es promover el sentido y vectorizar la palabra?

2. Los usos posibles del sueño

Tuve ya oportunidad de testimoniar acerca de algunas formaciones oníricas —que denominé sueños-índice— que cumplieron para mí una función diferente: índices de una posición o una decisión adoptada frente a la encrucijada de lo real, más precisamente, frente al hecho de que tras el dicho se esconde un decir. El ejemplo más claro lo encuentro en un sueño producido luego de finalizado el análisis y antes de mi experiencia en el dispositivo del pase. La imagen del sueño era la siguiente: *se me derretían dos o tres dedos de la mano*. Un simple y nítido sueño de castración, sin ningún alcance de sentido. A lo sumo se podía extraer de él una cifra. Era más bien una respuesta, una toma de posición frente a la oferta del dispositivo del pase, un juicio abierto a una decisión por tomar.

Dejo de lado los detalles de este sueño-índice, bisagra entre el análisis y el pase. Paso entonces al relato del único sueño, posterior a la experiencia en el dispositivo del pase, en donde aparece quien fuera mi analista. Elijo este sueño entre otros, por lo que indica acerca de un deseo de Escuela.

La situación del sueño era la siguiente: *concurría a la casa-consultorio de quien fuera mi analista, en donde además se encontraban otras personas que parecían formar parte de un grupo de estudios. El clima era de mucho relax y diversión. Sobre una pequeña mesa estaba apoyado un libro de tapa color amarillo,*

con algunas líneas de otros colores (como si fueran serpentinas), y con algunas marcas (como si parte de sus letras estuvieran tachadas). Era una publicación de quien fuera mi analista más sus colaboradores, sobre el tema del acto analítico. Pregunto con interés por el contenido de la publicación, pero quien fuera mi analista le resta todo valor e importancia. Finalmente, me retiro de aquella casa-consultorio, sintiendo que no era del todo bienvenido. Hasta aquí el sueño.

Lo que rápidamente pude advertir, es el parecido de la portada del libro del sueño con la versión impresa que tengo de *El Seminario 15*. Pero sobre todo el parecido con el cartel de publicidad de uno de los candidatos a la gobernación de Buenos Aires. La estrategia publicitaria de esa campaña gráfica era la siguiente: se exponía —sobre un fondo de color amarillo con serpentinas de colores— una foto con el estereotipo de las personas con las que evidentemente el candidato a Jefe de gobierno no simpatiza en lo más mínimo. Por ejemplo, una persona con la camiseta de River Plate (equipo de fútbol del cual soy simpatizante) rival histórico de Boca Juniors (club del cual fue presidente el Jefe de gobierno). A lo cual se le agregaba la siguiente leyenda: “vos sos bienvenido”. Solo que el cartel que yo había visto en esos días había sufrido una suerte de intervención urbana, que valía como una interpretación. En la palabra *VOS* habían agregado una raya a la letra *V* corta (transformándola en una *N*), y además habían tachado la letra *S*, transformando la frase de “Vos sos bienvenido” en “No sos bienvenido”. Hasta ahí, lo que vendría al lugar del resto diurno que motivó el sueño.

Agrego que por esos tiempos estaba interesado en estudiar El Seminario de Lacan sobre el acto psicoanalítico, lo cual finalmente estoy haciendo hoy día en un trabajo de cartel. Me había dicho a mí mismo que no podía dejar pasar más tiempo sin leer ese Seminario en detalle, en un momento donde mi experiencia del pase y mi tarea como AE estaban perdiendo un poco de fuerza y vivacidad. Evidentemente, estaba buscando algún Otro que me aporte el saber sobre el acto psicoanalítico, y entiendo que de allí surge el valor del sueño. Es como si recibiera la siguiente respuesta: *no sos bienvenido, no hay en este consultorio ni en este libro nada que pueda servirte. Tendrás que arreglarte con lo que has conseguido saber del acto a partir de tu propia experiencia como analizante, y eventualmente retomarla desde los límites de ese saber.*

Entonces, para terminar, les dejo algunas impresiones del pequeño trabajo que como “analista-analizante” hice de esta última formación onírica.

1. Primero, que el efecto de afecto fue claro y contundente: a partir de ahí retomé con mucha más fuerza y entusiasmo la tarea que venía realizando en calidad de AE.
2. Segundo, que la palabra *cartel* —único elemento del sueño que admitiría funcionar como significante— representa al soñante para el Otro de la Escuela y lo empuja a la posición de analizante.
3. Tercero, que ese pequeño espacio y ese breve lapso temporal que el trabajo del sueño reabre oportunamente, actualiza los bordes de la letra a través de los cuales el acto encuentra su punto de apoyo y su condición de posibilidad.
4. Cuarto y último, que el sentido que le atribuiría al sueño —si es que tuviera alguno— sería el siguiente: *no hay doctrina del acto analítico que asegure su subsistencia*. Lo cual me evoca un comentario de Lacan que cito para finalizar: “Es muy molesto —decía Lacan— que cada psicoanalista esté obligado, puesto que es necesario que esté obligado a ello, a reinventar el psicoanálisis”.

Cora AGUERRE (A.E., España)

El devenir del síntoma

Al inicio, el síntoma se presenta como sufrimiento, impedimento, barrera, lo que “anda mal”, como dice Lacan en su conferencia llamada “La tercera”, “lo que se pone en cruz ante la carretera”. Para que la experiencia analítica se ponga en marcha hace falta que también

se presente el síntoma como enigma, que de él algo se quiera saber y que esta interrogación se dirija al analista.

En el principio de su práctica clínica, Freud postuló y se apoyó en la vertiente simbólica del síntoma, pero muy pronto encontró que había algo que se resistía y que insistía. Algo se satisfacía en el síntoma y este descubrimiento lo condujo a abrir una nueva vía de investigación para dar cuenta de este displacer paradójico al que el sujeto estaba atado y que insistía, no cesaba.

En las conferencias de “Introducción al psicoanálisis”, hay dos de ellas “El sentido de los síntomas”, Conferencia N° XVII y “Los caminos de la formación del síntoma”, Conferencia N° XXIII, cuya lectura es recomendada por Lacan en la “Conferencia de Ginebra” en el año 1975. Este es un momento de viraje de Freud, está en juego la verdad pero ella se articula con el goce.

En la Conferencia XXIII, Freud escribe: “El síntoma repite de algún modo aquella modalidad de satisfacción de su temprana infancia, desfigurada por la angustia que nace del conflicto...”²⁶ Luego continúa diciendo que “La modalidad de satisfacción que el síntoma aporta tiene mucho de extraño.”

Que el síntoma tiene un sentido a partir del cual se goza, está presente en estas conferencias. Freud lo llama satisfacción y se trata de una satisfacción de la cual el sujeto se queja. Freud evoca el conflicto psíquico inconsciente, bajo cuya presión se forma el síntoma, como modo de goce. Se refiere a la causación de los síntomas, diciendo “por el análisis de los síntomas tomamos conocimiento de las vivencias infantiles en que la libido está fijada y desde las cuales se crean los síntomas.”²⁷ La llave de la formación del síntoma es para Freud pulsional, y la satisfacción pulsional es un real.

El tema del síntoma atraviesa la experiencia analítica de principio a fin. En el pase se trata de dar cuenta cual ha sido el devenir del síntoma y cómo a partir de un dispositivo de palabra se puede cambiar algo del núcleo de goce. Lo que está en juego en la experiencia analítica es una satisfacción pulsional y la cuestión que se plantea es como conseguir para el sujeto un nuevo arreglo con el goce.

El ombligo del síntoma, la “materia inicial” con la que el síntoma se nutre es lo que Freud llamó “lo sexual como traumático” y es a lo que Lacan se refiere cuando dice que la relación sexual no existe. La entrada del significante en el viviente comporta un traumatismo, lo confronta con lo sexual e introduce al sujeto en una discordancia de la que no podrá salir.

No hay relación sexual que se pueda formular en la estructura de los seres hablantes. La relación sexual no se puede escribir, hay un agujero, un hiato entre dos modos de goce, el modo masculino y el femenino que no permite la complementariedad en la pareja. Esa sería una verdad a partir de la cual se construiría la variedad, la variedad del síntoma. Freud postula que los síntomas siempre están al servicio de la satisfacción sexual, o dicho de otro modo responden a esa falta de relación sexual, responden de una manera singular, la que cada uno encuentra, a partir de la contingencia, para poder hacer con lo que no va. Cuando recurrimos a un analista es que algo de la respuesta que damos no nos vale para sostenernos, para poder hacer.

En la Conferencia de Ginebra Lacan postula que las cosas suceden muy precozmente, tal y como Freud lo postula en la Conferencia XXIII. Los síntomas se cristalizan tempranamente para el sujeto y esto ocurre como resultado de cómo el lenguaje se impregna en el niño. En esta Conferencia habla de la marca que deja el deseo de los padres y la manera en que el niño ha sido hablado por ellos y como ha sido instalado un modo de hablar. Se pregunta “¿Cómo hasta Freud pudo desconocerse hasta tal punto que esa gente, a la que

²⁶ Sigmund Freud. Conferencia de Introducción al Psicoanálisis. Conferencia XXIII: p.333. Volumen XVI. Amorrortu Editores.

²⁷ Op. Cit., p.334. Volumen XVI. Amorrortu Editores.

llaman hombres, mujeres eventualmente, vive en el parloteo?”²⁸ El acento está puesto en la lengua y como esta se introduce y hace cuerpo. El primer traumatismo sería el de la lengua que marca al viviente. El efecto de la lengua vuelve a surgir dice Lacan, “en los sueños, en toda suerte de tropiezos, en toda suerte de maneras de decir, en función de la manera en que la lengua fue hablada y también escuchada por tal o cual en su particularidad. Es, si me permiten emplearlo por primera vez, en ese materialismo (materialismo de la palabra) dónde reside el asidero del inconsciente- quiero decir que es lo que hace que cada cual no haya encontrado otras maneras de sustentar lo que recién llamé el síntoma.”²⁹ No se trata solamente de la palabra hablada, si no también escuchada por tal o cual en su particularidad. Hay una elección por parte del parlêtre, de privilegiar unos significantes sobre otros, y esto aparece a lo largo de la cura y tiene efectos en la experiencia del análisis. Hay unos elementos que el sujeto elige, privilegia sobre otros y que determinan su existencia.

En mi testimonio me referí al “tu has sido y eres muy querida”, que escuché del Otro materno con insistencia en la infancia y que marcó mi existencia. El Otro nos habla y su palabra nos impregna, nos marca, afecta al cuerpo y hace surco, tiene efectos en el viviente. Ese “muy querida”, me dejaba a expensas del Otro, en una relación cerrada, de asfixia que me resultaba mortífera. Al “muy querida” respondía “haciéndome querer”, y eso implicaba una renuncia, de vida. Me encontraba atrapada y respondía desde el ideal, a partir de los significantes amos. Cuando a partir de la experiencia analítica y la caída de los significantes amos, la separación se pudo operar, ese “muy querida” se transformó, a partir del equívoco del término, unos cabos pudieron soltarse, y lo que quedó, fue la parte libidinal, el trazo del deseo y de la vida. Un vuelco de lo mortífero a lo vivificante.

La experiencia analítica tiene a partir de la palabra incidencia sobre lo real del goce del sujeto. Se producen nuevas inscripciones que tienen efecto en la vida y que permiten un cambio respecto del deseo y del goce.

La palabra hace trazo. Mediante el escrito la palabra hace su brecha y todo lo que es del orden del escrito gira alrededor del rasgo unario, del Uno. Marca de esa coalescencia entre palabra y goce, entre simbólico y real. Es por esta coalescencia que en la última enseñanza de Lacan el término sujeto es sustituido al de parlêtre. Los significantes se encarnan en el cuerpo y por esto Lacan dice en este mismo seminario que el significante es causa de goce.

En el síntoma está en juego la dimensión de la repetición y la fijación. El síntoma como aquello que no cesa de escribirse y que toma apoyo en esa marca, en esa huella de la que nos habla Lacan en la Conferencia de Ginebra. Hay que distinguir la repetición del síntoma en la cura de lo que resta como síntoma en el final. ¿Qué es lo que permanece, lo que insiste como rasgo y qué es aquello de lo que cesa, los cabos de los que nos habla Lacan que se sueltan. Lacan elabora el concepto de repetición en 1964 y lo que está en juego es lo real. Las tesis referidas a la repetición se juegan en la unión del sujeto y lo real. La repetición en cuanto se manifiesta en forma constante y no evanescente funciona como indicio de lo real en el corazón de los fenómenos del inconsciente. La repetición es reiteración de la marca, del Uno, contingencia inscrita como necesidad, convertida en necesidad que compete a la escritura.

En el Reverso, Seminario XVII, Lacan enuncia que el rasgo unario es lo que el ha aportado como marca, rasgo en la relación con el goce. Es un palote, y su mejor representación es el trazo de escritura. Es el elemento basal del inconsciente y opera doblemente, por un lado produce goce y por otro lado vaciamiento. El rasgo unario actúa en el ser viviente, actúa en lo real, como la ciencia dice Colette Soler en su libro “La repetición en la experiencia analítica”. La aparición de las pulsiones parciales son efecto de la marca que hace aparecer el agujero, la falta y lo pulsional en juego. El objeto a tiene consistencia de vacío y se aborda mediante el trabajo del analizante. La asociación libre lleva al sujeto a poder

²⁸ Jacques Lacan. Conferencia de Ginebra sobre el síntoma. Intervenciones y Textos 2. p.124.

²⁹ Op.Cit. Página 126.

circunscribir mediante la palabra lo pulsional en juego. Luego de numerosos recorridos y rodeos a partir de lo dicho y lo no dicho el decir en juego se esclarece. Solo en el final el objeto aparecerá con esa consistencia de vacío. Es ahí cuando el Otro de la demanda cae, que el objeto a aparece como lo que es, como semblante. Detrás del objeto a está el vacío, la apertura a lo real de la estructura.

El atravesamiento del fantasma implica que el sujeto se aproxime al vacío y eso puede resultar incómodo. El analizante se aferra a la seguridad y el confort que le otorga el fantasma que nos permite ver siempre lo mismo, nos da una seguridad, aunque sea una falsa seguridad. El fantasma es la respuesta que el sujeto da a la castración del Otro, a lo que no va de la imposible relación sexual y su atravesamiento nos confronta con el agujero. La cuestión es si el sujeto puede separarse de esta demanda del Otro en su modo de vivir la pulsión.

En Televisión Lacan dice que el discurso analítico promete algo nuevo. ¿Qué sería lo nuevo? ¿En el análisis hay sólo la dimensión de la lectura o también se trata en la experiencia de escritura? Que es lo que daría al parlêtre la posibilidad de vivir de otro modo lo pulsional, cómo podría surgir la satisfacción al final que sería el gran viraje respecto del síntoma al inicio que aparece como queja, aún cuando haya satisfacción, es una satisfacción que implica sufrimiento. Si un análisis va más allá de interpretar el retorno de lo reprimido podemos decir que a partir de los últimos desarrollos de Lacan algo nuevo se puede inscribir que tiene efectos en la vida del parlêtre.

En la dimensión del fantasma está en juego la castración y el intento del parletre de funcionar como tapón de la castración del Otro. Cuando el sujeto habla en el análisis, comienza a recordar y a percibir el lugar que ha ocupado para el Otro. El análisis nos lleva a preguntarnos por el deseo de nuestros progenitores pero también por nuestra implicación en la respuesta. Estas cuestiones se hacen presentes en la cura a partir de la puesta en juego de la transferencia. La cura va permitiendo separarnos del Otro de la demanda y hacernos cargo del deseo y el goce en juego. Este es un largo camino, pues a partir de mi experiencia podría decir que pasamos largo tiempo en el que vamos viendo, percibiendo el lugar que hemos tenido para el Otro, pero es difícil cernir con claridad para poder sacar conclusiones que nos desalojen de ese lugar. En mi testimonio hablaba de que esto lo “veía” y no lo veía”; lo veía y volvía a velarse pues es una zona a la que cuesta aproximarse.

La experiencia del análisis toca el fantasma, es una operación sobre el fantasma y es lo que permite salir del embrollo, del atolladero y pasar de la impotencia a lo imposible. En el análisis se trata de cómo por medio de una operación simbólica se puede llegar a delimitar finalmente cual ha sido la experiencia específica de goce, el punto de fijación de la pulsión, como inscripción de una satisfacción a nivel del cuerpo ligada a la demanda del Otro. Hacerse ser. Hacerse chupar, escuchar, hacerse ver, puesto en juego en el transcurso del análisis en la transferencia y que en el final aparece de modo menos velado. Nos quejamos de la glotonería del Otro, pero lo que descubrimos es nuestra implicación en este hacernos ser, silenciosa e insistente. Es por esto que Lacan insiste en que el fin de la cura está correlacionado con el atravesamiento del fantasma.

Cuando se pasa, del hacerse ser por el Otro, del ser ligado a la demanda, al ser del síntoma propio, eso permite ir más allá de la demanda y poder hacer otro uso del síntoma, ya no al servicio de sostener al Otro, si no de poder apoyarse en el síntoma. En el transcurso del análisis hay un pasaje de una posición de objeto en juego en el fantasma a la posición de sujeto, como sujeto de deseo, o parletre, tomando la última enseñanza de Lacan.

El fantasma funciona como defensa frente al deseo del Otro, y cuando este Otro cae, el sujeto se confronta a la castración del Otro y a la suya propia, y puede pasar de la dimensión de la alienación a la separación. Ya no hay una pantalla que nos permite ver siempre lo mismo, si no que hay la dimensión de la contingencia. La cuestión de la experiencia analítica apunta a atravesar el fantasma y esto lleva a “hacer estallar el síntoma”.

En mi experiencia a partir del atravesamiento del fantasma, primero me encontré con el entusiasmo, la alegría del final, pero volviendo a ese momento reconozco que hubo para mí un tiempo en el que me encontré algo perdida. Algo había caído, me encontraba aliviada pero también desorientada. Hubo para mí un tiempo de silencio, otro tiempo de trabajo y luego a partir de ahí, un poder hacer con el síntoma, un poder hacer que ya no está al servicio del Otro.

Hay algo de lo que se sale, se opera un corte, hay un acto, el de la salida del análisis y una satisfacción posible. A partir de la caída del sujeto supuesto saber se produce el acto. El acto supone que ese lugar haya sido vaciado, y es como consecuencia de ello que se produce.

Quizás podría decir, que se experimentan de un nuevo modo las posibilidades y limitaciones y el deseo se puede realizar. La decisión de hacer el pase es también un acto, en donde se sale de la indeterminación y se toma una decisión. El acto emerge ahí donde no hay escritura, a partir del “no hay”. Algo empuja al “acto”, más allá del sujeto. La experiencia del pase, permite re- escribir la historia, anularla, y también la experiencia del análisis. Este es para mí un punto muy importante de la experiencia del pase y de sus efectos. Para mí fue una experiencia de conmoción, esta de transmitirle a otro, que también está en este momento de “pase”, lo que a partir de la palabra se ha podido cernir y los efectos que ello ha tenido en el devenir del síntoma. Conmoción en un primer momento, y alivio en un segundo tiempo.

Intentaré puntualizarlo a partir de dos puntos.

Desde la histeria el viraje del final, la caída del padre, permite un cambio muy importante, un viraje y algo nuevo. Salir de la posición de sostener al Otro y de la insatisfacción a la posibilidad del deseo realizado. Por otra parte en el transcurso y en el final de cura hay algo de lo nuevo que se inscribe. En la histeria diría que el sujeto puede pasar de la no inscripción del ser como sexuado a asumir una posición sexuada y a acceder a la feminidad. El sujeto histérico tiene dificultad con su ser sexuado. La mascarada no hace a lo femenino. En ocasiones la mascarada es simplemente semblante, pues la feminidad no se juega en el poder hacerse desear por el Otro, si no en el poder hacer semblante de objeto para poder de ese modo tener acceso a la feminidad. Cuando una mujer está más del lado del falo, más al abrigo de la feminidad está. Eso es lo que se juega también en el final pues si hablamos de una nueva satisfacción tenemos que pensar que deseo, cuerpo y el goce tiene que estar en juego. Eso sería algo de lo nuevo que se puede inscribir, el ser sexuado del sujeto. Poder consentir al “no toda” de la feminidad y a lo real en juego en el ser femenino.

La castración está en el centro de la cuestión y el sujeto femenino a partir de la experiencia del análisis fabrica, inventa una respuesta que no viene únicamente a partir del falo. La castración deja de no escribirse y se inscribe. Lacan dice lo mismo de distintas maneras: “el análisis hace de la castración sujeto, o la histérica no se percibe como castrada más que a partir del análisis”.³⁰

Para Lacan la cuestión del final del análisis no es tanto el devenir del inconsciente si no el devenir del síntoma, es decir el modo de hacer suplencia a lo que falta en la estructura.

En mi testimonio puse el acento en como para mí desde niña, lo que despertaba mi curiosidad era lo que veía y escuchaba a mi alrededor, los avatares de mi familia. El encuentro temprano con la muerte, la locura y la sexualidad marcaron un especial interés por querer saber como se hacía con ello. El saber me aliviaba, lo hacía menos insoportable. Eso me mantenía en vilo, intentando mediar, solucionar conflictos, escucharlos. Era de algún modo la “confidente” pero ello me impedía dedicarme con éxito a aprender, a estudiar, siempre “ocupada”, absorbida, habitada por estas otras cuestiones, por las miserias y dramas familiares. Lo escolar me parecía nimio, sin mayor importancia. Fue por esto que hacía síntoma para mí que fui llevada en la adolescencia al analista pues mi posición me dejaba a expensas del Otro,

³⁰ Jacques Lacan. *Compte rendu du Séminaire La logique du fantasma. Autres écrits*. Ed. Seuil, París 2001, p.323.

angustiada e inhibida. Lo que veía y escuchaba me sobrepasaba, me producía sufrimiento y me dejaba en un goce mortífero que me ahogaba.

La experiencia analítica permitió que lo que constituía una traba, un sufrimiento se transformara, y de esa curiosidad, de ese querer saber lo que a los demás les animaba en la vida, cómo hacían con el amor, el desamor, la locura y la muerte, de esa misma tela, hiciera a partir del atravesamiento del fantasma y de la experiencia del vacío, mi curiosidad deviniera “deseo del analista”, que se trenza con el síntoma.

Se trata de una curiosidad acotada, de un vacío curioso, tomando palabras de Colette Sepel, en donde lo que se encuentra es que hay algo para los seres hablantes, para los parlêtres, que no va, y para eso no hay “remedio”, no hay mediación posible. Hay inventos, maneras, modos de hacer con ello, con lo que no va. El modo de hacer con ello es sintomático, lleva la marca, el sello de cada uno.

BIBLIOGRAFÍA

FREUD, S. 1916-1917. Conferencia de Introducción al Psicoanálisis. Conferencia XVII y Conferencia XXIII. Obras Completas Sigmund Freud. Volumen XVI. Amorrortu Editores.

LACAN, Jacques. “Lituraterre”, 1971.

LACAN, Jacques. “La tercera” Conferencia de Jacques Lacan (noviembre de 1974)

LACAN, Jacques. “Conferencia de Ginebra sobre el síntoma” Jacques Lacan (1975). Intervenciones y Textos 2. Editorial Manantial. (2010).

LACAN, Jacques. “Seminario XXIII: El Sinthome”, Jacques Lacan, (1975-1976)

SOLER, Colette. “La repetición en la experiencia analítica”, Editorial Manantial, (2004)

IZCOVICH, Luis. “Usages du fantasme”. Curso 2006-2007.

Trabajos de los carteles del pase

CARTEL 1

Marc STRAUSS (Francia)

Hacerse escuchar, o la marca de suspensión de lo singular

Que dicen los carteles del pase cuando responden “Sí” o “No” al pasante, sino “Oído” o “Lo sentimos, no oído. Imposible saber dónde eso no ha pasado: a nivel de Vd., de los pasadores, de nosotros...”

Evidentemente, sería más descansado para los carteles no tener además que hacer escuchar a los miembros de la Escuela lo que ellos han oído. Donde se prueba que la carga del pasante y la del cartel es la misma: hacerse escuchar.

Pero ¿cómo se puede saber que uno se ha hecho escuchar? Por la respuesta obtenida, evidentemente. Y cuanto más corta sea ésta, menos riesgos de malentendido. La más simple entonces es oír decir sí a aquel a quien uno se dirige. Un sí que no es necesariamente un sí de asentimiento a lo que ha sido dicho, sino que puede muy bien limitarse a significar que se le ha escuchado y oído como parlante.

Diálogo

Está incluso ahí el principio de nuestra práctica: decir sí al paciente para animarlo a hablar. Está en función, tanto si pronunciamos ese sí como si nos contentamos con significarlo con un vago gruñido, incluso si lo mantenemos en silencio.

Pero ahí todavía, este sí no es más que inaugural. Aún le falta saber al locutor lo que ha sido oído de lo que ha dicho. Lo más frecuente es que esa tarea incumba al auditor presente que enuncia mediante su respuesta lo que ha entendido, retomando lo que el primero dijo y añadiendo las reacciones de su cosecha, pensamientos y emociones, tanto conscientes como inconscientes. El locutor quedará entonces satisfecho de recoger por la respuesta del otro el signo de que ha sido escuchado como ser parlante, así como en lo que ha dicho de él mismo. Eso podría bastarle para experimentar gratitud hacia su interlocutor, pero nuestro sujeto tiene un problema: si bien sabe más o menos lo que ha querido decir, de lo que ha querido hablar, no sabe lo que en realidad ha dicho de él. El otro, el interlocutor, le ha interpretado. El sujeto quiere entonces saber lo que ha dicho y va a hacérselo decir al interlocutor. Para eso, va a replicar a partir de su propia interpretación de lo que el otro ha interpretado, y así se prosigue el diálogo...

Podemos resumir la vida de los *parlêtres* (hablanteseres) por medio de los desplazamientos en función de los diálogos que mantienen con sus múltiples interlocutores, sean escogidos u obligados la mayoría de las veces, comenzando por los padres. Y se deduce que todo diálogo, más allá de su multiplicidad, lleva inevitablemente la cuestión del Ser y que no se interrumpe más que con la última palabra, con la muerte. Dicho de otro modo, el sujeto no habrá sabido nunca si fue escuchado en lo que quería decir.

Diálogo analítico

Lo sabemos, la vía analizante es la única entre los discursos que hace vínculo de palabra sin apoyarse en esa lógica del diálogo, lógica lineal donde el aún por venir es supuesto justificar y explicar el presente. A la inversa, la vía analizante en efecto interpreta la interpretación en lugar de reenviarla indefinidamente al tiempo futuro.

¿Qué ocurre en revancha con la vía del pasante al cartel y la de los miembros de los carteles a los miembros de la Escuela? ¿Pueden pretender escapar a la falsedad del diálogo clásico y apelar al analítico?

Nos gustaría decir que sí, pero antes de poder juzgar la práctica, nos hace falta aclarar la teoría que sostiene y legitima ese juicio en la experiencia. Así, recordemos lo que distingue las vías del discurso analítico de las del discurso del amo, pues es este último el que instituye y regula el diálogo.

La diferencia se refiere al valor acordado al signo que se ha escuchado, al “sí” venido del otro. ¿Es satisfactorio o no?

“Me he hecho escuchar como *parlêtre*, es lo que quería” podría imaginarse como suficiente. Pero hemos visto que el diálogo no se instaura sino porque ese sí era una respuesta insuficiente para el sujeto parlante, y por tanto insatisfactoria. En efecto, a modo de eco a todo decir se plantea enseguida la cuestión de lo que se ha dicho: “¿Pero cuál es ese Yo (Je) que me digo ser, y que existe ya y solamente por eso mismo? ¿Qué quería decir ese Yo (Je)?”. Imposible saberlo sin pasar por lo que dice el otro, y por tanto sin llevar a ese otro a dialogar con nosotros, otro que representa de hecho al Otro de la verdad.

¿Hay manera de escapar a esa maldición del sentido, que escapa siempre y no es jamás más que promesa sin acto conclusivo? El problema en efecto no es que no haya sentido, sino al contrario lo hay en cantidades. Más exactamente, hay tanto como sustancias ocasionales de fantasma, pero su coexistencia produce más bien cacofonía que sentido único y seguro. En cuanto al sentido más interesante, el de la reproducción de los cuerpos sexuados por su acoplamiento, el sentido de la relación sexual: nada! Ninguna sustancia ocasional conveniente para sustituirlo realmente! A pesar de los “sentidos a punta pala”, llamados también parciales, el sentido fallará siempre en su logro, puesto que hay al menos uno que no será calculable.

Lo sabemos, pero por lo menos...dialogamos. Continuamos haciendo semblante de que el sentido será finalmente entregado, hacemos semblante de dar fé a la promesa del Otro. La promesa que hemos inscrito ahí, pues en lo que se refiere al Otro verdaderamente Otro, aquel con el que articulamos lo que decimos, es un Otro barrado. Está barrado incluso, en el sentido vulgar en el que Lacan se autoriza en el seminario XX, a propósito del sujeto que se barra cuando le pisan. El Otro no se barra cuando le pisan, no lo hace salvo cuando él se hace poesía; el Otro se barra cuando se quiere hacerle decir la verdad, especialmente sobre lo que sería una relación sexual. Ningún testigo de la relación sexual, que pudiera hacerse el pasador ante los *parlêtres*.

Están los sacerdotes por supuesto, que aglomeran a sus congéneres haciéndose los garantes de la verdad de la relación que fue revelada a sus predecesores. La forma más acabada, según Lacan pero él se explica de modo bastante convincente, de esa función de sacerdocio es la religión de la Cruz y de la Resurrección. Ella se le aparece así, porque formula por medio de un matema, el de la trinidad, la historieta de Cristo. La Trinidad en efecto no es un asunto de buenas palabras y de traición, sino un truco estrictamente matemático, incluso de la más abstracta de las matemáticas, la de los números, que demuestra el Uno en Tres, por lo tanto el Cuatro. Es por eso que la Iglesia está condenada a aguantar, no hay modo más irrefutable de demostrar el Uno divino a partir de la relación entre dos, el Padre y el Hijo, que son tres porque se añade el Espíritu Santo. Pero esa relación, si bien hace el Uno irrefutable, no hace sin embargo el Uno de la relación sexual, que de golpe se hace pecado, pecado de sentido sexual sobre el que la Iglesia no puede sino volver.

Diálogo siempre

Volvemos entonces a nuestro Otro que no hace relación, porque está barrado, como nos lo demuestra el síntoma. ¿Cómo hacerse escuchar si se sabe que el Otro está barrado; e incluso porqué intentarlo aún en un diálogo cuya vanidad ha sido desvelada?

Queda la satisfacción primera, aquella del único “Sí, yo le escucho decir” del cual nos desvió la cuestión del sentido. ¿Puede el sujeto encontrarla “satis-factoria”, encontrar que hace suficiente? Que haya sido olvidada detrás de la búsqueda de su sentido no le impide en efecto existir, y que el sujeto obtenga ya, tan sólo con ella, la certeza de que es, en tanto escuchado, reconocido como *parlêtre*. Diga lo que diga el sujeto, no es eso lo más importante, como prueba y reconocimiento del ser de palabra, haciendo de los psicoanalistas los interlocutores posibles de una mercancía no seleccionada saturada, como todo *parlêtre*, del mineral precioso de su decir, tragado hasta perderse en la ganga de sus dichos.

Se añade que ese saber la importancia del decir, finalmente adquirido por la limpieza de los sentidos fijados a la que procede un análisis, tiene una incidencia sobre las formas de diálogo que el sujeto puede elegir mantener. En efecto, ya no demanda como antes a ningún interlocutor en particular que le asegure la función de reconocimiento de la verdad. Por añadidura, el sujeto sabe que para ser y mantenerse como ser de palabra, vale más no comprometerse demasiado en los diálogos por demasiado mentirosos, que pretenderían imponer su promesa como condición absoluta y como verdad última. El sujeto puede entonces optar por diálogos donde la palabra no se afirma demasiado mentirosa, donde la forma de promesa retenida no quiere imponerse como el único valor válido. Diálogos entonces donde resuena el otro valor, el del placer del decir y de ser escuchado como dicente, el placer de hacerse escuchar.

Oponemos aquí las antiguas palabra plena de Lacan, que deviene un decir que hace resonar una satisfacción que se acomoda al Otro barrado, y la palabra vacía, que toma consistencia del Otro, haciéndole consistir. La palabra plena, no solamente se acomoda a partir de la falta en el Otro, en el sentido en que ella toma allí su apoyo verdadero, sino que se acomoda también en el sentido en que ella hace de ello su condimento, su especie. La especie del Otro barrado en los dichos, es sin duda el efecto de *lalangue*, que es tanto más satisfactoria cuanto que no se le pide ya más sentido alguno, cuanto que ya no plantea cuestiones pendientes de la respuesta del Otro.

Por supuesto, todo esto necesita todavía y siempre el marco de un diálogo, y por tanto el sentido es inevitable. Pero hay ahí un sentido registrado, marcado por el Otro barrado, que prueba la existencia de un decir que se satisface en sí. Y el discurso que pone en el lugar de mando en el diálogo a esta marca, valorándola más allá del sentido, sea el que sea, es sin duda el discurso analítico. Para el sujeto que toma la medida de esto, el estatuto de aquel al cual se dirige cambia y eso que constituía hasta ahí el punto de mira de su diálogo analítico ya no tiene curso. Falta tomar la medida de la vanidad de esa satisfacción si continúa consumiéndose en solitario, sobre un diván. Vanidad no en términos de “quantums” de satisfacción, sino en términos de “rentabilidad”. No es rentable porque se consume solo, por lo que no hace enjambre, no se transmite.

La prueba de un decir en Lacan

Para ir al pasante en el pase, a los carteles en la Escuela, llegar a hacer escuchar la existencia de un decir es entonces lo que sería la prueba del diálogo específicamente analítico. Así se opera entre los miembros del cartel como de la Escuela la transmisión del discurso que pone el reconocimiento de un decir por encima de la verdad de los dichos...

Pero la cuestión permanece íntegra, se trata de saber cómo es posible hacer escuchar el hecho de que hacerse escuchar basta para la satisfacción. Imposible, en efecto, si no se es

Joyce, no inscribirse en un diálogo y es necesario hacer escuchar la satisfacción del no-sentido a pesar del sentido obligado. ¿Qué es lo que garantiza que no está ahí todavía la búsqueda del sentido de su Ser, que el sujeto quiere hacer escuchar, remitiéndose al Otro de la verdad para significárselo de vuelta?

Sobre lo que sería hacerse escuchar, Lacan da un ejemplo al principio de su última lección del seminario XIX, *...ou pire*. Como siempre, sus pequeños comentarios introductorios a sus lecciones tienen un aire anodino: Lacan habla allí de su persona, del contexto, de su auditorio, en resumen sitúa su palabra antes de entrar en la parte propiamente teórica de su lección. Pero, si se lee de cerca, es decir en una edición no expurgada, se puede percibir que a menudo la parte teórica que sigue consiste en una elucidación de esa introducción personal. Así, si bien no hay metalenguaje en Lacan, tampoco hay en él eso que se nos permitirá llamar “infrapalabras”.

Parte entonces en esta última lección del hecho de que toma vacaciones de su auditorio y se pregunta cómo hacerlo de forma válida, de un modo que convenga a su discurso.

“Hoy me despido de Vds.” Por medio de esta primera frase, Lacan sitúa de entrada su seminario en la dimensión de sus relaciones con sus auditores. No dice “Hoy es mi última clase del año”, u “Hoy me paro por este año”. Se separa de sus auditores, que han venido y le han sido fieles. Un poco amargado, se refiere también a otros, que han venido sólo para esa despedida, dicho de otro modo para asegurarse de que se desembarazaban de él, al menos durante el tiempo de vacaciones: miserable victoria que no permite “echar las campanas al vuelo” y él no se priva de decírselo a la cara.

Entonces, se pregunta qué puede hacer: “Bien! ¿Qué es lo que puedo hacer?” y excluye sintetizar: “Que yo sintetice como se dice, está absolutamente excluido”. En efecto, resumir es imposible en el discurso analítico, porque el Otro barrado implica que falta el punto que permitiría cerrar lo que ha sido dicho englobándolo en un todo. Sea lo que sea lo que se haya dicho, falta por decir eso que en esos dichos ha hecho el decir y sintetizar no es jamás decir. Lacan opone al resumen lo que le parecería adecuado: “Que yo marque alguna cosa, un punto, un punto de suspensión”. Apunta entonces a alguna cosa que es del orden de la escritura, una marca que haga punto de suspensión, es decir no sólo el punto final del año sino también y sobre todo el punto al que sus dichos pueden engancharse.

Se interroga y duda sobre la manera de realizar ese programa: “Desde luego, podría decir que he continuado con la tarea de ceñir ese imposible en el que se reúne lo que es para nosotros, para nosotros en el discurso analítico, fundable como real.” Este punto de suspensión no sería falso, pero no tendría nada de específico y por tanto nada de nuevo, sería una despedida general y por tanto banal, indiferente a lo que él quiso decir de preciso durante ese año particular.

La duda cesa: “ ¡Ya está! Lo he encontrado. En el último momento, y mi fé, en una oportunidad...”

Salió pues de su perplejidad encontrando la solución, el punto que expresaba la manera singular en que cercó, en ese seminario, lo imposible en el que se funda lo real en el discurso analítico. Esta solución es presentada como un testimonio que le ha venido, por su sollicitación: “...he tenido el testimonio de que eso que digo se escucha.”

Se explica: “Lo he tenido a causa de aquel que ha estado dispuesto – y es un gran mérito – a hablar en el último momento de este año, y me da prueba así de que algunos, más de uno, por venas de las que no puedo en absoluto prever por qué sesgo se producen, encuentran interés en lo que yo intento enunciar.”

Alguien le ha dado prueba entonces de haber encontrado interés en lo que él intentaba enunciar, lo que fue un testimonio para él de que lo que decía se escuchaba. Subraya la dimensión transferencial de esta transmisión precisando que no puede prever las venas.

La prueba analítica de un decir

Estaría entonces ahí el punto de suspensión del año, que responde precisamente a nuestra pregunta: ¿cómo tener el testimonio de que lo que se ha dicho ha sido escuchado? Con la respuesta propuesta: "Por el interés que alguien demuestra haber encontrado".

Pero encontrar interés en lo que dice el otro, ¿no es una respuesta válida para todo diálogo? No, pues Lacan sabía lo que quería hacer escuchar, cercándolo: lo imposible sobre el que se funda en el discurso analítico lo real.

Pero entonces ¿cómo se distingue en las palabras del otro lo que da cuenta del testimonio de su interés por ese imposible de lo que daría cuenta de una repetición más o menos aplicada? La precisión aparece a continuación: "Bien! Agradezco entonces a la persona que me ha dado ese testimonio, y no solamente a mí, que se lo ha dado a toda una especie de... espero que haya habido suficientes para los que eso haya hecho eco, que se hayan dado cuenta de que eso puede volver. Naturalmente eso es algo difícil de saber, de saber hasta dónde eso se escucha."

El interés, el hecho de que "eso puede volver" se manifiestan en el eco. ¡Extraño uso de ese término, que evoca más a Narciso que a las Luces, más la resonancia que la comprensión o el pensamiento!

Pero si consideramos que este eco no sale del reconocimiento por la imagen, ni por la similitud de los enunciados, sino del efecto del decir sobre un cuerpo, estamos en la onda de lo que Lacan desarrolla en esta lección sobre lo que revela el psicoanálisis del vínculo del sujeto al cuerpo. ¿Porqué no distinguiríamos un narcisismo del reconocimiento imaginario, consagrado a la muerte, un narcisismo del reconocimiento simbólico, consagrado a la indeterminación del diálogo y un "narcisismo real", que es el verdadero resorte y la prueba de una transmisión efectiva? No es que, insistamos en ello, Lacan haya escuchado lo que él decía en los enunciados del participante de su seminario, que a demanda suya intervino en su lugar; si se reconoció, es porque lo imposible estaba ahí ceñido de modo suficientemente adecuado, para que él reencontrase su decir, más acá y más allá de sus decires respectivos.

Lo que hemos dicho del reconocimiento narcisista vale también para la transmisión. Así, podemos distinguir la transmisión narcisista imaginaria, que no transmite más que las mentiras de las máscaras del nombre; la transmisión simbólica, que no tiene sentido en sí misma, pero que por el nombre da un punto de fijación al discurso, permitiendo así de reconocerle un sentido; la transmisión real finalmente, que produce una satisfacción fuera-sentido, el nombre de goce-sentido (*joui-sens*). Esta satisfacción no puede apenas ser objeto de captura en un sentido cualquiera, en lo que está perfectamente desinteresada, lo que da su estatuto a todos los que llegan de nuestra dirección y la distingue del próximo.

¿Qué forma puede tomar para un cartel del pase esta transmisión del imposible y de su eco, cuando decide una nominación a partir del relato del testimonio del pasante vía sus pasadores, o cuando retransmite a la Escuela lo que le ha tocado suficiente como para nominar? No se nombra porque se sabe lo que se espera y se ha reconocido más o menos. ¿Se nominaría entonces porque se rinde las armas ante el testimonio? Cuando se ha hecho balance de todos los argumentos, a favor y en contra y lo único que se sabe, es que es imposible decir que no es eso? Pues en efecto, ocurre que es posible decir que no es eso, cuando de modo más o menos evidente la presencia de la satisfacción de sentido oblitera todo efecto posible de eco. En revancha, ¿cómo decir que es eso, cuando si es realmente eso, eso es imposible de enunciar? De donde la dimensión de apuesta de una nominación. Coincidimos ahí con lo que fue la experiencia efectiva del cartel uno.

Traducción de Ana Martínez

Dominique FINGERMANN (Brasil)

¿Qué es lo que hace diferencia?

“...si nombrar es en principio algo que se vincula con una lectura del rasgo unario que designa la diferencia absoluta”.

J. Lacan (1961-1962). El Seminario –libro 9- *La identificación*, inédito (lección del 10 de enero 1962)

“*To make difference*”, en inglés, la expresión articula la diferencia y sus resultados, sus consecuencias. En el pase, lo que marca la diferencia entre un pasante y un pasante, es la recolección efectiva de la consecuencia del acto, o más bien de sus resultados éticos revelados en el encuentro con lo Real, o incluso su “responsabilidad sexual” en lo que concierne a la no proporción, de modo que ello puede transmitirse en el testimonio de los pasadores.

Al principio, un encuentro traumático fija una letra, *fixión* que da lugar al sujeto y sus ficciones, si creemos en las elucubraciones de su neurosis, es decir, todo lo que ha escrito de chorreo del significado. Al final de un análisis – ¡en buena hora!- el encuentro no menos traumático le hace tomar la medida, o más bien la dit-mensión de lo que él ha sido como respuesta de lo real. Es ahí que él se encuentra –allí donde no se buscaba- ya que era él, tras la búsqueda de la verdad perdida. Es ahí que él se encuentra, puro *parlêtre*, en esta respuesta del Decir, es su responsabilidad inicial ante la alteridad (Otro barrado) que de repente es marcado en-cuerpo (en-corps), para siempre más. Es ahí que él se encuentra, único en respuesta a la alteridad radical del Otro que le deja solo. Donde estaba la repetición, él encuentra su unicidad (uniqueness).

“*To make difference*”, es cuando se puede decir “¡Ese, es alguien!”³¹ cuando un goce opaco no crea más duda, ni esperanza de verdad. Identificado como tal sale del anonimato lo que puede nombrarse Hay del Uno.

Hay de los testimonios, se puede decir: los miembros de la Escuela de los Foros del Campo Lacaniano piensan en el pase y dan el paso de presentarse.

Nuestro cartel ha escuchado seis hasta hoy, por tanto doce testimonios de pasadores. El CIG 2010-2012 escuchó 20, por tanto 40 testimonios de pasadores.

Sobre algunos hemos podido decidir y concluir: hay del analista, es decir: Ese, es alguien. Algo ha llegado a los cinco del Cartel, alguna cosa, sea “lo que entiendo que la carta (letra) porta para llegar siempre, como indiqué, a su destino”.³² En los testimonios de verdad, puede haber transmisión de una “suspición” de real. Otras veces, la mayoría, no hemos podido concluir. ¿Por qué? ¿Qué es lo que marca la diferencia? ¿Qué es lo que encontramos, o no? ¿Qué es lo que resuena, qué re-suena? ¿Qué otro sonido de campana? “Lo mejor que puede esperarse del psicoanálisis a su fin”.³³

Podemos testimoniar, como hace Lacan pasador de Duras, cuando afirma “que la práctica de la letra converja con el uso del inconsciente, es lo único de lo que quiero dar fe”,³⁴

³¹ J.Lacan (1970). “Radiofonía” en *Psicoanálisis. Radiofonía y Televisión*, Barcelona: Anagrama, 1977, p.28. “Cuando se reconozca la especie de plus-de-gozar que hace decir “ése es alguien”, estaremos en el camino de una materia dialéctica quizás más activa que la carne de Partido, empleada como baby-sitter de la historia. El psicoanalista podrá esclarecer tal senda con su pase.”

³² J.Lacan (1971). “Lituraterre” en *Seminario 18, De un discurso que no fuera de semblante*, Buenos Aires: Paidós, 2009, p.108.

³³ *Ibid*, p.105

³⁴ J.Lacan (1965) Homenaje a Marguerite Duras, en *Intervenciones y textos*, Manantial, p.66

es cuando el uso que el sujeto hace del inconsciente converge con la letra y lo que hace con ello en efecto, y no con el sentido, que podemos declarar: ¡pase!

A veces, en los testimonios, se transmite algo que lleva los efectos de la letra, se despeja el recorrido de sus peripecias que en el juego del desciframiento embrollaba su cifra y la había hecho pasar del signo (de goce) al sentido (gozado).

“Lo real en el pase... y lo que puede atestiguar de sus efectos”³⁵ es la cuestión de nuestro cartel, así como del Cartel 2. Algunos chirriarán: ¡ah, ahí está entonces la cuestión la doxa! ¿No habíamos quedado en que es el pase el que informa la doctrina y no al revés? Pero en lo que respecta al pase, ¿puede haber otra cuestión? Esperamos de los pasantes que nos enseñen, como quiera cada uno, su manera de responder a la cuestión que plantea cada análisis, como: “el pasaje por lo real y sus efectos efectivamente ha modificado, cambiado, transformado su relación ética a su propio goce”.³⁶

¿Puede haber otra cuestión, si el pase como procedimiento verifica el pase clínico, es decir, el despegamiento de la verdad mentirosa en su encuentro con lo real (re)producido en la clínica, o sea, la transferencia, y si ella testimonia de la reducción de la verdad al semblante que por definición no cubre lo Real?. ¿Hay otra cuestión que la de cómo la operación del Sujeto Supuesto Saber en virtud del analista ha des-cubierto el horror de saber?

A menudo se menciona la invención del psicoanálisis por los pasantes, lo inaudito de sus descubrimientos: efectivamente, pero todo ello dentro de los límites de la lógica de la estructura, tal como Lacan proclama por último: R.S.I. y de sus consecuencias.

En principio parece bastante simple: se trata de reducir las vueltas y rodeos de un análisis a:

- la lógica del impase del Sujeto Supuesto Saber, que prueba que su verdad ha sido puesta en el banquillo.³⁷

- la poética del goce de *lalengua* que ex-siste y resuena, portadora de la letra más allá del sentido salida*.³⁸

- la ética: ética de una elección entre la verdad que se abandona a su ficción y el saber del cual se identifica la *fixión*. Ética de una elección que se pone a prueba como saber hacer: saber hacerse una conducta³⁹ acorde a la responsabilidad sexual.⁴⁰

Entonces, a pesar del entusiasmo y la decisión de los pasantes, a pesar del impulso y el valor de los pasadores, a pesar del empeño, la seriedad y el trabajar con ganas de los carteles, ¿por qué, a fin de cuentas, es tan difícil hacer argumento a la función del pase y por qué es tan difícil elaborar la experiencia para transmitirla?

¿Por qué tan pocos AE nominados, y ello desde el principio de la experiencia y en todas las Escuelas que practican el pase?

La Escuela a prueba del pase ¿concluiría que no hay más que malos pasantes, pobres pasadores (lo que hace tambalear a los AME) y Carteles insuficientes que lo podrían hacer mejor?

Volver a poner al analista en el banquillo era un principio de la enseñanza de Lacan: al sostener la experiencia del pase y su reseña, al menos estamos a la altura de este principio. Pero ¿podemos ir un poco más lejos que el mantenimiento de la intranquilidad y, en el rigor de nuestra ética, encontrar un poco más de felicidad?

³⁵ N. Bousseyroux (2011). “Satisfacer los casos de urgencia”. En: *Wunsch 11*.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ M. Strauss (2011). “¿La verdad al banquillo?”. En: *Wunsch 11*

* N.T.: El original “sens issu” suena en francés como “sans issue” (sin salida), de ahí la traducción “sentido salida”.

³⁸ Ver los textos de P. Muñoz (2011), “Razón que resuena”, y P. Dahan (2011), “Unidad de lenguaje, singularidad de lalengua”. En: *Wunsch 11*

³⁹ L. Izcovich (2011). “La doxa y la comunidad de Escuela”. En: *Wunsch 11*

⁴⁰ A. Nguyen (2011). “Satisfacción de la castración”. En: *Wunsch 11*

La prueba de la transmisión

Una dificultad con la que chocamos como Cartel es la de la transmisión, que tratamos de hacer cada vez lo mejor posible y que parece siempre insuficiente (¡no se entiende nada de lo que dicen!) y esto, a pesar de los últimos números de *Wunsch* que dan cuenta de los esfuerzos de los carteles por elaborar la experiencia y dar cuenta en la Escuela para que la renovación de la experiencia, y no el pegoteo, haga lazo y orientación para los dispersos desaparecidos.

De hecho, hay una prueba de pase equivalente para el cartel, los pasadores, los pasantes: hacer pasar algo de lo que no se puede testimoniar como se testimonia de la verdad. Sin embargo es así como el pasante entra en el procedimiento, lo sabemos, al reducir los años de análisis, a veces más de veinte años, a algunos momentos cruciales, algunos movimientos de báscula, precipitaciones, desanudamientos, que va a organizar y concentrar en un testimonio que permite distinguir cómo el sentido salido, la salida del sentido permite responder al sin salida. El pasador debe seguir esas vías laberínticas sin fallar la salida. Más que por sus múltiples y minuciosas notas escritas, es por su presencia y al dar la voz⁴¹ que convencerá al cartel. Éste, en cambio, deberá producir el eco de los hallazgos de los pasantes nominados AE al pasar por el escrito: otra reducción, traducción donde lo que se pierde por fuerza no debe hacer olvidar lo que se encuentra (reducción lógica y traducción poética)

¿Qué es lo que marca la diferencia entre un pasante y un pasante?

- 1- Su análisis.
- 2- Sus pasadores.
- 3- El cartel.

¿Cómo lo real en juego en la formación del analista puede facilitar u obstaculizar la experiencia en los tres niveles donde se juega la posibilidad de su transmisión: el análisis del pasante, el pasador del pasante, el cartel del pasante?

1. El análisis del pasante

Todos están comprometidos, interesados, convencidos, apresurados por una urgencia. Todos han hecho largos análisis, con varios analistas a veces, algunos increíbles pero ciertos, “camino que no llevan a ninguna parte”, que no llevan a un gran final estrepitoso, del tipo *eureka*, *la aletheia* finalmente descubierta como un *eldorado*. En efecto, lo mejor, “lo mejor que se puede esperar de un análisis al final”, ella se descubre, captada como mentirosa, la prueba de lo real acaba por sorprenderla en flagrante delito de mentira.

¿Qué es lo que marca la diferencia a un pasante de un pasante? ¿Cómo podemos estar seguros de que sus conductas y sus afectos manifiestan un cambio radical respecto a su respuesta a lo real, y que esta “insurrección” producida por el análisis garantiza que bien es un analista que se autoriza por sí mismo?

- En primer lugar, lo que le distingue es que está en el activo de la experiencia, el gerundio del verbo que califica su posición lo atestigua: “pasante”. Es de su posición actual y actuante que demuestra, desmonta y muestra lo que de su análisis hace autoridad.

- Lo que le anima la mayor parte del tiempo es una certitud y es eso lo que tiene que hacer pasar. Surge un problema por el hecho de que para demostrar los efectos de la operación –un saber probado real- debe remontar a las causas y desmontar los pormenores (el saber supuesto). Algunos se pierden en las causas y pierden de vista sus efectos, desgranar los

⁴¹ D. Fingerhann (2011). “La presencia del pasador”. En: *Wunsch 11*

dichos de la neurosis sin que se pueda llegar a sospechar⁴² el Decir. Otros anuncian una certitud que presentan sin duda alguna fuera-de-sentido de la neurosis pero sin que su evidencia sea demostrada como relativa al imposible y a todas las vueltas de los dichos que le vuelven por todos lados, hasta que eso cae bajo el sentido atolondradicho, esa “vuelta” del Decir siempre olvidado.

- Su certitud debe apoyarse en las pruebas del cambio de posición en lo que respecta a lo real al nivel de sus manifestaciones clínicas más patéticas: la angustia, el síntoma, la repetición, de los que el análisis seca el pathos.

La angustia puede ser “reglada” en un análisis gracias a la regulación de lo que ahí responde, o sea, el síntoma; la repetición puede reducirse a del Uno que lleva el compás de lo real (no hay); el síntoma puede decidirse al final como lo que sigue haciendo suplencia (hay) e incluso puede hacer lazo entre las tres consistencias (sinthome)

Es por eso que ahí hace diferencia que será nominado, o más bien, que él se nominará por sí mismo, efecto de su diferencia absoluta probada por las peripecias de la letra en el transcurso de su testimonio de la verdad mentirosa.

“T’es rien” (“No eres nada”) podría ser lo que, de las cosas vistas y oídas, marcó el lugar del sujeto, equívoco original cuyo sentido se ha encontrado confirmado por todas las repercusiones de los significantes que se encadenaron a continuación. “Propriétaire” (propietario) y “Terrien” (terrateniente) y toda su retahíla de malentendidos facilitaron el acceso al “se taire” (callarse) y “se terrer” (enterrarse): habrán hecho falta agujeros y vueltas, antes de que el “rien” (nada) del origen suelte su lastre y no haga más destino como golfo (vau-rien) y otras marranadas. La letra llega a su destino cuando no quiere decir más nada, desvalorización del goce-sentido, pero lleva aún (*encore – en-corps – en-cuerpo*) * “un no sé qué y un casi nada” del que se puede hacer uso para muchas cosas (hacer poema, lazo y, por qué no el amor). El pasante puede ser nominado AE cuando la letra llega a destino y da el efecto al cartel tocado por cierta gracia de eso que, una vez el sentido desprendido, puede sospecharse de “eso que retiene invisiblemente el cuerpo”.⁴³

El pasador del pasante

Lo que también marca la diferencia entre un pasante y un pasante son los pasadores. ¿Hay “malos” pasadores? Por definición, se encuentran en un mal paso,⁴⁴ es decir, que para ellos el pase a lo real no está decidido a pesar de que estén en una situación basculante, “como una puerta batiente”.⁴⁵ Están todavía en un momento en el que se sostienen en el amor al saber, y sus reacciones ante el horror de saber que excede la verdad son diferentes. Un mismo pasador puede funcionar bien en un pase y no en otro, sí en un cartel y no en otro. Hacen honor a su tarea de manera diferente.

Éste es, de entrada, un trabajo enorme, de escucha, de construcción, de presencia y de voz. Parece que el procedimiento sea más difícil para ellos que para los otros y es que no están menos a prueba de lo real que los pasantes.

La angustia de su posición coja a veces les hace perder sus recursos, o recuperar sus viejas soluciones “*ready made*” para remediar la angustia y así fallar lo único del testimonio, arrebatado o desconfianza, extraviándose en sus construcciones o demasiado deshilvanadas o demasiado construidas, hasta el punto de no dejar pasar nada.

⁴² J. Lacan, El seminario libro XXI *Los no incantados yerran*, inédito (lección del 12 de febrero de 1974). “...Ciertamente, lo sospechable es muy respetable, como lo demás; es lo que nos obliga a sospechar como siendo Real, y esto lleva muy lejos, a toda clase de construcciones (...)”

* N.T.: Juego de palabras, por homofonía, entre “encore” (aún) y “en-corps” (en-cuerpo).

⁴³ J. Lacan, (1972-1973). *El seminario, libro 20 – Aún*. Barcelona : Paidós, 1985, p.113

⁴⁴ C. Soler (2011). “Los pasadores”. En: *Wunsch 12*. IF-EPFCL, 2012.

⁴⁵ J. Lacan, “Discurso a la E.F.P.”(1967). En *Directorio de la IF-EPFCL 2008-2010*, p.293

El cartel del pasante

¿El fallo es del cartel, como lo declina Ana Martínez⁴⁶ y como C.Soler plantea como hipótesis?⁴⁷

Lo que marca la diferencia entre un pasante y otro pasante es, tal vez, el cartel. El cartel a veces puede obstruir un testimonio de analista de la escuela, cuando los dispersos desemparejados se dedican a hacer grupo olvidando su ignorancia fundamental.⁴⁸ Nuestro cartel se ha planteado la cuestión cada vez: ¿nos estamos equivocando? Incluso alguna vez hemos vuelto a convocar a los pasadores para poner a prueba nuestra primera decisión. Una de las mejores vías de acceso a lo real es la sorpresa y lo inesperado: el cartel debe saber-hacer la acogida necesaria y suficiente para que el pasador no se encierre en sus defensas familiares: desconcertarlo, cortar en su relato, desemboscar sus olvidos y prejuicios, teniendo mucha consideración por su trabajo y su dificultad.

Lo Real en el pase, lo que permite su suspensión, como dice Lacan en el Seminario XXI, concierne a las tres instancias presentes, cada uno, pasante, pasadores, Cartel, tiene que hacerse responsable de ello.

Traducción de Rosa Escapa

Rosa ESCAPA (España)

Faltar de otro modo a lo real

El 9 de octubre del 67 Lacan propone el dispositivo del pase como la forma en que la Escuela que él funda puede, y debe, “*garantizar la relación del analista con la formación que ella dispensa*”, de manera que los AE que produce responden a la Escuela que en su momento los nombra. Por esta razón y desde entonces, el dispositivo del pase no ha dejado de estar en el corazón de la Escuela suscitando un debate interesante en tanto el pasaje de analizante a analista no se acompaña de una doxa, antes bien de un interrogante sobre el llamado “deseo del analista”.

Lacan mismo, después de cierto tiempo de funcionamiento del dispositivo, introduce nuevos elementos de formalización que conducen a una perspectiva de mayor alcance sobre el final de análisis y el pase. Así, si en el 67 la cuestión estriba en testimoniar de la caída del fantasma, particular ventana sobre lo real, y la consecuente destitución subjetiva, en el Seminario “... *O peor*” (1972, clase 15) da la siguiente indicación clínica: “debe permitir al analista escuchar, un poco más lejos que a través de los cristales de los anteojos del objeto a, lo que aquí se produce, lo que de efecto se produce, lo que se crea de Uno por un discurso que no reposa sino sobre el fundamento del significante”.

En los años intermedios Lacan ha decantado la idea del inconsciente como verdad (la verdad que la represión encierra) en un inconsciente-saber el cual, dirá luego en *Aún*, yace en la guarida de la lengua. Escuchar más lejos de los anteojos, lo que evoca los objetos del deseo, implica que atravesar el fantasma es reconocer su dimensión de semblante, y para poner el acento en lo que el análisis produce de nuevo. Conforme a la escritura del matema del discurso del analista, éste, ubicado en el lugar de la letra *a* del objeto, va a ver aparecer como producto del análisis los S1 del analizante, a lo cual da Lacan en este momento el estatuto de creación de Uno. El lugar relativo de este S1 en cada discurso implica que requiere cada vez una lectura

⁴⁶ A. Martínez (2011). “Después del final del análisis y del pase, una experiencia”. En: *Wunsch 11*

⁴⁷ C. Soler (2010). “Las condiciones del acto, cómo reconocerlas”. En: *Wunsch 8. IF-EFCL 2010*

⁴⁸ Sol Aparicio (2010). “La ignorancia de los carteles”. En: *Wunsch 8. IF-EFCL 2010*

diferente. En el discurso del Inconsciente ocupa el lugar del amo, y lo que se produce desde ahí son los objetos plus-de-goce que a él no le alcanzan. En el discurso del analista, los S1 son los significantes amo que no tienen que ver con una posición de dominio del sujeto sino con la diferencia que funda la función del significante. Uno que designa por tanto la diferencia absoluta y que encierra lo que no hay, el cero, agujero de la no-relación sexual. No deja de resultar paradójico que Lacan se refiera a este Uno que apunta a lo más primordial del hablante ser con el término creación, cuando esa diferencia no se puede pensar como nueva por más que hasta entonces las identificaciones que le ha proporcionado el fantasma la recubrieran completamente y el sujeto la ignorara.

En “Sobre la experiencia del pase” (1973) Lacan precisa el lazo del goce a la dependencia del hombre al lenguaje: “por ese lenguaje se ve el hombre separado, taponado respecto a todo lo referente a la relación sexual, y por ahí hace su entrada en lo real; para ser más exactos, por ahí resulta faltar a ese real”. Por causa del lenguaje el hombre falta a la relación sexual, lo que no hay que confundir con que el lenguaje obture el acceso a la relación sexual, antes bien, el lenguaje manifiesta su impotencia en abarcarla, y es que es justamente en el lenguaje donde se inscribe esta no relación. Si un ser hablante pertenece, se ubica, en uno u otro sexo es precisamente a partir de la realidad significativa, como efecto de la inscripción en el discurso, pero nada hay en el lenguaje ni tampoco en la lengua que permita dar cuenta de lo real del sexo. Sin embargo, sigue Lacan: “Por ahí tiene una pequeña posibilidad, en la medida en que quedan abiertas para él algunas vías hacia un cierto número de puntos, que atestiguan la presencia misma de lo real en el origen de su discurso”. Queda abierta la posibilidad de tender puentes sobre eso agujereado en lo real y que ciertas relaciones se puedan establecer: es la vía de las pulsiones. Esos puntos de anudamiento de lo real y lo simbólico son del orden de la creación ex nihilo, pues para cada sujeto eso se constituye de un modo singular produciendo el efecto de significado. El sentido vendrá al anudarse a ello la consistencia imaginaria. Luego, al cabo de un análisis que arrime al sujeto a esos puntos de anudamiento, se puede pensar en un nuevo reconocimiento del sujeto, el sujeto se reconoce como efecto del significante pero diferente de él, y desde ahí se puede reconocer en el discurso analítico que lo ha producido... si toma la opción. Se trata de una nueva posición respecto a eso que ha estado desde sus orígenes de ser hablante, a lo que lo marcó en determinada configuración de goce. Es en ese sentido que se puede decir que el discurso analítico produce algo nuevo y es lo que el dispositivo del pase trata de leer.

Con las últimas elaboraciones de Lacan sobre la topología de los nudos como telón de fondo, y con el acicate de la casuística del pase, en la Escuela nos seguimos preguntando qué de lo real puede atraparse, cuando una de sus definiciones es la de lo imposible de decir, y sin embargo algo es posible cernir, de ello dan prueba las nominaciones de AE.

De entrada, ¿cómo hablar de lo real, como tomar las palabras para abordar lo real cuando el significante agujerea lo real, cuando es desde lo simbólico que lo real se constituye como agujereado? Lo Real no necesita del lenguaje para existir, se encuentra en la naturaleza, en el espacio, marcha solo, la cuestión es qué efectos tiene que el hablante ser se entrometa en ello, qué efectos en este hablante ser que no pueden ser más que efectos a nivel de su goce. Lacan lo dice claramente: el síntoma es señal de que algo no anda en el campo de lo real, y ello en la medida en que hay ahí un inconsciente que se configura alrededor del agujero y del cual el sujeto goza. En la representación del nudo borromeo Lacan perfila, en el campo de lo Real, un Inconsciente al cual lo Simbólico no llega a dar cuerpo. Si el significante pertenece al registro de lo Simbólico, del lado de lo Real se encuentra la letra haciendo borde al agujero en el saber. Ahí hemos de situar lo “real serio”, la letra como marca de un lugar dejado por un significante -“*tachadura de ninguna huella previa*” dice Lacan en *Lituraterre*-, marca que deja un significante, aquella del goce del cuerpo que lo acompañó. Entonces, letra como lugar que lleva la marca del goce, mientras el significante que ha dejado ese lugar puede arrastrarse por

todas partes, ir a la deriva. Diferencia entonces entre lo fijado de las condiciones de goce, la marca, del significante que se desliza. La única función que puede atrapar algo de esa no-relación es, por la relación del significante al goce, la función fálica que viene a sustituir la relación sexual. Esta relación sí puede escribirse, incluso hay que decir que no deja de escribirse en tanto se presenta como del orden de lo necesario. Es esta relación atravesada por la castración la que abre la puerta al goce del cuerpo, la que permite al cuerpo un tratamiento de goce.

Hablamos, entonces, de dos escrituras: la de la letra como Real que obtura la hiancia de la relación sexual, en el origen del discurso, y la del significante que escribe la función fálica la cual sí hace relación -son los significantes que copulan en el inconsciente corporizado por lo Simbólico- y hace relación recubriendo, “adornando” aquel Real que, a pesar del trabajo del inconsciente-lenguaje, vuelve siempre al mismo lugar. Pero si el significante dejó el lugar donde marcó una sustancia de goce para ir a la deriva, quiere decir que la cadena significante no puede desandar el camino, por el significante no se puede alcanzar aquel lugar. Y bien, si el inconsciente-real no puede decirse sí puede tomarse nota de sus manifestaciones y pueden sospedarse sus efectos. Están los efectos como afectos, desde la angustia al júbilo, y también están los efectos epistémicos, de apertura al saber, por el anudamiento con lo Simbólico y lo Imaginario,... siempre y cuando no domine la pasión de la ignorancia. Si un sueño o un lapsus llaman a la interpretación es que el sujeto supone que hay en algún lugar algo escrito, un texto oculto que puede rendir cuentas de lo que ha surgido de manera evanescente. Ahí participa la faceta de elucubración del lenguaje pero en última instancia, es lo que señala Lacan en el *Prefacio a la edición inglesa del Sem.XI*, y particularmente del lapsus, una vez despojado del sentido, éste da cuenta en su materialidad de lalangue, “*depósito que lo real que no hay relación sexual ha hecho en el curso de las edades*” (*El atolondradicho*, 1974).

En la sucesión de dichos del analizante, la demanda al Otro está siempre implícita. Es lo que por mucho tiempo sostiene la relación transferencial: la suposición de que hay un saber en el Otro, el cual va a bascular del analista al propio inconsciente del sujeto, pero en la creencia de que siempre es posible encontrar la respuesta, un sentido que colme la falta en ser. Para salir de la carrera tras la búsqueda de la verdad es preciso que en el análisis ésta sea interrogada hasta sus límites, llevar las respuestas que el sujeto fue construyendo al límite del sentido, el cual ya Freud reveló que es siempre sexual, para descubrir el sin-sentido de su ser de goce.

Sólo el discurso analítico, a diferencia de los discursos del neurótico, no sostiene la idea de la proporción sexual, no se engaña sobre lo irreductible de la hiancia de la relación sexual y además demuestra el papel fundamental que el falo juega en ello. El decir del análisis que ex -siste a los dichos del analizante opera vectorializando su decir, el de la demanda, hacia el borde de lo real, al límite del saber. El acto analítico, aquel que haciendo sentir los equívocos dados por lalangue produce la ruptura, el corte de la unidad del lenguaje, es un decir en la medida en que logra que un nuevo anudamiento se pueda producir. Para ello será preciso que el corte opere deshaciendo aquellos nudos que ha tejido el inconsciente con ayuda de lalangue y que dan cuenta de agujeros en lo Simbólico (síntoma), en lo Imaginario (inhibición) y en lo Real (angustia), hasta el límite de la destitución subjetiva, pérdida de los puntos de referencia que dio el marco del fantasma y por tanto tiempo de angustia. Desenredar, deslindar, y hacer nuevos empalmes escribiendo otra forma de anudamiento borromeo que dé a la letra de goce su lugar, que ésta sea admitida por el sujeto y un tratamiento diferente le sea dispensado. Que lo inconsciente-real, constitutivo del hablante ser y que no viene del Otro, esté fuera del alcance del trabajo analítico no impide que el sujeto pueda escribir de otra forma alrededor de ello y por tanto adquirir una nueva perspectiva de lectura. De este “supuesto-saber-leer-de-otro-modo” (Sem. inédito *El momento de concluir*, 1978, clase 4) se propone que se pueda testimoniar en el pase.

El pase es una experiencia que brinda una ocasión sin par de dar-se cuenta de cómo la significación fálica ha vestido la letra, de cómo el goce fálico ha animado el goce del cuerpo, de la escritura que se sedimentó, y de lo que en el análisis se ha llegado a escribir de nuevo. En cierta medida, y por eso es interesante que Lacan se refiera al pase como experiencia, el pase mismo participa de lo real que ex –siste en el nudo que se escribe de nuevo, en el cuarto nudo. El pasante da a leer lo real como lo que ha escrito a partir del trabajo de desciframiento del inconsciente y de vueltas sobre el “no cesa de escribirse” de lo que se ha venido repitiendo en su vida, y de cómo se ha re-escrito para él que no existe la función que relaciona a hombre y mujer, esto es, el lugar de suplencia del falo. Dado que sus consecuencias se han de hacer sentir en lo cotidiano en dos niveles, en los lazos sociales, y en lo que sigue cifrando el inconsciente, a partir de ellos es posible verificar el giro en el decir del analizante, apresar algo de lo real. La hiancia no se va a mover de su lugar pero el nudo que ahora se aprieta da una aproximación distinta liberando al sujeto del sentimiento de inadecuación del neurótico que se sostiene en la expectativa de lo que está por venir o en la nostalgia de lo que ya pasó. Las contingencias de la vida no van a dejar de presentarse y sin embargo es de esperar que no tengan la misma repercusión, es decir, que el sujeto pueda dar otra respuesta. Así, puede pensarse el pase como una experiencia que aclara cómo el sujeto ha pasado a faltar a lo real de otro modo.

Pascale Leray (Francia)

El pase y lo Real

De la experiencia del cartel del pase en el que participo, destacaría de entrada uno de sus aspectos que me parece crucial, son los efectos de la multiplicidad de los testimonios escuchados, seis hasta el momento, que producen, sea el que sea el resultado, una renovación de la experiencia del pase para el cartel en cada ocasión.

Lo que se renueva en el corazón del dispositivo es suscitado por el alcance de los diferentes testimonios que transmiten los pasadores, que tocan cada vez a cambios subjetivos de lo más singulares alcanzados gracias a la experiencia de un análisis que abre a ese pase, lo que pone al cartel en posición de recoger *una acumulación de la experiencia*, de elaborar, teniendo en cuenta *la seriación de su variedad*: lo que constituye entonces una experiencia de la que hay que transmitir algo a la Escuela.

La renovación, es eso que participa de ese pase siempre a recomenzar, para cada analista, en el dispositivo del pase, eso viene a experimentarse por ese trabajo de escuela en el cartel, trabajo que remueve, porque está en contacto directo a partir de cada testimonio con cuestiones que son cruciales en cuanto a lo que se transmite y puede escucharse del fin de análisis. Esas cuestiones son de aquellas que ponen al cartel a la prueba de deber reconocer lo que puede venir a testimoniar del advenimiento de la causa analítica en lo que hace la novedad del deseo del pasante, causa vinculada al saber surgido de la destitución subjetiva que ha advenido para él.

El deseo de saber cuya causa es lo Real que viene a agujerear el saber adquirido y de donde viene la no relación sexual, está a cargo de los pasadores transmitir lo que puede indicar de ello el testimonio del pasante, lo que viene a hacer decirlo, resultado de la presencia de esa Otra dimensión que alcanza la verdad, y para el cartel queda el autentificar la marca que hace pasar el decir del pasante analista.

Pero esto indica también hasta qué punto el dispositivo del pase y la elaboración que suscita en todas las etapas de su funcionamiento podrá tener efectos más amplios en la

comunidad de Escuela, a partir del momento en que se puede transmitir los resortes de la experiencia del pase y de cómo éste orienta al analista en el modo en que conduce las curas.

Es decir también cómo cada testimonio de pase lleva su parte que marca a ese trabajo que hace vínculo de escuela en el cartel, por la transmisión de lo que ha devenido para el pasante su relación a lo real y el resultado inédito que se ha producido.

En un cierto número de testimonios recibidos, lo que los pasadores transmitieron del testimonio de los pasantes donde se pudieron escuchar cambios notables en lo que concierne a sus posiciones subjetivas, atestiguando en cada uno un trabajo de análisis consecuente, no nos permitió sin embargo zanjar la cuestión en relación a ellos con una nominación, pues el cartel no logró encontrar en el testimonio cómo lo vivo de la respuesta del pasante a lo real manifestado pudo alcanzar a su relación con la verdad.

En efecto, en los testimonios escuchados, a menudo la relación del pasante a la verdad, su construcción, guardaba aún demasiada consistencia hasta el punto de hacer pantalla a lo real de la experiencia, encontrada y cernida sin embargo en ciertas de sus manifestaciones.

El cartel no pudo entonces ser sorprendido por lo que en el testimonio habría podido “*testimoniar de la verdad mentirosa*”. No pudo por ello tomar acta de lo que atestiguaría de una separación advenida de esa elaboración que es el saber construido en análisis.

De esa separación podemos decir que el testimonio de pase puede llevar la marca autentificable por el cartel cuando se alcanzan en el análisis los límites del simbólico y el “*sicut palea*” que golpea “*el vano saber de un ser que se sustrae*”. El testimonio es entonces imantado por la dimensión del imposible Real, como lo hemos podido escuchar en uno de los últimos pases escuchados por nuestro cartel. Como Lacan lo formuló en su prefacio de 1976, en esta puesta a prueba que es el pase, está lo real de lo que falta y que constituye la causa del deseo “*única idea concebible del objeto*”, nos dice, pero está también el Real en tanto tapón de lo imposible, y es tomando acta de este real fuera sentido de *lalangue*, en tanto saber imposible a descifrar, excluyente del sentido, que puede ponerse fin a la búsqueda de la verdad mentirosa. En el pase, lo que da certeza de ese Real depende estrechamente de la respuesta ética del sujeto con respecto a la existencia de ese Real que sobrepasa.

Por esa respuesta que hace acto, acto de corte que excede el sentido de los dichos del análisis, un nuevo anudamiento se opera para el pasante, a partir de ahí un nuevo deseo emerge y se inscribe para el sujeto una modificación de su relación sintomática con lo real del goce.

Esta cuestión del vínculo entre pase y Real, resaltada por nuestro cartel, es lo que suscita este fragmento de elaboración vinculado a los efectos de trabajo que remueven nuestro cartel, tanto a nivel individual como a nivel de la dimensión del colectivo que constituye. Con las interrogaciones, los debates en ocasiones sorprendentes, sostenidos entre lo que son en calidad de miembros, “*sus sueltos dispersos*” (*ses épars désassortis*), pero también con el modo de llegar finalmente a un acuerdo sobre una decisión que comporta una respuesta dirigida a cada pasante.

Con ocasión de nuestra última experiencia de cartel, en la que escuchamos la transmisión de tres pases, procedimos a una nominación de AE, y me parece poder avanzar que lo que fue capaz de suscitar la convicción del cartel para decidir esta nominación, fue que pudimos escuchar en este testimonio de pase, cómo se pudo transformar la posición del sujeto respecto al Real que se manifestó en el análisis.

Más precisamente, lo que fue capaz de convencer finalmente al cartel, fueron las consecuencias que este sujeto pudo sacar de las manifestaciones de ese Real, a través de las cuales la relación que el sujeto tenía con el goce y con la vida se modificó radicalmente. Así la respuesta del cartel fue reconocer el pasaje que permitía “*autentificar el ser transformado del analista*” expresión que tomo aquí de Colette Soler.⁴⁹

⁴⁹ Colette Soler, Wunsch 10, boletín internacional de la Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano

De este ser transformado del que está hecho el analista, Lacan nos habla en su nota italiana: “*el analista, nos dice, es aquel que sabe ser un desecho*”⁵⁰ Aquel que pasa al analista lleva la marca, la cual corresponde al cartel saberla reconocer. Ese *saber ser ese desecho de ladicha humanidad*, está ligado para Lacan al advenimiento del deseo de saber a condición de que haya podido ser cernido el horror de saber, el (horror) propio del sujeto. Lo que es capital aquí es que el saber que está en juego en ese deseo es *un saber sin sujeto*, que destituye al sujeto supuesto saber, y que constituye también “*otro saber que debe tener en cuenta el saber en lo real*”. Ese saber que está ya ahí en lo real implica el cuerpo del *parlêtre*, cuerpo tocado por los significantes que lo han alcanzado y que son causa de goce. Es este goce que afecta en tanto viene de ese saber de *lalangue*, y el testimonio del pasante debe poder hacer perceptible cómo han trabajado esos efectos de Real en su caso y lo que es determinante, cómo ha intervenido el cambio de afecto en su pase.

Así, si bien no hay acceso directo a lo Real, no hay pase ni deseo de saber sin la presentificación de esa relación a lo Real del saber puesto al día en tanto que lo imposible que orienta a partir de ahí la vida del sujeto y su práctica de analista. La cuestión que se plantea entonces es la de cómo la experiencia de ese imposible logró transmitirse de forma singular en el testimonio que recibimos.

La particularidad de esta transmisión, es que se centró, se articuló en lo esencial a partir de los efectos de corte significativo que logran alcanzar al goce de significantes producidos en el análisis. A través de esos efectos de corte en el sentido gozado, es la cuestión de lo que se ha transformado en la economía de goce del sujeto lo que vuelve a salir en la hystorización del análisis en tanto que acaba por oponerse a aquello que había sido la expectativa del sujeto en la búsqueda de la verdad.

Esta pasante transmite con nitidez cómo se reiteró para ella el efecto impensable del corte analítico, fuera por el equívoco o por el corte significativo. Ella testimonia bien del efecto de real que tuvo para ella el hecho de que la interpretación analítica pudiera incidir en el goce de significantes mayores a los que ella estaba sujeta. Algunos, transmitidos por la madre de la pasante, habían tenido un peso particularmente mortífero, pero más allá de los efectos de aligeramiento que siguieron, así como del soltarse de eso que hacía su vínculo al Otro a través de esos significantes, lo más extraordinario de esos cortes fue que produjeron efectos de *lalangue*.

Sin entrar en detalles, diremos aquí que es el surgimiento de *lalangue* lo que orientó, con sus unos extraídos, hacia el punto de real imposible de decir. Portadores de un punto de goce que excluye la aparición del sentido, fueron eso por lo que pudo resolverse la tendencia al relanzamiento de la verdad que crea el agujero advenido en el saber.

Entre ellos, aquel que la pasante reconoció como relevante para ella de la letra, salida de lo más íntimo de *lalangue* inscrita en su carne, es a una función de límite, humildad del saber alcanzado, que se encuentra referido, transmitido por ella como efecto de borde en relación al *deser (désêtre)*, cuando advino para el sujeto la novedad del no saber a partir del inconsciente que la supera.

El efecto vivificante de lo que hace su conclusión está ligado al hecho de que al horror de saber afrontado haya podido abrírsele su más-allá, gracias a ese grano *de sal de la vida* que para esta pasante anuda juntos la vida y el psicoanálisis.

Traducción de Ana Martínez

Anita IZCOVICH (Francia)

⁵⁰ Jacques Lacan: Nota italiana, *Autres Ecrits*, Seuil, p 309

Efectos de corte

Centraré mi aproximación al tema que nos hemos fijado en nuestro cartel: el real y el pase. Las experiencias de cartel son cada vez únicas y la cuestión que me planteo es saber lo que, en esta última experiencia, hemos aprendido de nuevo, algo a lo que me aproximo con el término de efectos de corte.

Me ha parecido de entrada que en el cartel del pase mismo hay un efecto de corte en la manera de escuchar los testimonios, entre la teoría que se conoce y la experiencia misma que aporta otro punto de vista: lo que la teoría enuncia es descompletado por la singularidad de la experiencia, que introduce nuevos puntos. Es decir que ciertos puntos teóricos que se habían escuchado de un cierto modo, se perciben de otro modo a partir del testimonio del pase. En cuanto a la experiencia misma del cartel del pase, consiste precisamente en reconocer una marca del real que no se conoce y que se aloja en el agujero del saber. La respuesta del cartel del pase opera pues a partir de un efecto de corte.

Me preguntaré en un segundo tiempo cómo situar el efecto de corte a nivel de los pasadores. En efecto, algunos pasadores pueden reconocerse a veces de tal modo en el pasante, que transmiten el testimonio a partir de efectos de identificación, mientras que otros efectúan por el contrario su transmisión a partir de un efecto de corte entre el testimonio del pasante y el punto en que están ellos mismos en su análisis: es desde ese lugar de separación que reciben y transmiten el testimonio. No se trata de una identificación sino de un efecto de afecto, un efecto de ser afectado por lo real del testimonio del pasante.

En lo que concierne a los pasantes, me ha parecido, en mis diferentes experiencias del cartel del pase, que incluso cuando no se procede a una nominación, se puede captar hasta qué punto el análisis y el testimonio han sido importantes. ¿Cuáles son los momentos cruciales que nos han sido transmitidos? Es la temporalidad del recorrido analítico, a veces entre varias *tranches* de análisis, entre los impasses y las salidas, en el batir entre aperturas y cierres del inconsciente. El cartel ha podido alcanzar, en los testimonios, aquello que hizo traumatismo y constituyó los síntomas, dando acceso a las coordenadas de la construcción del fantasma. Lo que se transmite, es lo que ha sido movilizado en el recorrido analítico a través de las identificaciones de las que el sujeto ha podido, en ciertos momentos, desprenderse, con efectos de aligeramiento terapéutico. Se pudo acceder a los efectos sobre los cambios de posición subjetiva, que fueron referidos en ocasiones a la interpretación del analista. Finalmente, incluso si el cartel no pudo entrever el pasaje al analista, captó, y ese es el punto importante, lo que opera en un análisis en la verificación de efectos producidos por el acto analítico sobre el sujeto, los efectos de corte en la singularidad de cada caso.

Voy ahora a la nominación del Analista de la Escuela que efectuamos en nuestro cartel, y es de nuevo una vez más los efectos de corte los que me permitieron la aproximación al real de ese pase, y más precisamente bajo la forma de la marca.

Lo que constituyó la singularidad de ese testimonio, es el punto desde donde el lenguaje se origina, la marca en la que el simbólico toma cuerpo, dicho de otro modo, lo que del cuerpo ha hecho de soporte al significante. Fue posible captar lo que, para la pasante, tuvo lugar del origen del discurso y tocó a lo real encontrándolo como imposible, en el soporte corporal del significante que falta en el otro, en la frontera del goce mortal. Lo real del corte se traduce como lo que aparece en el intervalo entre dos significantes, en su dimensión precisamente irreductible. Era un punto de hiancia respecto al que se trataba, para la pasante, de encontrar una solución para inscribir ahí su deseo sobre el deseo del Otro, en una marca de origen de la estructura. Eso tocó a la dimensión de afecto del deseo de Otra cosa, a la caída del significante que deviene signo.

Es porque el testimonio se orientó de forma muy precisa a partir del borde de la letra que el cartel se preguntó cuáles fueron sus efectos por los que sirvió de instrumento en la cura analítica, de qué manera estuvo habitada por el lenguaje. ¿Qué fue entonces lo singular de la letra que marcó y atravesó las generaciones para la pasante? La respuesta fue dada siguiendo el trayecto y los reenvíos de la letra en el recorrido analítico, en sus destinos con los efectos de real que ella produjo hasta en sus efectos de verdad.

Es lo que condujo a la vía de cómo se había construido el paño de los goces en la constitución del síntoma. Es el pasaje del goce a la contabilidad del inconsciente lo que fue evaluado, con sus efectos de textura: cómo el goce fue redistribuido en la carne significativa, en un soporte que tomaba su sustancia de la caída del objeto *a*. ¿Cuál ha sido la importancia de esa operación? Ella ha permitido en efecto al goce conectarse con el deseo, produciendo entonces efectos de verdad que se sostenían con lo que cae del saber.

Es así que se pudo seguir las metamorfosis de la marca de origen, su escritura en el cuerpo a través del recorrido analítico a medida que las elaboraciones la ordenaban en una sucesión significativa y la hacían incorporarse de un cuerpo a otro.

¿Qué es lo que pudo verificarse a partir de ahí? La marca interpretativa en los efectos de corte entre una verdad y eso que se desprende, en una manera de afectar el goce que se presentó cada vez de forma distinta en el recorrido analítico.

Ese saber que cernía lo real como imposible tuvo entonces efectos de corte sobre la pasante. El cartel advirtió hasta qué punto eran otra cosa que efectos del significante sobre el significado y cómo los efectos de pasaje eran producidos por el equívoco, a fin de que el incorporal se incorpore bajo la forma de efectos de separación. El filo de la enunciación se puso así en evidencia, el cual, como lo dice Lacan de un modo tan ajustado en Radiofonía “sólo toca el ser al hacerlo nacer de la falla que produce el ente al decirse” (Otros escritos, pág. 449).

¿Cuáles han sido entonces los efectos? La alienación al deseo del Otro fue conjugada con toda su fuerza, partiendo desde el principio de significantes extraídos de *lalangue*, la cual hizo un recorrido para encarnarlos, para vectorizar el agua del lenguaje en términos muy precisos. La huella de ese pasaje se sacó a la luz, del que el término mismo de “zanja” designaba el corte necesario para inscribir el pasaje del significante de un cuerpo al otro, alcanzando por ahí a la causa de deseo más allá de los restos. Lo que se puso en evidencia entonces, fueron los surcos y la estela de la letra produciendo efectos de borde entre su derecho y su revés, en la frontera entre lo mortal y lo viviente para asumirlo.

El testimonio alcanzó entonces los atravesamientos entre dos lenguas, de una lengua a otra. Apareció que el gozne de ese pasaje se situaba entre sentido y no-sentido. Es de esta manera que la pasante declinó su nombre propio, que el real se depositó por estar excluido del sentido.

Y lo que finalmente se demostró en acto en este testimonio, fueron los efectos de separación producidos en el lugar mismo de los significantes de la alienación. Fue eso lo que nos llevó a captar cómo para esta pasante, el discurso analítico se originaba al revés del discurso del Amo, en un levantamiento de la autoridad aplastante que viene del Otro. Es en el lugar preciso de una orden de callarse, que el objeto mirada fue movilizad al evidenciarse el “tragaluz”, la ventana del fantasma, en el agujero que atravesó las generaciones, hasta que los diferentes objetos cayeran en una declinación pulsional para dejar lugar al objeto voz puesto al trabajo al comprometerse con el psicoanálisis. Se pudo así advertir cómo la marca del síntoma a la entrada experimentó las metamorfosis debidas al trayecto de la letra y a sus efectos, para retornar a la salida al mismo borde, la marca como índice de separación con el partenaire y el Otro. Y es quizás así que se puede formular la singularidad de este testimonio, por haber dado cuenta de la producción de una marca propia en el análisis, diferente de la marca de entrada aún estando en el mismo borde, trazando así la huella del agujero del real.

CARTEL 2

Ecós y huellas

Anne LÓPEZ (Francia)

En nuestro cartel 2 del CIG no se ha producido aún una nominación de AE; eso contraría siempre un poco, pero sin embargo no desanima y llama a proseguir, aún. Nuestras jornadas de diciembre supieron, me parece, destacar la gran responsabilidad de los AME que designan pasadores y la pesada carga, pero entusiastamente, que corresponde a los pasadores, que asumen el testimonio y la transmisión. El pase es, con esos diferentes momentos y tiempos, un anudamiento de lo íntimo con lo éxtimo donde todas las partes son esenciales. A partir de diferentes ecos, estas jornadas, para algunos, han sido ocasión de encuentro. Ciertos analizantes han podido captar lo necesario que es tener una escuela que pueda ofrecer ese dispositivo y volverlo eficiente, y lo necesario de los vínculos de los miembros, el vínculo social en el que la causa es el psicoanálisis y el producto a poner a prueba, el analista.

En el pase, entre los pasantes nominados o no, hay una gran variedad en la elección del momento en el que están. Algunos hacen el pase estando aún en análisis, otros después de la separación efectuada con su analista, lo que no asegura en sí mismo que se haya producido la separación del analista, otros, mucho tiempo después, habiendo experimentado, ejercido su saber y hacer sintomático en un vínculo nuevo con los otros. Esto nos ofrece un campo extremadamente amplio de experiencias variadas. El largo *après-coup* de la cura permitiría leer lo que deviene el deseo del analista, los cambios en la vida, la permanencia o no de los efectos de la cura en la vida del sujeto. Si es preciso considerar cada pase de un modo muy singular, es para que entregue los impedimentos, enredos y el sufrimiento neurótico (de la angustia) , que abra a sus continuaciones (*suites*) y permita hacer con el real que golpea siempre en múltiples ocasiones.

Muy pocas cosas han variado en cuanto al procedimiento del pase después de que Lacan lo inventó en 1967. Lo que cambia, son más bien nuestras expectativas en cuanto a garantizar a un analizante en ese pasaje al analista. Y ello en función del trabajo de escuela sobre la enseñanza de Lacan a partir de los años 1970, que no anula pero relativiza ciertos puntos de la enseñanza anterior, o más bien nos hace releer de otro modo lo que ya estaba en puntos suspensivos; así si bien se trata de desmontar el fantasma, de que las identificaciones caigan, de localizar la alienación y separación en su alternancia a cernir hasta la separación real, debemos trabajar no obstante también lo que queda a menudo como la imaginarización de los fragmentos identificados del cuerpo como objetos pulsionales; en efecto, algunos se detienen ahí, donde justamente se trataría de proseguir, fantasma cernido sin duda pero “fracturado” por lo real del inconsciente. La separación tiene que ver justamente con el vaciamiento, el desanudamiento de la causa sin imagen especular como innombrable y se efectúa entre el ir y venir de ese agujero de la estructura S de gran A barrado y del pequeño a en tanto que sólo toma forma y consistencia de ausencia. Lacan habla en el Seminario 20 (p. 77 de la edición francesa) de la coalescencia entre a y S de gran A barrado, coalescencia que hace el juego de la psicología.

En relación a este punto, la contribución que aporta Ana Martínez Westerhausen nos demuestra bien lo que era la teoría del objeto – que era la concepción del pase en la Escuela de la Causa – donde se trataba de saber a qué objeto se había reducido el sujeto y como lo subraya C.Soler (Wunsch 8, p.21 versión francesa) eso no puede ser una condición de fin de

análisis. La cito” es haber percibido que el objeto hace agujero en el saber, y que entonces es justamente imposible decir lo que es ese objeto...Saberse objeto es entonces estrictamente equivalente a lo que nosotros llamamos la caída del sujeto supuesto saber”.

En un análisis hay todo el camino del deseo del Otro hasta el agotamiento de la demanda con el desciframiento inconsciente que trabaja para el goce-sentido y hay el posicionamiento del sujeto en lo real que ha respondido de un cierto modo, haciendo síntoma. Ahí está su respuesta particular, en un primer tiempo, atribuyó al Otro el sufrimiento de su síntoma, después, avanzando en el análisis, sabe que es de él, extrañamente de su propio goce de lo que se trata. Encuentro contingente que no está vinculado al deseo del Otro sino a ciertas marcas, huellas de las que se ha hecho (es efecto de) goce. La posición que el analizante toma entonces es la de su ética y el analista, aún conduciendo la dirección de la cura, no puede predecir lo que será esa posición nueva del sujeto. Ahí se encuentra una de las dificultades con la que nos encontramos en el trabajo del cartel del pase. Cómo atrapar ese punto singular de una nueva posición del sujeto cuando objeto y real no se dicen, no pudiendo sino cernirse como lugar en el conjunto del testimonio y como efecto sobre el sujeto, respuesta nueva del pasante.

Síntoma y decir interpretativo serían a hacer resonar por medio del fuera sentido. El analista responde “abrochando” por medio de su decir lo sonoro, lo oído para tocar “la articulación en el síntoma de los significantes (sin ningún sentido) que se encuentran apresados ahí” (J.Lacan- Posición del inconsciente). Se ve bien en este texto de Lacan ya las huellas del sujeto sintomático, huella de *lalangue* de donde ha emergido un *parlêtre*, un sujeto dividido para siempre pero anudado a un real sintomático del cual el cuerpo, haciendo eco de ello, ha tomado materia.

No alimentar de sentido al síntoma es lo que Lacan nos señala en su conferencia La Tercera, pues es la pendiente natural del neurótico al que le gustaría que la falta-falla fuera del Otro. El decir del analista está obligado a consonar, a hacer resonar algunos retazos y el depósito de *lalange*.

Recordemos que ya Freud insistió mucho sobre lo oído, lo visto. En Construcciones en análisis (en Resultados, ideas, problemas, tomo 2, pag 279, edición francesa) escribe: “No se ha apreciado aún ese carácter **quizás general** de la alucinación de ser el retorno de un acontecimiento olvidado de los primerísimos años, de alguna cosa que se ha visto o escuchado (o sentido, soy yo quien lo añade) en una época en la que apenas sabía hablar”, es decir fuera de sentido. Si tomamos la definición de Lacan a propósito de la alucinación – retorno en lo real de alguna cosa no simbolizada – se puede quizás pensar en esos retazos, fonemas de *lalangue* en su *moterialité* que han inscrito un cuerpo gozante sin que el Otro esté para nada.

Trabajar en cartel sobre los testimonios de los pasantes nos coloca en el corazón de la clínica, del lado del pasante, y en lo vivo de la ética del lado del analizante. Es cierto que bien pocas interpretaciones del analista nos son aportadas. ¿Es debido a un olvido del pasante, es debido a un demasiado silencio del analista? Y sin embargo me parece que cuando ha habido nominación de AE, en sus transmisiones como AE sobre los puntos cruciales destacan cada vez interpretaciones que tuvieron para ellos un efecto masivo, “sonado”, inolvidable, permitiéndoles un cambio radical de posición respecto al goce, y un punto de certeza.

Esta certeza queda por supuesto como una pregunta. ¿Es conclusiva, definitiva? ¿Da la talla respecto a lo real, abre al deseo de saber, su propio horror al saber finalmente cernido?

En los testimonios transmitidos, tenemos bien pocas pistas del momento de instalación en la práctica – siendo que la mayoría de los testimonios de pasante muestra que reciben como analistas – y menos aún de lo que les decide a proseguir, a mantener y re-elegir ese imposible analista. Incluso si el deseo es eso que no se puede formular claramente, es evidente que la manera y el estilo del analista cambian radicalmente cuando puede darse cuenta de cómo había funcionado hasta entonces como S barrado y cómo funciona a partir de S(A

barrado) como semblante de objeto, habiendo caído los ideales de complementariedad, de reparación, de sostén (sostener al Otro puede servir para el propio sostén).

El deseo del analista, metonimia del deseo orientado, se sostiene de un hilo, a menudo silencioso, tenaz, repetido por los cortes, por el decir interpretativo; se revela, podría decirse, “obstinado”. Los carteles del pase tienen la dificultad de saber si se trata de la buena obstinación sin miedo y sin angustia.

Traducción de Ana Martínez

Luis IZCOVICH (Francia)

Los dispersos disparejos

Es un hecho que la clínica cambia nuestra interpretación de los textos analíticos. Eso se llama la prueba por lo real. Y lo que desde Freud los analistas dijeron de más atinado, tiene que ver con esta perspectiva, a saber, cómo se puede recoger lo mejor posible un hecho clínico y traducirlo en concepto.

Del mismo modo, cada vez que se intenta aplicar un concepto a un nuevo hecho de discurso, se está enfrentado a elecciones: ¿puede aplicarse tal cual? Ya que la aplicación de un concepto sin tener en cuenta la experiencia eso se llama servirse de la doxa para hacer tapón. Es una de las comodidades que acecha nuestra experiencia como analistas y también la experiencia del pase, sea el pasante, el pasador y los miembros del cartel.

Es cierto que no se da a cada uno la capacidad de captar un hecho real y transmitirlo al mayor número. Lacan supo hacerlo reinventando cada vez el psicoanálisis y también considerando que su teoría no estaba nunca fijada. Su método es pues antidoxa. Y eso orienta nuestra posición en el psicoanálisis.

Si menciono estos puntos, a la hora de un balance de nuestro funcionamiento en el cartel del pase, es por dos razones. La primera es para indicar la forma en que operó nuestro cartel, el segundo más interesante en mi opinión, por más singular, es un efecto de la experiencia del pase sobre mi lectura de los textos.

Por lo que se refiere al cartel, oímos a los pasadores, sin una lectura común y previa de los textos. Cada miembro del cartel participó con su experiencia del análisis, sus lecturas, su relación a la causa analítica. No procedimos pues a ninguna puesta en común de la experiencia antes del encuentro con los pasadores.

Ciertamente, aparecieron durante el curso mismo de la experiencia, divergencias teóricas sobre la clínica que inevitablemente se refiere a los discursos, y se refirieron pues a la vez a la idea que cada cartelizante se hace sobre el pasante y también sobre el pasador. A veces incluso, los debates se refirieron a la estructura clínica. Lo cual no es sin interés pero eso no fue el corazón de nuestra experiencia. Lo que estuvo en el centro, para cada pase, es lo que es posible cernir como real de la experiencia que pueda certificar del deseo del analista. Y se constata de nuevo que si un caso de pase está en conexión con el real de la lengua o al menos intenta demostrarlo, la otra a pesar de sus demostraciones no convence al cartel sobre la divergencia – sin embargo anunciada por la pasante - en relación a lo que fue la tiranía de su fantasma. Más allá de las singularidades de las pasantes, existe una pendiente bastante general a hacer corresponder su caso a tal o cual momento de la enseñanza de Lacan, o incluso a la actualidad teórica que se difunde en la Escuela. No debe deplorarse. Su generalización deja pensar que se trata de un hecho de estructura y también es importante tenerlo en cuenta en nuestra política de los discursos.

No hubo por tanto, casillas de lectura para nuestro cartel del pase, como tampoco pase modelo, en el sentido donde en ningún momento intentamos hacer valer lo que sería un A.E. modelo en relación al cual los pasantes se mostraban en déficit. Es verdad también que hasta hoy nuestro cartel no ha procedido a un nombramiento de A.E. Pero mi acento es destacar nuestro método que no dudo en calificar también antidoxa.

Ahora, digamos que el no nombramiento es el caso más frecuente en la experiencia general del pase y eso desde sus principios, lo que plantea la pregunta de cómo es que el pase sigue interesando mientras que los nombramientos son tan poco numerosos.

Esta allí la coyuntura con el efecto de lectura que mencioné antes. Eso corresponde a otra manera de leer esta frase que me parece primordial para nuestra comunidad de Escuela. Se trata de la cita a menudo mencionada en *el Prólogo a la edición inglesa del Seminario XI*: "Por eso designé mediante el pase esa puesta a prueba de la hystorización del análisis, absteniéndome de imponer a todos dicho pase, porque en esta ocasión no existen todos, sino dispersos disparejos".⁵¹ Cómo oír este concepto de "dispersos disparejos" mientras que, como lo dije, y a pesar del número reducido de nombramientos, un número importante de analizantes deciden hacer el pase, y eso desde su invención hace treinta y cinco años. Es decir, ¿cómo se hace que los dispersos disparejos se reúnen en torno a una experiencia?

Es cierto que "dispersos disparejos" reenvía al soporte del deseo del analista. El deseo del analista es singular ya que lo que constituye su soporte, es la marca de lo real del sujeto, la marca traumática, es singular. Pero la marca es singular también porque cada final de análisis implica una marca singular.

Destaquemos pues esta paradoja ¿cómo esos reales tan distintos, los unos de los otros se enfrentan sin embargo, en gran número, a esta prueba que consiste en dar cuenta del pase al analista?

Básicamente, creo que la expresión "dispersos disparejos" plantea menos problemas que el hecho de tener que explicar cómo estos disparejos convergen en la experiencia del pase.

Ya que el término de dispersos reenvía etimológicamente a la dimensión de separación, necesaria para la conclusión del análisis. Lo que el pase demuestra es la separación de lo que fue la causa del sujeto, que se actualiza en la entrada en análisis y se radicaliza al final. El término de dispersos se origina también en el latín *spargere*, que quiere decir diseminar, esparcir.

Es decir, lo que se disemina es un elemento pero que procede de un conjunto. Así pues, lo que es disperso no implica que eso sea separado de manera absoluta de lo que era el origen, si no sería la errancia.

Un disperso sigue siendo un elemento salido de un conjunto. Por lo tanto, la pregunta crucial para el psicoanálisis es cómo es que los dispersos no se vuelven solo elementos dedicados a dispersarse, a funcionar a la deriva. ¿Qué es lo que fija pues los dispersos para evitar su extravío?

Es cierto que al calificar los dispersos de disparejos Lacan radicaliza aún más la dimensión de separación singular no dejando ningún lugar a lo que podría fundar una unidad. Eso deja pues el enigma de lo que podría hacer que los dispersos puedan en un momento determinado juntarse.

Ya que el término disparejos añade sobre la separación no con lo que era la causa, sino también con lo que podría permanecer de creencia de armonía con el semejante, lo que justifica la fórmula de Lacan en este mismo contexto de, "no todos".

Ahora bien, Lacan utiliza la expresión "dispersos disparejos" exactamente antes de mencionar aquellos que pueden testimoniar lo mejor posible de la verdad mentirosa. Entonces, tenemos una primera idea. Eso se refiere al hecho de que existe una imposibilidad

⁵¹ LACAN J., "Prólogo a la Edición inglesa", en: *Intervenciones y textos 2*, Ediciones Manantial, Argentina, 1991, p.62

radical de poner un estilo común para el A. E. No hay el grupo de los A. E., aunque a veces éstos creen reconocerse entre ellos. Eso implica también que no existe la marca A. E., del cual el cartel podría dar la etiqueta de conformidad. No hay etiqueta conforme a la lengua a la cual finalmente se habría accedido, no hay tampoco la etiqueta que certifica una satisfacción cuyo modelo se conoce. Se deduce pues que existen variedades de dar cuenta de la verdad mentirosa y sus consecuencias a nivel de la posición del sujeto. Es decir, el pase clínico, aquel que decide un pasante a hacer su demanda de pase, exige un franqueamiento, que si no es concluyente, sin embargo es sin retorno, aún es necesario que el pasante pueda demostrar que se trata de un efecto del análisis.

Querría hacer aún otra observación que me parece coherente con lo que dije antes. Es la cuestión de la marca, sobre la cual Lacan vuelve de nuevo en sucesivas ocasiones. Evocaré dos dimensiones relativas a la experiencia del análisis: antes y después del pase.

Antes del pase, basta con extraer el ejemplo del texto *Radiofonía* donde Lacan, con respecto al cristal de la lengua – lo que reenvía necesariamente a la lengua – menciona el tiempo que es necesario "para dejar huella de lo que ha dejado (défailli) de manifestarse primero".⁵² Lo que ha desfallecido, es lo que hace el ser del sujeto, por eso el tiempo de un análisis es el tiempo de hacerse a su marca, su marca como sujeto, el decir que hace su ser.

El tiempo que es necesario para hacerse a su ser es el índice del tiempo del análisis el tiempo que es necesario para que la experiencia haga rastro, marca de la experiencia. Lacan vuelve de nuevo sobre la marca en otro texto *la carta a los Italianos*, esta vez a propósito del pase. El contexto es preciso. Se trata de un deseo nuevo, adviene pues, como efecto del análisis y relativo a un ser – el analizante vuelto analista – desecho de la humanidad: "Ahí está la condición de la que por algún lado de sus aventuras, el analista debe llevar la marca. A su congéneres el "saber" encontrarla".⁵³ Por supuesto, según la construcción de la frase, que el "lado de sus aventuras", se refiere a la prueba del análisis. La marca pues que debe encontrarse, es una marca analítica, marca que afecta a la marca del trauma del sujeto.

¿Ahora a que reenvía el término de congéneres, es decir aquellos que son del mismo género? Es de los pasadores de que se trata, los que están en el pase aún en el momento antes de los pasantes supuestos A.E. Pero, cómo pueden ellos saber encontrar la marca si están antes del instante en que el pase se convierte en una evidencia? Hay que señalar que no se trata de saber sino de saber encontrar, o sea ser sensible a la diferencia producida por el efecto de un deseo. Es decir, el pasador ejemplifica lo que quiere decir operar con el no- saber, dimensión esencial en nuestra experiencia. Volveré sobre esto.

Lo constatamos en nuestro cartel, los pasadores mejor orientados no son los que saben más sobre la actualidad de la teoría analítica en nuestra Escuela, sino los que se dejan sorprender, y son capaces de restituir la sorpresa al cartel. Es la razón, sin duda, por la cual Lacan ha introducido a los pasadores en el dispositivo. Es también lo que constituye la objeción principal a las asociaciones analíticas que se dan aires de cómo funciona "su pase", o sea de un dispositivo donde un candidato habla de su análisis a un jurado. Los pasadores no son un obstáculo al pase, al contrario, ellos son lo que lo vuelven propicio. Esta es la razón por la que Lacan plantea que les corresponde el saber encontrar la marca.

Querría pues antes de concluir volver a la pregunta inicial. ¿Para qué los que llevan una marca singular, o según la fórmula de 76, los "dispersos disperejos", deciden converger en torno al pase, y más allá de hacer una comunidad analítica, mientras que la estructura lleva hacia la desunión, o incluso la dispersión?

Hay una razón. Es que el final del análisis no deja los sujetos a la deriva. Es simple pero es necesario decirlo luego justificar en que.

⁵² LACAN J. "Radiofonía", en: *Psicoanálisis Radiofonía y Televisión*. Editorial Anagrama Buenos Aires 1977, p. 48.

⁵³ LACAN J. "Note Italienne", in: *Autres Ecrits*, Editions du Seuil, Paris, 2001, p. 308.

Es patente por ejemplo que Lacan se sirve de la misma formulación para designar el final del análisis y lo que sería el punto común a todos los analistas. Así pues, en la penúltima lección del Seminario Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Lacan plantea que lo esencial para concluir es que el sujeto vea a cuál significante irreducible se somete. Luego, una semana más tarde, en la última lección, con respecto al deseo del analista como deseo de la diferencia absoluta, Lacan formula que ésta se produce cuando el sujeto enfrentado al significante primordial, accede por primera vez a la posición de sujeción a él.

Es necesario convenir que la expresión “accede por primera vez a la posición de sujeción a él”,⁵⁴ o “Es esencial que el sujeto vea, más allá de esta significación, a que significante – sin sentido, irreducible, traumático – está sujeto como sujeto”⁵⁵ no es en absoluto la misma cosa. En la primera expresión el acento es doble, está sobre la dimensión de la posición del sujeto, la decisión inconsciente insondable, y también sobre el hecho de que llega por primera vez. Y si es la primera vez, queda claro que es un efecto del análisis, y por lo tanto es el pasante quien da cuenta y al cartel intentar cernir los efectos.

Ahora bien, esta dimensión de lo singular no excluye que Lacan plantea al final de su Seminario *O- Peor*, la pregunta de lo que vincula analizante y analista, que es lo que atrapa los cuerpos. Es allí que plantea que somos hijos del discurso. ¿No está allí una formulación que se refiere también al vínculo entre los analistas, un vínculo basado en otras necesidades que las del grupo?

Hijos del discurso pues, es lo que explica que se persevera tiempo con el pase, y al mismo tiempo lo que explica que los candidatos perseveran a hacer comunidad de Escuela independientemente de su suerte en cuanto a su nombramiento o no. Es sin duda la principal lección del pase y que relativiza la cuestión de ser nombrado o no. Se trata sobre todo, en el pase, de hacer reconocer una afiliación al discurso analítico.

Me parece por otra parte que es la razón por la cual Lacan retoma la dimensión del sometimiento en un texto aparecido el mismo año que *la Carta a los Italianos*, donde menciona, como lo dije, la marca que debe encontrarse en el pase. Se trata de *la Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los Escritos*. Lacan menciona la dimensión de desecho de la humanidad por otra vía puesto que coloca al analista como “inclasable”⁵⁶ en los otros discursos, o sea que él les ex-siste. No obstante, da una definición del analista que no se limita a señalar con relación a que se vuelve excluido. El dice así: “los hablantes que se encuentran sujetos a este discurso analítico”,⁵⁷ luego menciona su posición, como analista, y no es el único a serlo, como “sujeto de este discurso”.

Se constata pues un hilo constante en Lacan que plantea el sujeto al final del análisis como sujeto al significante traumático, luego los analistas como hijos de discurso así como los analistas sujetos al discurso analítico. Por ello podemos volver de nuevo a la experiencia del pase donde cada uno tiene la oportunidad de demostrar, cómo se ha hecho sujeto de ese discurso, cómo lo ha pasado a serlo, cómo pues se ha sujetado. Es lo que se ubica en los testimonios de pase, que haya nominación o no.

Por último, eso pone de manifiesto una vez más, que el pase en su esencia no es el lugar donde se miden los efectos terapéuticos del análisis, ni el lugar donde se demuestra la estructura clínica del pasante. Quizá no es la dimensión del nombramiento la que es crucial. Por el contrario, es un hecho certificado que si el pase existe, y sigue aún suscitando el interés, es porque en efecto, los "dispersos disparejos", se hacen sujetos de un discurso. Y el discurso

⁵⁴ LACAN J., *el Seminario, Libro XI, los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Ediciones Paidós, B.A. 2003. p.284.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 226.

⁵⁶ N.T. El término “inclasable” en francés quiere decir literalmente que no se puede poner en casillas.

⁵⁷ LACAN J., “Introducción a la Edición alemana de un primer volumen de los Escritos”, en: *Autres Ecrits*, Op. Cit., p. 555.

analítico, para aquellos concernidos por la Escuela, no está disociado del pase, y añadiré del pase en nuestra Escuela, lo que no lo vuelve sin embargo obligatorio. Es lo que explica que si la heterogeneidad de los testimonios es el índice de una unidad imposible, la pregunta que permanece es cómo, uno por uno cada uno se ha convertido en hijo del discurso. Que más o menos pasantes sean nombrados, es a este respecto incluso secundario. Por otra parte, una pregunta permanece aún en nuestro programa de Escuela: nuestros A.E. lograron la apuesta que consiste en testimoniar de los puntos vivos del psicoanálisis, sería la verdadera diferencia entre un nombramiento y un no nombramiento. Tengamos en cuenta que en general, hay una pendiente de los A.E., desde siempre a demostrar cómo su caso explica la doctrina. Lo que queda por probar, y sería interesante crear las condiciones de posibilidad, es que a la luz de la experiencia del no-saber de los pasadores cuya pregunta mencioné antes, nuestros A.E. aborden los puntos vivos a partir de su relación a lo no-sabido.

Traducción de Patricia Muñoz

Patricia MUÑOZ (Colombia)

Efectos del dispositivo del pase “Deterioros”

Es innegable el alcance que tiene la experiencia del pase, el peso que tiene y su trascendencia. Presentarse al pase está íntimamente ligado a la relación que se tiene con el psicoanálisis y por consiguiente con la Escuela. Esta experiencia pone a prueba la Escuela misma, la formación que ella dispensa y concierne a todos sus miembros, Lacan logró con el pase que no olvidemos ese acto que fue el paso de analizante a analista, para evitar así la pendiente hacia el analista funcionario del discurso analítico, al terapeuta.

El tema de nuestro Cartel⁵⁸ es “Lo real en el pase”, ese real que se manifiesta en ese tiempo de pasaje de analizante a analista, que debe pasar del pasante a los pasadores y al Cartel del pase, en ésta experiencia de transmisión inédita. Lo real en el pase como dispositivo, en sus diferentes momentos y encuentros: el pasante con cada uno de los pasadores, los pasadores con el Cartel del pase y el trabajo entre los miembros del Cartel del pase. Real como imposible, como lo que concluimos luego de nuestra experiencia con el saber, durante todo el tiempo del desciframiento, que la Verdad es un decir a medias, que lo real no se puede saber, sólo cernirlo y que solo es posible saber de él por sus manifestaciones. Algo que se revela para sorpresa del mismo sujeto. Y que además *no sabe porque punta asirla*⁵⁹, no sabe cómo agarrarlo.

Es la segunda vez que formo parte de los Carteles del pase en nuestra Escuela, la primera vez nuestro Cartel nombró un solo AE, en ésta oportunidad aunque no haya habido nominaciones es posible reflexionar sobre los efectos de esa experiencia y sacar de allí una enseñanza. Me interesa el efecto que se produce cuando no hay nominación, tanto sobre los los pasantes no nominados como sobre los miembros del Cartel.

Parto de la idea de que lo esencial en el dispositivo del pase no es el nombramiento, sino aislar “lo que concierne al discurso analítico, su especificidad, y poder hacer una elaboración y acumulación de la experiencia”.⁶⁰ Comparto lo que nos dice Luis Izcovich en su texto “La doxa y la comunidad de Escuela”, publicado en Wunsch 11, nos dice “Yo no pienso que nuestro interés personal en mantener el pase sea la cuestión de la nominación, sino más bien

⁵⁸ Carel 2 del período 2010-2011.

⁵⁹ Lacan J. “Sobre la experiencia del pase”. La Gran Motte. Ornicar 1 pág. 32-39,

*Nota, todas las palabras en itálica serán tomadas de éste texto.

⁶⁰ Lacan J. “La proposición”. En el directorio IF-EPFCL. (2008-2010) p.269.

instruirnos, como lo quería Lacan, sobre lo que decide a un analizante a dar el paso y devenir analista”.

Iniciaré con los posibles efectos sobre los pasadores. ¿Qué empuja a alguien que ha terminado su análisis a presentarse al pase? Responder a esta pregunta nos puede dar claves para encontrar que es lo que espera o se quiere obtener, cuáles son las expectativas de quien solicita hacer el pase. El cartel no tiene la posibilidad de preguntarlo al pasante, pero es posible que los pasadores hayan hecho la pregunta⁶¹. Quien la tiene que hacer necesariamente es el miembro del secretariado del pase que recibe la demanda de hacer el pase. Suponemos que quien se presenta ha terminado todo el recorrido, ha obtenido un saber, aunque sea incompleto, ha rasurado todo el sentido y quiere testimoniar de esa experiencia singular que es el paso de analizante a analista o de las transformaciones experimentadas que podrían hacer posible ocupar esa posición.

En nuestra experiencia como cartel, se puede escuchar la posición fantasmática bien clara y articulada, la estrategia que se utilizó frente al deseo del Otro, el encuentro con la falta en el Otro; sin embargo en algunos casos, no se puede localizar una separación del Otro. Hay testimonios en los que se puede detectar que se trata de utilizar el dispositivo del pase para lograr una separación que no se ha podido hacer aún en el análisis, seguramente hacer ésta experiencia puede ayudar a situarse en la estructura, pero es importante seguir aún con el análisis. El cartel puede en su respuesta indicarlo.

Otras dificultades se manifiestan algunas veces, como los impases de la relación de pareja que siguen sin modificación a pesar del largo trabajo de análisis, pues se sigue esperando que sea posible la relación sexual. Pudo haber un desciframiento de los significantes del inconsciente y una elaboración, pero no haber llegado al encuentro con lo real como imposible. Es ineludible el encuentro con la castración, la no- relación sexual y la imposibilidad del saber. También se puede saber sobre el objeto de goce y sus modificaciones pero sin haber transformado la relación con ese objeto, si no se han sacado las conclusiones, del paso del impase al pase y a la posibilidad del acto, allí no puede haber nominación posible.

Pueden ser notorios los beneficios terapéuticos del análisis, lo cual es innegable y son bienvenidos, pero esos beneficios no son los que permiten el surgimiento del deseo del analista y la posibilidad de ocupar ese lugar de analista. Eso hace resonar la afirmación de Lacan en la Nota a los Italianos “pudo haber análisis pero analista ni por asomo”,⁶² de allí se deduce que no es haber hecho un análisis lo que permite la transformación en relación al saber que condiciona el acto.

En cuanto a los miembros del Cartel del Pase, se ha hablado mucho dentro de nuestra comunidad del afecto de satisfacción o de entusiasmo del Cartel cuando hay nominación, pero ¿cuando no la hay? ¿Cuándo lo que se siente es decepción? La decepción que implica haber tenido una esperanza, o más bien una espera de nominación, un deseo de nominación, que se debe interrogar como dice Nicole Bousseyroux, en su texto “Satisfacer los casos de urgencia” en W 11. Hay una anticipación temporal de lo que se espera sin duda, constituido por una promesa. ¿Es una espera de que?, de poder captar el acto en el tiempo en que se produce⁶³, el Cartel no debe esperar algo específico, para que pueda ser posible la sorpresa, sorpresa que tiene que ver con lo inédito y lo inesperado, teniendo en cuenta la singularidad y por lo tanto la variedad.

Mucho se ha dicho también acerca de la no nominación: Que algo no pudo pasar, que el pasante no pudo transmitir, que los pasadores no supieron interrogar al pasante, que el Cartel no escucho. Por eso creo que hay allí algo que apunta al azar, al encuentro y a la contingencia que se juega a todos los niveles de ésta experiencia. Pero sabemos que, como nos

⁶¹ Philippe Corine. ¿Por qué presentarse al pase? Wunsch 9. P 13.

⁶² Lacan J. Nota a los italianos. En el directorio IF-EPFCL. (2008-2010) 301,

⁶³ Lacan J. Discurso a la EFP. P. En el directorio IF-EPFCL. (2008-2010) 287.

dice Lacan, “en cuanto a lo que depende de la buena suerte, la esperanza no tendría allí ninguna posibilidad, lo que basta para tornarla inútil, o sea para no permitirla”.⁶⁴

El título de esta reflexión “Efectos del dispositivo del pase” apunta a lo que el mismo Lacan encuentra como consecuencias del paso por el pase, nos dice, que el resultado es algo *enteramente nuevo*⁶⁵, y en todos produjo efecto. Un efecto de afecto en todos los que participan en esta experiencia y que nombra de diferentes maneras dice, *perplejidad y confusión* refiriéndose a los jurados de confirmación (cartel del pase), *experiencia absolutamente conmoviente, e inolvidable* refiriéndose a los pasantes. Desde que se le ha dado la palabra también a los pasadores, se puede constatar que para ellos también tiene un efecto innegable. Señala además, que lo que se ha obtenido en ésta experiencia no tiene nada que ver con el discurso del amo y mucho menos del dómine (dominio).

Para terminar, explico el subtítulo de mi reflexión “Deterioros”, es tomado de la conferencia de Lacan sobre la experiencia del pase en el congreso de la Gran Motte⁶⁶, seguro que todos lo conocen, allí dice aunque éstos efectos (los efectos del pase) sean *deterioros*, para nosotros de la especie humana “*el deterioro es lo mejor que nos puede suceder*” y nos dice que él está “*con los deterioros auestas ya que se la pasa pasando el pase*”. Etimológicamente Deter se forma sobre la proposición “de” que expresa la idea de separación con descenso, y el sufijo comparativo “ior”, que es un descenso a lo peor. Deterioro es una palabra fuerte es un efecto que produce mella, mengua, menoscabo, que como dice Lacan, es propio a los que somos seres hablantes y que desde que hablamos estamos *jodidos*. Subrayo la idea de separación que hay en la proposición, “de” apunta a esa posición de desamparo, cuando ya no se espera ayuda de nadie, y al analista como desecho que se criba en el desperdicio⁶⁷.

Refiriéndose a la posición del analista nos dice: que es una posición dramática, “*...que conquisten la justa situación de depuración, de “despojamiento”, diría yo, que es la del analista, en la medida en que se trata de un hombre entre otros, que debe saber que no es saber ni consciencia, sino que depende tanto del deseo del Otro como de su palabra*”⁶⁸.

CARTEL 3

Albert NGUYÊN (Francia)

Buenas sorpresas⁶⁹

La Escuela a prueba del pase, podría enunciarse sencillamente: el pase como prueba de la Escuela. Lo hemos podido verificar en el cartel del pase que ha juzgado pasantes franceses, si bien estaba compuesto por dos franceses, una española, un italiano y un venezolano, constatándose que el origen lingüístico de sus miembros no estorbó en absoluto el trabajo de elaboración del cartel.

Cartel rico en enseñanzas del que quisiera extraer algunos hilos y someterlos a discusión: lo que pasó en el curso del trabajo dejó su marca en este cartel y debo decir de entrada que resulté a la vez reconfortado y empujado al trabajo de elaboración por lo que escuché, más allá de la nominación de AE que pronunciamos. Los testimonios tocaron cuestiones vivas de la

⁶⁴ Lacan J. Psicoanálisis. Radiofonía y Televisión. Ed. Anagrama. Barcelona 1977. Pág. 132.

⁶⁵ Lacan J. “Sobre la experiencia del pase”. La Gran Motte. Ornicar 1 pág. 32-39

⁶⁶ Lacan J. “Sobre la experiencia del pase”. La Gran Motte. Ornicar 1 pág. 32-39

⁶⁷ Lacan J, Nota a los Italianos, Ob. Cit.

⁶⁸ Lacan J. Mi enseñanza. Ed. Paidós, B.A. 2007.

⁶⁹ Este texto es una versión retocada de la intervención realizada en Barcelona, enero 2012, en el marco del Seminario de Escuela itinerante bajo la responsabilidad de Cora Aguerre

experiencia del pase. Debo decir, después de haber estado en varios carteles del pase, que por primera vez he podido tomar la medida del hecho de que la experiencia del pase va mucho más allá de los testimonios de los pasadores en la medida en que el pase, tal como Lacan lo quiso, puede prolongarse hasta aquello que convendría llamar “la experiencia del cartel del pase” y experiencia quiere decir que la dimensión de un real está incluida.

Después de más de 10 años de práctica del pase, hay que reconocer el golpe de genio de Lacan, y con esta perspectiva, lo que se revela es simple: cada dimensión, cada estrato, de la experiencia es crucial. La seriación de los pases permite decir:

que el lugar que ocupa y la posición del pasador es crucial

que el estilo del pasante es crucial

pero también que el cartel es crucial y ello a varios títulos:

- en la acogida a los pasadores y a lo que éstos dicen
- en las preguntas u observaciones que les son propuestas (al pasador) y que tienen el mérito de permitir aclarar zonas del testimonio que quedaron en la sombra o insuficientemente articuladas
- en el trabajo de elaboración de cada pase
- en la fórmula final que el cartel entrega, la cual no puede ni debe ser una fórmula preestablecida, estandarizada

Algunas observaciones, cuatro

La primera observación que me inspira esto es la siguiente: **toda la experiencia del pase está ligada al tiempo**, como la transferencia, a la ternaridad del tiempo lógico, al que añado una cuarta dimensión que yo llamaría – y la experiencia del cartel que acabamos de hacer va en ese sentido – **el momento oportuno** (que surge de la filosofía clásica china, que F. Jullien valorizó)

Este momento oportuno no llega solamente al final, llega antes del fin a propósito de la designación de un analizante como pasador (sobre este punto habría mucha que decir y no creo que el debate del tercer Encuentro de Escuela haya permitido cernir todos los parámetros), llega en el momento en que el analizante se presenta al pase (y sobre este punto el último cartel nos ha enseñado cosas muy importantes), y llega también en las *suites* cuando el/la pasante elige decir lo que son las *suites* de la cura después de haberse presentado al pase, haya habido nominación o no.

La segunda observación, respecto a la cual avanzaré con prudencia, concierne al cartel. Antes del encuentro debatíamos en la Escuela sobre lo que el cartel escucha o no escucha, sobre el entre-sí del cartel, sobre la cuestión de los dispersos desemparejados (*des épars désassortis*) y digámoslo también sobre lo que el Cartel escucha del Decir más allá de los dichos del testimonio. He dicho “con prudencia” pues hay, en lo que el cartel puede extraer de un pase, muchas contingencias, ligadas al pasante, al pasador, a la disponibilidad y competencia de aquellos que lo componen, a lo que su propio análisis y sus *suites* han enseñado a cada uno de sus miembros.

Dos observaciones más son a mi entender esenciales:

1. La extraordinaria reducción que permite el procedimiento y que se salda con una o dos frases expedidas por el cartel, de donde la extrema importancia de ajustar lo más posible la respuesta a lo que se ha escuchado de la dinámica de la cura. Una o dos décadas, incluso más, de análisis se resumen en 2 o 3 encuentros, es decir entre 4 a 6 horas que dan lugar a una exposición de alrededor de 1 hora de duración. A continuación sigue una elaboración más o menos larga y se concluye con un enunciado que se intenta ajustar al testimonio. La importancia del enunciado se basa en que su formulación puede conllevar grandes cambios no sólo para la práctica del analista sino también en la vida del pasante.

2. Hoy veo con más claridad, que la experiencia del pase, tal como lo pusimos en el título de nuestra Jornada, pone a prueba a la Escuela, pero que **es también la prueba**, la prueba de la vitalidad de la Escuela y la prueba de lo que puede elaborarse de saber sobre el inconsciente en la comunidad de Escuela.

La fórmula es simple y eficaz: la experiencia, en lo que ella supone para los miembros del cartel de deseo de saber venciendo el horror propio a cada uno, de dejar de lado los Egos y los narcisismos deletéreos, la experiencia es más difícil (y yo creo que hay que estar siempre atentos y vigilar las desviaciones eventuales entre las fórmulas y la experiencia). Pero, y esto es lo que les quiero decir, aquí, en Barcelona, la experiencia de la Escuela internacional es posible porque la experiencia del pase internacional es posible y puede revelarse fructífera. Puede revelarse fructífera, desarrollaré esto en mi segunda parte, a la vez por el saber singular que produce, el cual interroga al saber constituido que deviene rápidamente doxa, pero también por lo que saca a la luz de la dimensión de Real, de la relación al Real que mantiene un sujeto al final del análisis: si el Real no se enuncia tal cual y se presenta bajo la modalidad de lo imposible, esto no impide sin embargo que la relación del pasante con lo real pueda evaluarse:

- en la vida sexual, a partir de cambios ocurridos en su vida y del punto central que resalte el pasante
- en el estilo (es la cuestión del poema que él es y que se escribe aunque tenga aires de sujeto del Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI)
- en los restos que van a dar lugar a las suites sobre los que no se puede prejuzgar, pero que se apoyan sobre la dimensión de no-saber de la cual el fin de análisis debe poder dar cuenta.

Lo que yo añadiría en lo que concierne al pase, es que **el pasador es de Escuela**, que el pasante sabe en qué Escuela presenta el pase, y que en consecuencia importa también que las opciones teóricas de la Escuela se expongan y sean discutidas lo más ampliamente posible, en los Seminarios por ejemplo. Esto quiere decir que no hay, en mi opinión, pase *ex nihilo*, sino por el contrario un **pase de Escuela** y añado que un pase de Escuela no puede entenderse más que bajo la perspectiva de una puesta al día de un saber nuevo que requiere un trabajo individual y colectivo de elaboración de dicho saber. Para terminar diré que este trabajo no puede hacerse sino bajo el control de la dirección de la cura y el acto, de las condiciones de posibilidad que han abierto al acto analítico.

Voy ahora a mi segunda parte, voy a hablarles de ese último cartel del pase, en relación a tres puntos: el primero a propósito de un pasador, el segundo a propósito de eso que llamo el momento oportuno del pase, y el tercero para indicar en qué es a veces necesario hacer una vuelta suplementaria para que el cartel pueda concluir.

Efectos del cartel del pase

Cómo pasa: Quiero evocar aquí lo que un pasador nos transmitió y la calidad de su testimonio, que tocó al cartel. Para comenzar es necesario decir que ese testimonio no tenía nada que ver con el escuchado del otro pasador. Este pasador ha intentado hacer pasar lo que le había atravesado a nivel del registro de los afectos, de un modo tal que le llevó a decir que este pase le había revelado cosas que ella ignoraba completamente, que no había ni tan siquiera sospechado y que tuvieron como efecto el descubrirle lo que verdaderamente es el pase. “Jamás hubiera imaginado un testimonio tal”. Este testimonio, nos dijo, será “inolvidable”: experiencia que la descoloca –sobre la que no puedo decir más por razones de discreción – que cambió su relación al pase e incluso al psicoanálisis. El testimonio auténtico del pasante, ella lo recibió como una rotunda sacudida, pero – y eso es lo importante – no por ello se le escapó esa autenticidad ni se inhibió: el pasador está en la brecha, en la tarea de resolver su fin

de análisis, su sensibilidad le permite no dejar escapar lo que el pasante articula de su experiencia.

Ella nos lo transmitió, desbordada aún por la emoción durante su testimonio, con una sinceridad, una modestia y una dignidad que el cartel destacó.

En el fondo, lo que dijimos bien pronto fue que ella nos había mostrado lo que es, lo que debería ser, un pasador: alguien que no pretende analizar al pasante, que no está inhibido, que no busca reencontrar en el pase lo que sabe de la teoría, sino que acoge justo lo que el pasante trae de su experiencia: el pasador registra, pero no solamente (hace eso). Se ve bien que la virtud, la eficacia de este testimonio se basa en habernos pasado aquello con lo que ella se encontró, pero también lo que no comprendía y sin embargo experimentaba y que para el cartel servía de prueba, no tanto de un fin de análisis como del esfuerzo y el efecto de transmisión que había tenido lugar y que este pasador indicaba de la mejor manera por esos límites que experimentaba en ella misma y que decía, con una voluntad marcada de hacernos captar la potencia de ese análisis.

Creo poder decir que ella consiguió hacer pasar lo que le había sido transmitido, no solamente porque resultó tocada/afectada, sino sobre todo porque cambió/modificó al cartel: ninguno de sus miembros salió indemne de este testimonio y cada uno pudo decir a continuación hasta qué punto la función del pasador había estado presentificada ahí, justificando lo que yo decía de lo crucial de esa posición.

El corolario de esto es: todos los pasadores no son equivalentes, lo hemos verificado y pienso que eso debe ser una preocupación constante de los AME y AE de la Escuela: la designación de un pasador es muy importante, y debe darse en el momento justo, en el momento en que la mutación subjetiva es localizable en la cura del pasador, pero también en función de la posición de ese pasador en relación a la Escuela. Son las condiciones requeridas para que el pasador pueda dar parte de su asombro, de su no-saber: el mejor pasador es aquel que transmite sin saber demasiado lo que transmite ni porqué eso le afecta, y el efecto se hará notar en su cura y en su relación al análisis: nada de un pasador funcionario. Hemos hablado de esto (funcionario) referido al AME, creo que puede extenderse al pasador. El efecto de transmisión pasa al cartel: el afecto de angustia, de tristeza, de descoloque del pasador provoca el deseo del cartel, su entusiasmo y su satisfacción por la experiencia...y quizás una exigencia acrecentada en cuanto a la calidad de los pasadores.

Segundo punto: el momento oportuno

Lo que evoco aquí es nada menos que un pesar, un pesar relativo a que un analizante se comprometa con el pase demasiado pronto o demasiado tarde. ¿existe un buen momento, el momento justo, para hacer el pase? No es posible ningún criterio al respecto, porque la demanda de pase responde sin duda a un momento particular, pero creo que se puede decir que el deseo de pase “de-pasa” (sobrepasa) al pasante que por otra parte se va a encontrar con la contingencia desde el momento mismo en que tira a suertes sus pasadores.

Puede ocurrir que un analizante se comprometa a hacer el pase porque se hayan producido cambios muy importantes en su cura, la posición de goce puede haber basculado del lado de la vida allí donde dominaba la muerte hasta entonces, puede haberse resuelto la cuestión edípica, y ese analizante puede estar muy al corriente del pase y de la Escuela, y entonces se compromete claramente. El pasaje al analista y la cuestión del deseo del analista por el contrario pueden ser discretos, y el riesgo de conformidad a los ideales de la Escuela existe. En realidad lo que se revela ahí, es que no basta con querer el pase, no basta con querer acabar su análisis, aún falta haber podido dar cuenta de cómo está tratado lo Real del sexo, eso que ha permitido el atravesamiento del fantasma y las consecuencias que de ello derivan. Antes de pedir el pase falta aún asegurarse de que no se haya dejado de lado algún acontecimiento importante que no haya sido analizado, elaborado.

¿Qué concluir? Me parece que el momento oportuno para presentarse al pase no puede no comportar su parte de imposibilidad, de Real en juego, anudado a una dimensión (dit-mension) de la prisa. Pero la prisa no es la precipitación. En el fondo lo que me parece exigible es un puro deseo de transmitir, mucho más que un saber lo que se va a transmitir. El momento oportuno tiene que ver con el límite del sentido que debe haber sido alcanzado, y por tanto con el momento en que el pasante está en el paso de poder afrontar eso que no sabe: el pase es el lugar donde un pasante puede testimoniar ciertamente de lo que el análisis ha resuelto, pero también de lo que no ha resuelto, si no ¿por qué y cómo hablar de goce residual? La identificación al síntoma supone haberse hecho una idea precisamente de aquello que del goce no está erradicado y que justamente va a condicionar las *suites* del análisis.

Último punto: el fin por la vuelta suplementaria

Voy a ir aquí bastante deprisa y participarles una sorpresa que tiene que ver con una demanda de pase que se hizo muchos años después del fin de análisis. No voy a hablar de ese pase, simplemente acentuar lo que me ha enseñado entre otras cosas y que concierne de nuevo a esa cuestión del momento oportuno, muchos años separan (en este caso) el fin de análisis y la entrada en el pase. ¿Qué es lo que puede empujar a alguien al pase tanto tiempo después del final de la experiencia? Pues bien, lo que nos mostró esa cura es que a veces hace falta un cierto tiempo para que “*les suites*”...que estaban directamente implicadas por el final de la experiencia, se produzcan: es el tiempo que necesita este pasante para darse cuenta de que la demanda de la Escuela en relación al pase cae y no interviene más en su demanda de pase, que su práctica de analista ha sido modificada por ese final, que su vida ha cambiado también de estilo y ella viene a verificar esto en el procedimiento.

Puedo añadir también que un sueño que le sobreviene después del fin no es ajeno a la demanda de pase, sueño que verificaba la caída del sentido, y dejaba al sujeto fuera de la captura del Otro. Había hecho falta antes que cayera la identificación al padre, a partir de un chiste soltado por ese padre.

Este sujeto había aislado también un significante particular, el de “bucle” en relación a sus cabellos, que me condujo, en la medida en que el pasante no lo había articulado, a pedir una vuelta, un bucle suplementario por medio del pasador: hacer cumplir una vuelta suplementaria para obtener indicaciones sobre lo que llamamos “*las suites*”: por ahí pudimos captar lo que se verificó en el intervalo, pero también lo que queda de inverificable, un “hasta nunca” que es un “para siempre” del Real que no reenvía a un tiempo infinito sino por el contrario al encuentro, si puedo decirlo así en todas las esquinas de la calle, de la necesidad de verificar, a merced de los encuentros con lo real.

Lo remarcable de este caso radica en ese alargamiento del tiempo para comprender antes de poder concluir por el pase. Y el pase se verificará aún, por ser el lugar de surgimiento de la angustia, de ese afecto que se presenta por sorpresa a testimoniar que el real que le sobreviene en el testimonio no ha detenido a la pasante, la cual tuvo el recurso de solicitar a su pasador para reducirla.

Para concluir: el no-saber y sus *suites*

Si el análisis es adquisición de saber que da sentido, es también el lugar donde se revela un saber sin que ningún sujeto lo sepa (eso que llamamos ahora el ICS real ligado a *lalangue*), y es también lo que augura *suites* a partir de ese punto de no-saber irreductible. En la medida en que ese punto de no-saber permanece inaccesible al análisis, punto de Real que constituye en el simbólico la *Urverdrängung* y en el imaginario algo como el “medio callarse (*mi-s'-taire* = misterio) del cuerpo parlante” y de la vida, la cuestión de las *suites* deviene crucial:

1. porque el análisis cambia la vida del sujeto (Cora Aguerre ha testimoniado de ello en este Seminario)

2. porque confiere al sujeto una singularidad (Sol Aparicio les ha hablado de ello)
3. porque el procedimiento propuesto por Lacan para un nuevo modo de selección de los analistas vuelve vivo al psicoanálisis en tanto que experiencia (no es esotérica) que vale la pena de ser vivida e intentada, experiencia única en tanto que tal en la medida en que el análisis permite entrar auténticamente y ya no más neuróticamente en el lazo social.

Y será necesario en el futuro hablar de lo que el análisis aporta de nuevo al lazo social. ¿Qué es un lazo social, por el hecho mismo que el Otro permanece Otro, radicalmente Otro, por lo tanto un lazo social que ya no está más en la ignorancia o en la fobia a lo Real, sino en el consentimiento al hecho de que lo Real cambia, transforma la relación entre los *parlêtres*?

¿Qué es lo interhumano a partir del momento en que el análisis ha explorado los horrores de los que el hombre es capaz después de los orígenes de la historia por una parte y por otra parte sacar a la luz el lazo indefectible del sexo con la muerte, de la vida con la muerte?

El rasgo de humanidad es lo que responde del Real, responde a lo Real, pues frente a lo Real es necesario tener con qué responder. El rasgo de humanidad está vinculado a la marca, a la lengua, es un rasgo ético, fundado sobre la responsabilidad sexual del sujeto. Es a lo que puede conducir un análisis, más allá de sacar a la luz ese rasgo, ese **saber del Decir** que existe en los dichos, y más allá de sacar a la luz este rasgo, a la experiencia de una forma de vivir la vida (*vivance*) que sabe de la muerte, incluso si ésta no se ha probado.

Traducción de Ana Martínez

Ana MARTÍNEZ (España)

Primera réplica

El texto de Albert Nguyên me da pie para expresar a mi vez algunas cuestiones que he aprendido en mi reciente experiencia en el dispositivo pase.

Es la segunda vez que formo parte de un Cartel del pase, casi una década después de la primera, y puedo decir que en esta ocasión me he sentido más cómoda y libre a la hora de intervenir con los pasadores y con los colegas del Cartel. Por otra parte me ha parecido que disponía de una capacidad de escucha más amplia de los testimonios transmitidos por los pasadores, así como de un oído más fino para la discriminación de los registros de enunciación. Entiendo que esta diferencia es un efecto de los diez años de rodaje del pase en la EPFCL, un pase que se va asentando a nivel colectivo, que va perdiendo las notas de idealización y prevención que hubiera podido tener al inicio y va generando un depósito de saber vivenciado que atraviesa a los analistas que en él participan a diversos títulos, analistas que ya comienzan a ser muchos.

La segunda observación se refiere a los pasadores. No soy desde luego la primera en subrayar el impacto de la extrema variedad de los pasadores, pero en esta ocasión se me ha hecho muy patente su diferencia ordenada en torno a dos polos: aquellos en los que se prioriza la ordenación consciente del testimonio, tanto a nivel de la escucha del pasante como de la transmisión al Cartel, y aquellos otros en los que se impone un relato no tan calculado, no muy preparado, una cierta espontaneidad, mostrando sin pretenderlo cómo han quedado atravesados, tocados, por la experiencia del pase, aspecto también destacado por Albert Nguyên. Este segundo modo de hacer de pasador me parece concordar bien con la función de “placa sensible”, en tanto su supuesta sensibilidad permitiría recoger más ampliamente los diversos matices y registros de los enunciados y la enunciación del pasante. Parecería en principio que esta modalidad de pasador sería la más idónea para cumplir con una transmisión

ajustada a la experiencia del pase, y así lo creo, a condición de que los miembros del Cartel sean capaces de distinguir, ante un relato del pasador impregnado de notas afectivas, entre lo que es efecto/afecto de un encuentro con lo real del pasante y lo que corresponde a una respuesta afectiva propia de la estructura del pasador.

Para terminar me referiré a algunas enseñanzas que he extraído de esta experiencia en el Cartel del pase:

- me parece que en un testimonio de pase, que se considere nominable, debe poderse escuchar o captar de forma convincente el doble registro del inconsciente, a saber su lado de significación interpretable contenida en los sueños, lapsus, síntomas, malentendidos o actos fallidos, así como su dimensión real, presente en experiencias insensatas, que angustian, horrorizan o enigmatizan. Pues creo que actualmente puede darse en algunos casos la tendencia a valorizar únicamente lo que se consideraría manifestaciones del inconsciente real, dejando caer las producciones del inconsciente-lenguaje, en su acepción más freudiana, lo que me parece un riesgo a la hora de pensar la experiencia analítica .
- por otra parte me ha resultado novedoso constatar en los testimonios escuchados una labor, en el pasante, de analizante-analista, labor que éste desarrolla después del fin de análisis, es decir después de la separación efectiva del analista. En todos los testimonios escuchados se ha producido un tiempo de trabajo analítico “sin el analista”. En alguno de ellos incluso se ha podido escuchar la conclusión de que su final de análisis se produjo después del fin de análisis con el analista. Este tiempo de más (en que el analizante-analista continúa sólo) me parece muy importante, por lo que puede suponer de autenticación de la separación del Otro. Desde esa perspectiva, creo que el dispositivo del pase permite distinguir entre el uso del pase como una pieza más de un análisis todavía en curso (demanda de reconocimiento, de verificación, de separación, idealización etc, es decir una demanda condicionada), y por lo tanto un pasante aún no separado suficientemente del Otro y el uso del pase como una decisión libre, tras un fin de análisis suficientemente cumplido, una decisión vinculada a un “puro” deseo de transmisión, de amor al psicoanálisis y a su Escuela. El Cartel puede entonces concluir, como ya apunta Albert Nguyên en su texto, que la demanda de pase se ha producido demasiado pronto o demasiado tarde. Por tanto, considero que presentar la demanda de pase en el tiempo justo puede constituir un índice orientador acerca del acto del analista y eso es algo que el Cartel puede captar.
- quiero también destacar que al escuchar los distintos testimonios “saltan a la vista”, se hacen notar, aquellos que llevan el sello de una elaboración propia, original, es decir aquellos en los que la teoría psicoanalítica apenas está presente, a diferencia de aquellos otros en los que la teoría está más en primer plano u orienta la construcción del testimonio.

Finalmente también se puede distinguir entre los testimonios que dan cuenta de un recorrido suficiente, que puede convencer al Cartel, por mostrar una experiencia analítica que ha atravesado de un modo u otro los distintos registros de la riqueza del inconsciente freudiano y lacaniano y aquellos en los que el recorrido mostrado resulta insuficiente, pues quedan zonas no expuestas que interrogan. El testimonio que convence muestra un recorrido suficiente que deja su huella más en la enunciación que en los enunciados.

Patricia DAHAN (Francia)

Segunda réplica

Contrariamente a mis dos colegas, la participación en un cartel del pase en diciembre pasado, era para mí una primera experiencia. Si en el dispositivo del pase estaba por primera vez en este lugar, no obstante había participado como pasador y pasante.

Sin embargo este dispositivo no se limita a los carteles, a los pasadores y a los testimonios de los pasantes. No tiene solamente una función de garantía en el nombramiento de los analistas, permite sobre todo la elaboración de un trabajo de Escuela. Es el primer punto sobre el cual querría hacer hincapié.

El dispositivo del pase permite un trabajo de Escuela más allá del funcionamiento de los carteles

Dos años después de haber sido nombrada A.E., haber tenido la ocasión de encontrarme con colegas de distintos foros y de intercambiar con ellos, mido la importancia de la dimensión de Escuela y la dimensión internacional del pase.

El sólo hecho de que el pase exista permite no sólo recoger testimonios sino también confrontar y elaborar, a partir de la experiencia singular de cada uno, reflexiones sobre el funcionamiento del psicoanálisis. Los testimonios de los pasantes dan cuenta del desarrollo y los efectos de un análisis, lo que en sí es muy precioso, ya que es el único lugar que permita recoger una transmisión directa de la experiencia, diferente a los análisis de caso. Los seminarios de Escuela organizados en los distintos foros prolongan este trabajo que participa en una elaboración colectiva.

A partir de lo que cada uno aporta, las elaboraciones que se derivan de ahí representan un progreso para el psicoanálisis. El trabajo de comunicación de los distintos actores del dispositivo tiene efectos en la comunidad de los analistas.

Esta es la razón por la que más allá de lo que pude escuchar en este cartel del pase, querría también hablar de lo que oí en los distintos seminarios en los cuales participé y donde los colegas elaboraron un trabajo sobre sus experiencias de pase. Lo que aprendí coincide con algunos puntos ya mencionados por Albert y Ana y sobre los cuales yo querría volver de nuevo, como la temporalidad, el a posteriori⁷⁰ del análisis y el a posteriori del pase.

Los ejemplos que daré son resultantes de testimonios recogidos en nuestro cartel y también de las exposiciones presentadas en distintos seminarios de Escuela a los cuales asistí.

La temporalidad y el a posteriori del análisis

Hay para cada pasante una temporalidad, como lo destacó Albert Nguyen. Para uno es demasiado pronto, para otro hay un tiempo después del final del análisis. Los efectos del análisis no se confinan al tiempo de la cura, ni al consultorio del analista. Para una pasante seis años transcurrieron, después del final de su análisis, durante los cuales el análisis siguió produciendo efectos. Le ha sido necesario este tiempo antes de que se presente el momento oportuno para hacer el pase. Para otra, a pesar de los efectos innegables del análisis, el cartel juzgó que la demanda de pase llegaba demasiado pronto. Para otra la respuesta del cartel ha permitido a la pasante, varios años después del pase, comprender el sentido de su precipitación a testimoniar.

Esto da cuenta de un a posteriori del análisis que sigue produciendo efectos aunque el analizante ya no va donde su analista. Lo que plantea la cuestión de la diferencia entre el final de las sesiones y el final del análisis, que puede producirse bien más allá del final de las

⁷⁰ N.T. après coupe.

sesiones e incluso más allá de la respuesta del cartel del pase, lo que pone de manifiesto que puede haber también un a posteriori del pase.

Hay pues él a posteriori del análisis cuyos efectos se pueden escuchar en el cartel y en los testimonios de los pasantes, y también el a posteriori del pase cuyos efectos se pueden escuchar en las elaboraciones de los seminarios de Escuela.

Destaco esta distinción entre final de análisis y, en el a posteriori del análisis, el momento de hacer el pase. Es por ejemplo para una pasante cuando ya no tiene necesidad de estar al servicio de la Escuela que la decisión de hacer el pase pudo tener lugar. “Este tiempo de más” es un tiempo en que el análisis sigue teniendo efectos sin el analista.

El tercer punto que querría abordar es lo que llamaría los sueños de pase, de los que algunos pasantes dieron cuenta en nuestro cartel, y también en el trabajo de los seminarios Escuela este año.

Los sueños de pase

Los pasantes dan prueba a menudo de un sueño correlacionado con el momento del pase. Para una pasante este sueño se produjo entre la demanda de pase y el encuentro con el primer pasador. Este sueño, producido en final de análisis, revela a la analizante su posición de sujeto con relación a su goce y le permite observarlo con una cierta distancia. Para esta pasante el sueño pone de relieve el pase de la curiosidad infantil al deseo del analista, pero un deseo que se manifiesta como deseo después de un recorrido analítico y a partir de una pérdida de goce.

Para otra pasante es un sueño que hizo antes de la demanda de pase. Busca su llave y no la encuentra, nadie tiene la llave, pero ya no es un problema, se va. Este sueño señala la caída de la demanda y permite la entrada en el pase.

Estos sueños dan prueba del hecho de que las pasantes no fusionan ya con su síntoma que han ubicado, que pueden nombrarlo y hacer otra cosa que un “*embrouille*”, “embrollo”. Estos sueños firman el pasaje del analizante al analista.

Lo que el cartel puede comprobar

Como mis colegas pude observar que hay modos de enunciación muy diferentes en los pasadores pero una convergencia en los testimonios sobre los puntos esenciales.

Lo que retengo es que el pasante no teoriza su pase, él testimonia de su experiencia. Pero el cartel puede comprobar gracias a la teoría que hay un efecto del análisis. Los pasantes dan prueba de un viraje, después de una interpretación que incluso a veces puede expresarse en forma de un silencio y puede hacer cambiar el curso de un análisis. Los pasantes, que a veces hicieron varios tramos de análisis, destacan la diferencia entre los primeros análisis en los cuales el analista añadía sentido y el analista que los condujo al pase para quien los significantes son importantes y, más que dar sentido, hacen corte en la cadena del sentido.

En lo que los pasadores transmiten del relato de los pasantes, el cartel puede hacer la diferencia entre los sueños que hacen corte, cuya interpretación toca un punto de goce y los sueños destacados pero que no hacen corte, aunque se produzca un alivio.

A través de su testimonio la relación del pasante a lo real puede ser evaluada por el cartel, como lo destacó Albert Nguyen. Algo se transmite al cartel, del encuentro entre pasadores y pasante, de esta relación a lo real de la que no se pueden coger sino fragmentos.

Lo que se verifica en los efectos del análisis es que el analizante ya no está preso en el goce. Se puede ver por ejemplo que para una pasante hay paso del “eso se me observa”⁷¹ al “eso se me concierne”, o para otra el pasaje de la curiosidad al deseo del analista, o finalmente el pasaje de estar al servicio del otro a estar a la escucha del otro. En todos los casos, por lo que se refiere a estos ejemplos, hay la marca de una separación.

⁷¹ N. T. “ça me regarde” al “ça me concerne”

Lo que el cartel puede también comprobar es, en algunos casos, el testimonio del hecho que, el afecto de angustia dejó el lugar a la satisfacción que marca el final y se acompaña de numerosos cambios en la vida del pasante.

Es necesaria a veces una vuelta de más después del análisis o después del pase para que el bucle pueda cerrarse⁷². Pero sólo es posible si en el tiempo del análisis ya se produjo una separación en la relación al goce.

Traducción de Ana Martínez

Diego MAUTINO (Italia)

Tercera réplica⁷³

Los “resultados deben ser comunicados”⁷⁴, es el imperativo enunciado por Lacan en la *Proposición*. De acuerdo con esta exhortación de Lacan, doy mi réplica al testimonio de Albert Nguyên, intentando aportar mi «pequeña piedra»⁷⁵ a la elaboración de nuestra experiencia de cartel, que ha escuchado tres pases y nombrado un AE. Cartel al que he tenido la fortuna de participar en diciembre pasado.

Después del tercer encuentro internacional en París, sobre el tema: «La escuela a la prueba del pase», hemos podido verificar la importancia de poner el pase en el corazón de la Escuela, en un cartel *plurilengua*, en el cual la variedad lingüística ha dado un impulso compartido en «la experiencia del cartel del pase». El producto de esta experiencia entre varios [*à plusieurs*], en la que la dimensión de un real está incluida, deja un lugar al no-saber, «es decir que produce *del* saber nuevo a partir de la ignorancia, que contrasta tanto la pretensión del todo saber, siempre mentirosa, cuanto el saber autorizado, siempre abusivo. A esta condición, una enseñanza que no cesa ella misma de avanzar, sostiene el *work in progress* de cada uno, en vez de detenerlo sobre el engañoso eureka del todo-Uno.»⁷⁶

Estoy de acuerdo con los colegas que me han precedido, en decir que más allá de su función de garantía para la nominación de analistas, este dispositivo permite sobre todo la elaboración de un trabajo de Escuela; incluso agregaría, a partir de lo que Lacan ha llamado casos felices, en que “pase ficticia por formación incompleta: autorizan la esperanza”⁷⁷, por poco que su experiencia se preste a enseñanza, estos casos contribuyen también a la elaboración de un trabajo de Escuela.

Apuntando hacia una mejor legibilidad de la experiencia, seguiré los cuatro puntos que Lacan destacó: «[...] esta propuesta implica una acumulación de la experiencia, su recopilación y su elaboración, una seriación de su variedad, una notación de sus grados.»⁷⁸

I. *Acumulación de la experiencia*

⁷² N. T. Pour que la boucle puisse être bouclée.

⁷³ Albert Nguyên, *La passe et la preuve de l'École*, Bordeaux, 8 Janvier 2012; Barcelone, Séminaire d'École, 13 Janvier 2012.

⁷⁴ Jacques Lacan, «Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École», *Répertoire IF-EPFCL*, p. 260.

⁷⁵ Jacques Lacan, «[...] ce que j'essaye d'introduire dans mon École, cette passe par quoi en somme ce dont il s'agit c'est que chacun apporte sa pierre au discours analytique en témoignant de comment on y entre.» Séminaire R. S. I., Préliminaire, 19 novembre 1974.

⁷⁶ Colette Soler, «Ni sauvage, ni fictive», en *Psychanalyse, École et garantie* «La garantie venant de l'École», Link 6, Avril 2000.

⁷⁷ Jacques Lacan, *Psicoanálisis: Radiofonía & Televisión*, Anagrama, Barcelona, 1977, Trad. Oscar Masotta, p. 85. Fr. «Télévision», en *Autres écrits*, Éd. du Seuil, Paris 2001, p. 510.

⁷⁸ Jacques Lacan, «Proposition», op. cit., p. 260.

Sobre los tres pases escuchados, para dos de entre ellos nos ha sido dado un atisbo de la perspectiva tomada en conjunto respecto al análisis con sus distintas fases, de la entrada a la salida: primera manera de situar un momento de pase en la secuencia donde este se inserta. Estoy entonces de acuerdo en decir que toda experiencia del pase está ligada al tiempo, en lo que concierne a la transferencia, la ternariedad del tiempo lógico, al que Albert agrega una cuarta dimensión: «el momento oportuno». Este momento oportuno no toca solamente al final, en el momento en el que el analizante se presenta al pase, adviene también en ocasión de la designación de un analizante como pasador y todavía en las consecuencias sobre la comunidad de Escuela. Respecto a este punto, Patricia Dahan agrega que «hay pues el *après-coup* del análisis cuyos efectos se pueden escuchar en el cartel y en los testimonios de los pasantes, y también el *après-coup* del pase cuyos efectos se pueden escuchar en las elaboraciones de los seminarios de Escuela».⁷⁹

II. Recopilación y elaboración

1. De un pasante, sujeto de la asociación libre, nos ha sido dado un atisbo por el testimonio de dos pasadores bien diferentes. Uno de ellos, empujado por el sujeto dividido a presentificar el otro término de la estructura [a], ha sido inducido a asumir una posición de analista. El otro pasador presenta un testimonio no de un final de análisis, sino de un efecto de transmisión probada: “Este pasador ha intentado hacer pasar lo que le había atravesado a nivel del registro de los afectos [...] «inolvidable»: experiencia que descoloca [...] Ella nos lo transmitió, desbordada aún por la emoción.”⁸⁰ El testimonio auténtico cede a la toma del *todo*, al cual el acto psicoanalítico tiene el mérito de no satisfacer.⁸¹

2. De un otro pasante, los dos pasadores transmiten el inicio sintomático de un sujeto que, después de un pasaje al acto, encuentra la salida de la alternativa que lo encarcelaba con una estrategia de efugio asumida. Los pasadores dejan asegurados los siguientes puntos: a) El primer analista fue el substituto de un primer objeto perdido, del cual conlleva algunos trazos y del cual ha reproducido el gesto de la primer separación; b) con el segundo analista el sujeto ha pasado de una transferencia de amor a una transferencia de saber. No obstante los efectos incontestables del análisis, el cartel ha juzgado que la demanda de pase llegaba demasiado pronto; queda a verificar: si el sujeto está en una historia demasiado real donde arraiga, quizás, todavía, una idealización de su diferencia.

3. Un final por la mediación de un testimonio depuesto por dos pasadores opuestos. Uno de ellos, sujeto de la asociación libre y el otro que transmite el relato de una pasante haciendo aparecer la perspectiva del análisis, sus tiempos, sus giros, sus torsiones, el trauma benéfico de la neurosis de infancia, el Otro del que el sujeto se hacía partenaire, los deseos cruzados cuya marca llevaba, las fórmulas fantasmáticas mediante sueños que permiten situar algo de la junción entre el análisis del sujeto y el acto analítico. El testimonio deja asegurado que incluso años después del final de su análisis, este ha continuado a producir efectos. Por la posición de certeza del sujeto, que no se confunde con el asegurarse declaratorio sino que, más bien, lleva la marca del estilo propio, aprendimos –como escribe Albert– *lo que se verificó, pero también lo que queda de inverificable, un «hasta nunca» que es un «para siempre» del Real que no reenvía a un tiempo infinito sino por el contrario al encuentro.*

III. Seriación de su variedad

⁷⁹ Patricia Dahan, Segunda réplica, en este número de Wunsch.

⁸⁰ Albert Nguyễn, op. cit.

⁸¹ Cf. Jacques Lacan, «Le psychanalyste se fait de l'objet *a*. Se fait, à entendre: se fait produire; de l'objet *a*: avec de l'objet *a*. [...] Nous sentons l'acte psychanalytique céder à rompre la prise dans l'universel à quoi c'est leur mérite de ne pas satisfaire.» *L'acte psychanalytique*, Résumé du Séminaire rédigé par Lacan pour l'Annuaire de l'École Pratique des Hautes Études [1968].

En este cúmulo de experiencias, casos hipotéticos bien diferentes pueden ser puestos en serie, como Lacan lo indica; entre estos tres ya, una seriación aparece:

1. Es el sujeto tomado por la *desajificación* [*désajification*]⁸² del discurso analítico, «donde el psicoanalista encuentra compañía en el hacer la misma operación. [...] Tal es bien en efecto el horizonte que traza la técnica, pero su astucia se basa en la estructura lógica a la cual se hace confianza con razón, ya que no pierde nunca sus derechos.»⁸³

2. Es a verificar el asegurarse, quizá aún mantenido, de un fantasma cuya llave no ha sido aún consignada, en falta de la cual el sujeto permanece en el enigma, sobre todo, con respecto al pase, sobre la escisión suficiente entre la causa de su deseo y la causa analítica.

3. Es el asegurarse de una destitución en acto que lleva la marca del estilo propio —un significante particular, el de «boucle» relacionado con los cabellos, que permitió un giro, un boucle suplementario por la mediación del pasador sobre las consecuencias— por allí nos apareció como una garantía.

IV. Una notación de sus grados

La existencia del dispositivo del pase permite de recopilar testimonios que —entre una gran variedad como nota Ana Martínez— se presentan en grados y posiciones bien diferentes. Estos pasantes, de los cuales los tres se dicen analistas y funcionan como tales, ellos nos dicen algo de la junción entre el análisis del sujeto y el acto analítico? De esa junción, el dispositivo del pase nos ha permitido, sobre todo en un caso, atisbar indicios muy convincentes.

Para una notación de sus grados —a falta de Atlas sobre el paso entre Escila y Caribdis— encuentro muy útil comenzar por la cuestión: ¿de qué se autoriza el analista, cuándo esto no es de su pase? “[...] muchas observaciones aparentemente extrañas de Lacan toman todo su relieve. En primer lugar aquella que evoca «al analista medio que no se autoriza sino de su extravío». Qué otra cosa es sino el sujeto barrado?”⁸⁴

Luego, en la experiencia del cartel del pase hemos podido verificar, en otro grado: un testimonio que deja a asegurado —por la posición de certeza del sujeto, verificada, pero también con un resto inverificable—, un trazo que responde del Real, enlazado a una marca en las diferentes lenguas, que no reenvía a un tiempo infinito sino, al contrario, se mantiene abierto a las chances de la contingencia. El asegurarse de una destitución en acto con la marca de un estilo propio, nos ha aparecido como una garantía.

Notas ...in progress

Como subraya Patricia: *El sólo hecho de que el pase exista permite no sólo recoger testimonios sino también confrontar y elaborar, a partir de la experiencia singular de cada uno, reflexiones sobre el funcionamiento del psicoanálisis.* La prueba del pase no es solamente para el pasante y aún cuando este no teoriza su pase, sino más bien testimonia de su experiencia; para el cartel puede verificarse si hay un efecto del análisis también gracias a la teoría.

Estoy de acuerdo con la nota de Albert respecto a: *la extraordinaria reducción que permite el*

⁸² Jacques Lacan, «[...] l'idée de *tout*, à la serrer dans la logique des quantificateurs. Dès lors peut-être permet-il de la mieux dénommer d'une *désajification*.» *L'acte psychanalytique*, Résumé du Séminaire, op. cit. Ved. Colette Soler, «Je ne pense pas, donc...», Mensuel EPFCL, n° 10, p. 15. *Desajificación* es un neologismo que resuena con *desidentificación*, pero, en vez de llevar sobre la caída de las identificaciones, tenemos aquí el rechazo del objeto *a*. Ved. Patrick Barillot, «Particularité de l'acte analytique», Mensuel de l'EPFCL n° 39, 2009.

⁸³ Jacques Lacan, «Où le psychanalyste trouve compagnie de faire la même opération. Est-ce au niveau du quartier libre offert à cette fin au discours? Tel est bien en effet l'horizon que trace la technique, mais son artifice repose sur la structure logique à laquelle il est fait confiance à juste titre, car elle ne perd jamais ses droits. L'impossibilité éprouvée du discours pulvérulent est le cheval de Troie par où rentre dans la cité du discours le maître qu'y est le psychotique. Mais là encore comme ne voit-on que le prélèvement corporel est déjà fait dont est à faire *du psychanalyste*, et que c'est à quoi il faut accorder l'acte psychanalytique.» *L'acte psychanalytique*, Résumé du Séminaire, op. cit.

⁸⁴ Colette Soler, *Le temps long*, WUNSCH 11, Bulletin international de l'EPFCL, Octobre 2011, p. 5.

procedimiento y que se salda con una o dos frases expedidas por el cartel, de donde la extrema importancia de ajustar lo más posible este resultado a su formulación. Observo también que por su testimonio, el cartel puede tener un atisbo de la relación del pasante al real, por el afecto que responde en el sujeto, habiendo cernido algo de su inconsciente. Hay una serie de matices diferentes, posibles, de la posición de entrada, el afecto de angustia, hasta... el entusiasmo. Algo se transmite al cartel, del encuentro entre pasadores y pasante, de esa relación al real de la cual no se pueden tener sino atisbos, sin continuidad en el saber, de un trazo, extracto, conllevando la marca de una separación.

El discurso analítico hace promesa —dice Lacan—, cuál es la promesa? “de introducir del nuevo”, y él anticipa fórmulas muy fuertes, donde la solución individual pasa a través de una solución colectiva. Noto la junción indisociable entre lo que pasa en una cura y lo que pasa en la colectividad y el pase es el solo dispositivo que permite esta experiencia; es por esta razón que he puesto en *exergo* la invitación de Lacan, dado que en todos los casos el análisis y el analista se sostienen de un decir. De aquí proviene la necesidad de una Escuela para hacer frente a la extinción del decir, y del pase para «seleccionar y garantizar aquello en lo que prevalece, como decía Lacan, “una estructuración más analítica de la experiencia”. Ya que sostenemos que la experiencia analítica, sede de tantas pasiones, no es inefable, que un orden prevalece y que debe poder probarse».⁸⁵

El pase como prueba de la Escuela es entonces condición para tener un atisbo del acto que en el psicoanálisis pasa por un decir —cuya producción, tanto como su mantenimiento están a la merced de la contingencia—, con su prueba por el afecto: la satisfacción que marca el final, haciendo signo de una mutación en la relación al saber, que condiciona el acto analítico.

Mario BRITO AFONSO (Venezuela)

Cuarta Réplica

Respuesta al “momento oportuno”

He leído un par de veces el texto de Albert Nguyên, así como las respuestas que sobre éste han dado mis compañeros del cartel. Sus elaboraciones me han resonado con varios puntos que me he preguntado desde antes de estar en esta experiencia en relación a la función de los pasadores y sobre la constitución de un cartel del pase; siendo además un aspecto a considerar que, ésta es mi primera experiencia en un cartel del pase y que no tengo ningún referente anterior sobre el cual hacer una retroacción, sino lo que previamente he construido por la lectura y la experiencia de haber pasado por el dispositivo del pase.

Albert Nguyên expone bien, a mi parecer, lo que recoge en aquello que nombra como “Momento Oportuno”. Momento que se interroga por el lado del AME que nombra a un pasador y momento también que marca un punto en el tiempo a quien decide hacer el pase, tratándose de que no sea ni demasiado pronto ni demasiado tarde, por lo que nace la pregunta formulada por él: “¿Existe ese momento particular, ese momento justo...?” Omito el final de esa interrogación que dice “(¿existe el momento justo...) para hacer el pase?”, porque lo que yo me pregunto y verdaderamente no sé si podré responder ahora, es si esa dimensión no nos toca a todos los que participamos en el dispositivo del pase: pasantes, pasadores y miembros de un Cartel. Por ende, creo que siendo claro con lo que él intenta transmitir, anexo a sus inquietudes una elaboración mía, a saber: si podríamos hablar de un “momento oportuno” para quienes participamos como miembros de un cartel del pase.

⁸⁵ Colette Soler, «Ni sauvage, ni fictive», op. cit.

En primer lugar quisiera comentar la experiencia en relación a los pasadores y la dimensión planteada por Albert Nguyễn. Desde el lugar y posición crucial que los pasadores tienen en el dispositivo, pude apreciar, luego de escuchar y observar la participación de los mismos, que no hay un modo de hacer de pasador, pero sí hay una posibilidad de hacer pasar lo recibido.

Esa posibilidad se evidenció en un pasador, que siendo designado para tal función en ese “momento oportuno”, logró transmitir sin saber demasiado, presentando un relato con cierta espontaneidad y desprovisto de respuesta aferradas a construcciones teóricas, siendo además capaz de mostrarse atravesado por lo recibido.

Yo diría que el pasador se muestra “afecta-do” y lo presento así porque intento de esta manera rescatar tres aspectos que considero cruciales. El primero referido a lo que el pasador procura hacer pasar desde lo que ha sido atravesado en el registro de los afectos; porque algo se le ha revelado, algo le sacude y lo muestra con su singularidad y con la autenticidad que denota estar en la brecha, que es el segundo aspecto al que se apunta en este trabajo. Es ese “momento oportuno” el que representa al “D□”, que en la filosofía oriental hace referencia “al camino infinito del aprendiz” por el cual el pasante ha pasado y ahora transita el pasador. Al mismo tiempo, y no puedo hacerlo desde otro lugar, sino desde lo que me permite la lengua inglesa, ese pasador también está en un “do”, en un “hacer” con eso, que le lleva a elaborar no sólo un trabajo ante el cartel, sino que lo toca en su propio trabajo, en ese tiempo de su recorrido por resolver aquello que parece “un camino infinito” en relación con su fin de análisis.

En segundo lugar, en relación al pasante y ese “momento oportuno”, comparto las opiniones presentadas no sólo por Albert, sino también por el resto de los miembros del cartel en relación a la referencia sobre el momento en el que un analizante se compromete con el pase. De entrada la respuesta es que no es posible un criterio, porque hablar de criterios nos refiere a condiciones o reglas que permiten realizar una elección, esto implicaría que la decisión de hacer el pase se basaría en un criterio. Además, toda condición o regla conecta dos proposiciones, lo que conlleva a una condicional funcional de verdad o constante lógica, lo cual es contrario a lo que ha de escucharse en un testimonio del pase. Un recorrido suficientemente cumplido es la autenticación de la separación del Otro, como bien nos comenta Ana Martínez en su réplica.

Por lo tanto, desde esta perspectiva sobre la no existencia de un criterio, la única respuesta que puedo encontrar es que cuando se demanda un pase fuera de ese “momento oportuno”, la regla o condición que participa en la elección hace que el pase sea una pieza más de un análisis todavía en curso. Por ende, se demanda reconocimiento, nombramiento o verificación y por ende es una demanda condicionada.

En cambio, un “momento oportuno” queda fuera de la demanda condicionada y el analizante coge al vuelo, pero sin prisa, la elección de hacer el pase separado del Otro. En ese caso el testimonio da cuenta de una singularidad del sujeto, un estilo vinculado a un deseo de transmitir que denota un rasgo ético.

Finalmente, en relación a ser miembro de un cartel del pase y el momento oportuno, éste es un aspecto que me toca en particular y al que intentaré aproximarme en esta réplica.

Prevía a mi decisión de participar en la elección de los miembros del CIG 2010-2012, me encontraba leyendo sobre la función del cartel del pase y me preguntaba si era mi momento oportuno de participar. Algunos colegas me daban sus razones por las que ellos consideraban debería postularme, pero esas eran sus razones, y sus comentarios tuvieron efectos sobre nuevas elaboraciones, más no en la decisión. Yo seguía preguntándome y el cierre del proceso se acercaba. Entonces, en esos tiempos tuve un sueño: “Me encuentro con un hombre conocido quien me comentaba que una línea aérea estaba buscando “sobre-cargo” (En inglés *Fly Attendant*). Al escucharle me emocioné ante la posibilidad y al mismo tiempo me

preguntaba si era el momento o si podía cumplir con esa función. Cambia la escena del sueño y me veo caminando muy contento hacia un edificio y en una mano “cargó un sobre” que entregaría para postularme. Desconocía el contenido del sobre, pero sabía que era lo que tenía para entregar. Al estar frente al edificio miro hacia arriba y leo el nombre de la aerolínea, nombre que desconocía de entrada, el nombre era: “Fin-land airline”

Ser miembro de un Cartel del Pase también responde a un momento oportuno, momento que conlleva la posibilidad de elaborar un trabajo individual y colectivo en donde prevalece el deseo que, sin saber, pone el pase como prueba de la Escuela y permite la construcción de un saber. Por eso, participar en un Cartel del Pase es hacer Escuela, no es “ser la Escuela”, lo que invita a estar sin egos y narcisismos.

Por eso, como en el sueño, cada miembro del cartel escucha y pregunta desde el sobre que carga pero sin saber que contiene; sólo está presente la posibilidad de ser tocado por la emoción de lo que se presenta y al final logras leer algo que se desconoce de entrada. Por último, considero que la experiencia del cartel que responde a un momento oportuno permite que el deseo de saber supere hasta los obstáculos que pudiesen presentarse por los orígenes lingüísticos de cada uno de los miembros y que se salga reconfortado, más allá de la nominación de un AE.

¿Ustedes han leído Wunsch 11 ?

Marc STRAUSS (Francia)

Democracia y nominación

Invitado por los que sostienen la responsabilidad de *Wunsch* a dar una “breve réplica”, de nuestra elección, a su número 11, no deducimos inmediatamente de ello que haya habido un temblor de tierra (¿aún no percibido?) en nuestro campo, sino que, como uno no está nunca mejor servido que por sí mismo, los contribuyentes están invitados a dar cuenta de su vivacidad.

Tomaremos entonces el texto de nuestro amigo romano, Diego Mautino, que ha levantado una liebre bien interesante. El comenta un pasaje de la Carta a los Italianos que concierne a la discordia posible en un grupo y a su solución por medio de un voto mayoritario: “...voces a favor o en contra es lo que decide acerca de la preponderancia del pensamiento si los pies marcan tiempos de discordia”. Se trata de esto en la circunstancia de “grupo” que forman las tres personas, el “trípode” italiano, a los que Lacan hace, en respuesta a su demanda de crear una Escuela italiana, la proposición de ser los pasadores en la EFP de los miembros que la constituirán, si son nombrados.

Diego demuestra con razón la posición democrática de Lacan. No le buscaremos las cosquillas por su asimilación de la democracia a la ley mayoritaria, por cuanto ahí no está el corazón de su propósito. Este último es sobretodo subrayar, en caso de discordia, la opción lacaniana a favor de la preponderancia del pensamiento – sobre la fuerza por supuesto; una opción que se materializa en el hecho de remitir la decisión a la mayoría. Diego muestra con elegancia que se demuestra la importancia de “la terceridad (*troisement*)”, de la tripartición del *parlêtre*, que es la única que permite una solución satisfactoria al impedimento de la acción que provoca la discordia. Entre dos en efecto, si hay discordia, nada de ley mayoritaria sino duelo, donde sólo puede quedar uno tendido en el suelo, método entonces de la ley del más fuerte – y no del mejor.

Así la división del sujeto no es de hecho discordia entre dos, pues se juega entre tres, dos de un lado y uno del otro. Y ¿cómo pasa Lacan de la división del sujeto a la tripartición del *parlêtre*? Diego nos lo recuerda: a la división del sujeto, que resulta de la “estructura binaria del lenguaje”, de la “bipolaridad de la estructura de discurso”, se suma el cuerpo, por lo que son siempre tres para constituir un *parlêtre*.

He aquí lo que recuerda a otro trío bien conocido de los lectores de Lacan, los prisioneros de su apólogo, que deben arreglárselas para salir también y que, aunque cada uno del mismo color, se reparten de la misma manera, dos de un lado y uno de otro lado, estando este último en el lugar de objeto *a* para la mirada de los dos primeros. Pero la diferencia está entre el tiempo de suspensión del apólogo que confirman lo bien fundado del movimiento iniciado, y el tiempo de discordia que lo suspende. Nada de avance colectivo entonces para el trípode sino discordia cuya salida se obtiene por el voto. Remarquemos sin embargo que esta solución contradice la afirmación a menudo emitida de una homología entre la lógica de la certeza anticipada y la de la Escuela.

¿Qué podemos decir entonces que justifique en Lacan esa elección “democrática” de la solución por el voto? Reemplazar la fuerza bruta por la fuerza del número parece más bien débil como prueba de preponderancia de la “razón”, incluso si es innegablemente más

civilizado. A menos que no se trate para esta “razón” sino de ser “razonable”, de no pedir lo imposible, de resignarse a los límites del diálogo y de remitirse en fin al pacto mínimo de una jerarquía de nombres, lo que parece bien poco lacaniano...Lacan mismo ¿no fue excluido de la IPA por un voto mayoritario, lo que si le seguimos daría razón a esa venerable institución? Y nosotros mismos, en los Foros, ¿hemos aplaudido cuando algunos colegas han deducido de un voto en el que resultaron minoritarios, que en el nombre mismo del psicoanálisis era necesario que se marcharan?

Para volver al trío italiano, la cuestión se plantea tanto más cuanto en la práctica nada imponía el voto: Lacan habría podido muy bien, en nombre de la preponderancia de la palabra en nuestro campo, optar por una decisión unánime – pidiéndoles debatir tanto tiempo como fuera necesario para alcanzarla – y a riesgo incluso de que eso no se hiciera jamás. Evidentemente, si el riesgo de que su proposición fuera recusada es el mismo en los dos casos, voto o debate por la unanimidad, su tiempo no es el mismo. Con el voto, es un tiempo acortado, mientras que el debate puede durar indefinidamente sin que la cuestión sea resuelta y sin que se sepa entonces si el movimiento iniciado se ha detenido definitivamente o no. Con esta puesta en función de la prisa por el voto, un modo de poner a los sujetos entre la espada y la pared, nos encontramos de nuevo en terreno lacaniano conocido.

Pero esto no basta a nuestro parecer para justificar dar al número la fuerza preponderante, y para reasegurar a aquellos que encontrarían superfluo nuestro planteamiento, nos contentaremos con proponerles su aplicación práctica: en los carteles del pase, una decisión de nominación ¿debe ser tomada por mayoría (asegurada puesto que el número de los miembros del cartel es impar) o por unanimidad? Se “nota fácilmente” que una nominación de tres contra dos sería incómoda; falta decir si sería sin embargo injustificada y porqué. El ajuste eventual por medio de la adopción según nuestros estatutos a la mayoría de los miembros de Escuela de la regla, para un cartel, de la mayoría de las cuatro quintas partes podría ciertamente atenuar el malestar, pero no resolverlo en razón...

Es cierto que la decisión de un cartel del pase se refiere a un sujeto en particular, y no a una iniciativa institucional. Y el trío, Lacan pone en efecto cuidado en precisarlo, no es ni una Escuela ni la representa, es un “grupo”. El texto se refiere entonces al pasaje de un grupo a Escuela, que no puede hacerse más que por la decisión del grupo que es aún.

Queda la pregunta, en caso de que el voto mayoritario sea pertinente para ir hacia la Escuela, de saber si permanece en una Escuela, más allá incluso de los carteles del pase.

Otra observación, al principio sin relación aparente, es sugerida por el dispositivo propuesto por Lacan. Si los tres quieren hacer Escuela, está implícito que tienen analizantes con los que imaginan constituir. Y Lacan propone a cada uno funcionar como pasador de los analizantes de sus dos acólitos. Dicho de otro modo, les propone exponer su práctica no sólo a la vista del cartel parisino, sino también de los dos otros, así como poder ver la práctica de éstos. “La acolitud”, La Sra R. nos perdonará, corre el riesgo de sufrir un golpe maldito...En efecto, ¿estamos siempre tan seguros de que nuestra relación con el analista del pasante no interviene en nuestro juicio, por las consecuencias que anticipamos? La experiencia histórica del “caso B” no nos tranquiliza en ese punto...

¿Cómo entonces interpretar la “crueldad” de la proposición de Lacan, sino es como un test sobre la confianza que esos tres pueden tener entre sí, más allá de su ambición común? Lo hemos visto con la escisión de los Foros evocada más arriba, un voto negativo no es de buen augurio y no se ve cómo aquel de los tres que se hubiera opuesto a la proposición habría podido aceptar participar en el dispositivo al quedar obligado a ello por la sola decisión de los dos otros.

¿Lacan les habría propuesto entonces, no sin una cierta malignidad, esa solución “democrática” sabiendo que era irrealizable? Conociendo al personaje, no está excluido...y podríamos imaginar añadir a la larga cohorte de instrumentos de tortura inventados por el

“humus humano”, un “trípode italiano” bien refinado, como debe ser en todo aquello que es signo de esa apelación de origen.

¿Qué podemos deducir sobre el procedimiento del voto mayoritario en la Escuela? Nada que pueda justificarlo, pues nada puede reemplazar la confianza. Y esta última no se decreta ni se contabiliza, se demuestra por el acuerdo. Hemos aquí entonces conducidos de nuevo a la lógica colectiva de los prisioneros, y a inclinarnos decididamente, para dar la preferencia a la razón, por una decisión unánime de los carteles – como por otra parte de la Comisión de Acreditación internacional (CAI) que nombra a los AME. Se constata que se trata en estos dos casos de nominación. Podemos deducir lo que sabemos: la nominación no participa de la democracia.

¿Hay otras decisiones de Escuela que dependerían de un voto? Nos parece que no. Por ejemplo la elección de un tema para nuestros Encuentros, su lugar, la utilización de las finanzas, etc, son un asunto de grupo, que la Escuela no deja de ser también. Donde la invocación mágica en este caso a “la Escuela-tal-como Lacan la quiso” para oponerse a las proposiciones y a las decisiones a tomar demuestra sus límites, por no decir su extravío...

Para concluir queda la cuestión, no de la nominación, sino de la selección por voto mayoritario de aquellos que están encargados de nombrar, es decir los miembros del CIG. ¿Acaso no se ha desplazado simplemente el problema? No, pues este voto no es sino la manifestación de la confianza que los miembros depositan sobre algunos de entre ellos, precisamente por no confundir la igualdad de un recuento de votos y la singularidad de la voz de uno(a).

Traducción de Ana Martínez

Carmen GALLANO (España)

Entre pasante y pasador

(Un eco a los textos de Wunsch nº 11 sobre “Los pasadores del psicoanálisis”)

Para el nº 11 de *Wunsch* opté por transmitir algo de mi experiencia en la designación de pasadores, como AME. La invitación del CAOÉ a los miembros del CIG de escribir una corta réplica a los textos de ellos publicados en Wunsch nº 11, ha tenido el saludable efecto de hacerme leer con más atención esos textos de los colegas, especialmente de los que han escrito sobre su experiencia con los pasadores en los carteles del pase, y algunos desde el après-coup de haber sido anteriormente pasadores. Entre las luces que esos textos me han dado sobre lo que está en juego en el dispositivo del pase en la función del pasador – “el pasador es el pase” que dijo Lacan – ha saltado para mí una cuestión que para mí estaba en la sombra: ¿qué distingue al pasante del pasador?

Marc Strauss la examina explícitamente en la lectura que hace de la “Nota sobre la elección de pasadores”⁸⁶. Su recorrido de la “Nota” ha sido esclarecedor para mí, pues de esa “Nota”, lo complicado es su lógica en bucle, pues de un párrafo a otro Lacan va pasando del pasador al pasante y retorno, sin que a veces sea fácil saber si habla del pasador o del pasante. Lo cual, en efecto, plantea cómo situar la hiancia entre pasador y pasante (béance) en torno a la que se juega la transmisión del pase. Hiancia que Lacan en ese corto y difícil de leer texto sitúa entre verdad ya “extraída de la queja” y saber “encontrado de su propia cosecha”, (*de son*

⁸⁶ Nota que Jacques Lacan dirigió a aquellos susceptibles de designar a los pasadores en 1974, publicada en Wunsch nº 11.

crû), “construido con su inconsciente“. En ese punto, bien subraya Marc Strauss ambos estarían en la misma coyuntura: el uno, el pasante, para con ese corte entre saber y verdad aventurarse a un decir que haga saber; el otro, el pasador, para interrogar y acoger ese decir y ese saber – dejarse “soplar” dice M. Strauss - pero desde su verdad singular aún “*en souffrance*” no sin el saber de su inconsciente.

Decidirse como pasante es un acto, y que cómo tal “cambia al sujeto” en el testimonio que se aventura a hacer de los efectos de su análisis. Aceptar ser pasador no lo es. Es un consentimiento. Pues el acto lo ha hecho el analista que lo ha designado y el análisis que se va hacer valer en el pase no es el suyo sino el del pasante que le hablará de él.

Lo que me ha interesado de los textos de mis colegas en Wunsch nº 11, es que esto, que es un hecho en el dispositivo del pase, separando la función del pasador y la del pasante, no es suficiente para distinguir lo que en el análisis de cada uno de los dos puede situar al pasante “un paso por delante del pasador” (M. Strauss). Ese “paso por delante”, él no lo sitúa en cuanto a un mayor saber del pasante, y lee en la “Nota” que Lacan postula en el pasador un saber no menor que el del pasante.

Me pregunto si ese bucle en el que Lacan en la “Nota” va pasando del pasante al pasador y sin confundirlos no es el que le había llevado un año antes, en 1973, en otra “Nota”, la “Nota italiana”, a decir que “la marca del analista por algún lado de sus aventuras”, “a sus congéneres de *saber* encontrarla”. Los “congéneres” del pasante (leer al respecto lo que dice Albert N’Guyen en su texto), en el dispositivo del pase, ¿han de ser los miembros del cartel? ¿los pasadores? ¿los dos? .

En cualquier caso, lo que haría a unos y otros “congéneres” es no un saber de su propio análisis sino “saber” reconocer en las aventuras de una vida otra, movidas por un análisis la marca de un “deseo de saber” emergente de ese sujeto en su aventura analítica.

En la “Nota”, Lacan no hace alusión al paso por lo real del que puede emerger en un analizante ese deseo de saber en el encuentro con lo insabido irreductible en el Otro – S de A tachado - y lo insabido del ser del sujeto en su hacer deseante y gozante con el núcleo real y significante de su síntoma, liberado de las trabas fantasmáticas que esperaban el beneplácito del Otro.

Así, M. Strauss, concluye que la diferencia entre el pasante y el pasador, no está en lo que saben más o menos el uno y el otro, sino “en las consecuencias que este saber tiene para el sujeto, que quizás no son inmediatas”...”queda la distancia entre la proximidad lógica y el momento efectivo del acto, incalculable”.

Anne Lopéz aporta en su texto que “el pasador es pregunta ante el vacío de la demanda y la ausencia de garantía”. Esa pregunta es la que puede orientar su interrogación al pasante y el testimonio de lo que ha hallado en él de la mutación subjetiva que le habría generado un deseo de analista.

Pascale Leray sitúa al pasador – y ella ha tenido esa experiencia antes de ser pasante- “cómo aquel cuyo pase clínico está activo”. Luego, no en una posición pasiva de mero receptor, pues “analizante que atraviesa la experiencia de un real al cual el Sujeto supuesto Saber ya no adorna”: “aquel que tendrá que reconocer singularmente lo que es su horro de saber”.

Dominique Fingermann examina a fondo las referencias de Lacan sobre el pasador y aporta una lectura interesante sobre la idea extendida, aunque no sea de Lacan, del pasador como “placa sensible”, con las resonancias metafóricas en la fotografía. Pero más cercano a lo que es la experiencia del pase introduce la distinción de Walter Benjamin entre dos niveles de experiencia: *Erlebnis* y *Erfahrung* (p. 14 y 15). La narratividad de la experiencia que Benjamin define como *Erfahrung*, “es la que deja su trazo como la mano del alfarero sobre el vaso de arcilla”. Ciertamente podríamos aplicar al pase esta lúcida distinción de Benjamin entre la *Erlebnis*, ser sensible al “shock”- en el que él ve los afectos consecuentes de un encuentro con

lo real- y la transmisión de un saber de esa experiencia, *Erfahrung*, que requiere para tener efectos en los otros el paso por una “narración”, único modo de “ ser capaz de transmitir experiencias”.

Pues en la transmisión del pase, el relato del análisis del pasante si no porta en él el lugar del encuentro con lo real del que se trata en el relato y sus consecuencias para el sujeto, por mucho que nos podamos sentir conmovidos, pasadores y cartel, por la *Erlebnis* que dice ser la suya el pasante, faltan las consecuencias de hacer un saber decible de ese paso por lo real que él haya probado en algún acto como sujeto transformado.

Así, Rosa Escapa distingue el “yo no pienso” del pasador y el del analista y sitúa al pasador “en la espera de recibir una demostración del pasante en su hystorización del análisis. Todos estos textos de los colegas sobre lo que hace a un pasador, apuntarían a un “punto de ideal”, pero que a la luz de lo que experimentamos con los pasadores en los carteles del pase, lo muestran el equívoco en francés del “point d’idéal” que cita Anne Lopez de Lacan (p.19) en cuanto a la “no relación sexual”: “punto de ideal/ nada de ideal”. Al menos el pasador tendrá que haberlo atisbado en su análisis o sino, en lo que le “sopla” el pasante.

Pero no hay el “pasador ideal” ni lo buscamos en los carteles del pase, sino que a través de lo que transmiten los pasadores, con mayor o menor acierto, tratamos de captar, pescar, qué ha hecho el pasante con ese “nada de ideal “experimentado en un saber que hace de su paso por lo real algo ya no traumático sino causa de un deseo viable. Solo que en ese bucle de transmisión entre pasante- pasadores- cartel no es frecuente que nos lleguen a los carteles las consecuencias de ese deseo, más allá o más acá de las consecuencias en la vida del sujeto, como paso a un acto que lo pruebe en su deseo de analista, un deseo que trasciende los intereses personales y que se traducirá en un estilo de decir que porte en su práctica de analista la causa del deseo por resolver de cada analizante.

Presentación del Catálogo de los Carteles

Dominique Fingermann (por el CAOÉ)

El Cartel hace Escuela



El Colegio de Animación y Orientación de la Escuela (CAOE) ha juzgado oportuno reunir en un solo catálogo los carteles que están trabajando en los diferentes dispositivos de Escuela de las zonas de la IF-EPFCL. Los presentamos tal y como han sido declarados en los diferentes lugares. No obstante proponemos, al final del Catálogo, una “Ficha de Declaración de Cartel” en las cinco lenguas de la IF-EPFCL a fin de que la próxima actualización ofrezca una versión más homogénea de este catálogo, lo que facilitaría su lectura y su utilización.

Este catálogo online figura en la site de la IF-EPFCL (<http://champlacanien.net/public/docu/common/ep2012CatalogueCartels.pdf>), lo que permitirá su puesta al día regularmente. Proponemos igualmente una biblioteca de textos sobre el cartel, que constituiremos con los trabajos sobre el cartel que los dispositivos locales de Escuela nos envíen. Comenzamos la serie con un texto reciente de Sol Aparicio sobre el cartel y otros, citados a menudo, de Rithée Cevasco, Colette Soler, Nadine Naïtali, etc

Por todas partes, Jornadas, Tardes, Café-Cartel, etc se da testimonio de la vitalidad y del movimiento que se genera en torno a los carteles. En consecuencia se producen trabajos de reflexión sobre este dispositivo y los envíos de las comisiones locales son bienvenidos!

El dispositivo es simple, la experiencia en cambio es a menudo menos evidente, pues necesita de una cierta disposición a la intranquilidad y un cuidado especial en lo que respecta a “el real en juego en la formación del analista”. Pero a menudo es un lugar donde el lazo social que hace la comunidad de los “dispersos desparejados” da también mucha satisfacción, como lo demuestran el humor y la risa que allí circulan la mayor parte del tiempo.

El dispositivo es simple; Lacan lo inventó en 1964 al mismo tiempo que la Escuela, su concepto y sus dispositivos. El Acta de Fundación da la fórmula que funciona hasta hoy y hace Escuela: cuatro se escogen en torno a un proyecto de trabajo y designan un Más-Uno. El producto de ese trabajo es propio de cada uno, y debe ser declarado, expuesto, puesto a prueba de la Escuela.

Función elemental de la Escuela en la que cada uno puede producir un argumento – es un nudo que se hace y se deshace a merced de las permutaciones y del cual dan ecos nuestros encuentros locales e internacionales.

Buen trabajo a todos!

VII Encuentro Internacional de la IF-EPFCL

¿ QUÉ RESPONDE EL PSICOANALISTA? ÉTICA Y CLÍNICA

6, 7 y 8 julio 2012

Río de Janeiro

Hotel Sofitel Copacabana

Del 6 al 8 de julio, la Internacional de los Foros realizará su VII Encuentro Internacional! Será en el Hotel Sofitel – Río de Janeiro, que queda en la mundialmente famosa playa de Copacabana!. Para prepararlo, ya tenemos varios preludeos disponibles en el sitio web <http://www.rio2012if-epfcl.org.br/>. En este sitio también es posible inscribirse para el VII Encuentro o enviar sus dudas, para lo cual también se puede utilizar el mail del Encuentro: rio2012ifepfcl@gmail.com.

El día 6 de julio, a las 18 horas, la EPFCL tendrá su primer Simposio del Pasel! Antonio Quinet gentilmente ofreció su residencia para recibir los participantes que están siendo invitados por el Colegio Internacional de la Garantía.

El día 9 de julio (mañana y tarde), todavía en el Hotel Sofitel, Río de Janeiro, realizaremos las Asambleas Generales de la EPFCL y la de la IF.

Faltan contribuciones, en nuestro sitio para el *Freud scribit* y el *Lacan dixit*: entradas en las cuales esperábamos recibir contribuciones de los colegas de la IF-EPFCL en el mundo, pequeños pasajes tanto de la obra de Freud como de la de enseñanza de Lacan, con referencia al tema del Encuentro. Continuamos esperando nuevas contribuciones, inclusive de colegas que eventualmente no puedan venir a Río: sería una manera participar efectivamente de los trabajos que aquí se realizarán.

Sigue un mosaico, muy resumido, de los Preludios que fueron enviados hasta la fecha de la redacción de esta convocatoria para *Wunsch*. La lectura transversal que de ellos hago aquí, ya indica la dirección que tomamos frente a la pregunta “Qué responde el psicoanalista? Ética y clínica”. Agradezco enormemente a los autores de los textos y a sus traductores. Estos últimos fueron incansables. La convocatoria tiene la única intención de animar a todos a leer cada uno de los Preludios en su totalidad! Son excelentes, en las diferencias de sus estilos.

El texto de Colette Soler que inicia la serie de los Preludios observa que “la oferta analítica inaugurada por Freud ya era, ella misma, una respuesta a lo que él llamo el mal-estar”. “Freud responde al ‘mal-estar en la cultura’ poniendo en juego un deseo de saber inédito, que él llamó inconsciente, e inventando una oferta nueva: el psicoanálisis” (Diego Mautino). Respuesta que se relanza en el acto analítico en cada pase, de lo cual depende, “probablemente la perduración del psicoanálisis” (Colette Soler).

Esa es la vertiente política del pasel. Si Freud construyó el inconsciente, Lacan construyó el pase y la Escuela. El uno no va sin el otro, dos dispositivos: “uno más íntimo, en el ámbito interno, apunta a hacer avanzar la investigación en lo que concierne al deseo del analista, sobre las vicisitudes de la pulsión sometida al tratamiento analítico. El otro, externo a ella, extimo [extime], apunta a redefinir y transmitir la clínica psicoanalítica indisociable de la teoría y de la praxis” (Diego Mautino).

Si. El VII Encuentro tiene una vertiente política cuya amplitud ya se mide por el propio título: “¿Qué responde el psicoanalista? Ética y clínica”. Es eso lo que el responde. En la ciudad y en la relación de cada uno con la causa psicoanalítica, ambas marcadas por el síntoma que Lacan retomó también de forma política en *La Tercera* en (1974).

“Cuando el goce displacentero del síntoma lleva consigo el enigma del sentido, lo real de la clínica abre paso a la experiencia del inconsciente. Pues la emergencia de la pregunta en el sujeto de “¿qué quiere decir ese malestar?” le empujará a querer descifrar-lo en los significantes de su historia, los que le han determinado en el Otro y para el Otro” escribe Carmen Gallano. El pase entonces, cuando es logrado en la Escuela, “testimonia de un paso por el real que, transformando-lo, de traumático a causa de un deseo de saber, sorprende el cartel con el modo singular por el cual un sujeto sorprenden al cartel con el modo singular en el que en un sujeto se satisface del fuera de sentido de su goce y de la relatividad de una verdad de su saber de sujeto [para entonces], orientarse en las marcas propias de su lalengua” (idem). De ahí la cuestión que Carmen Gallano nos deja para el VII Encuentro: “de qué modo el decir del analista que parte de su relación con lo real del inconsciente, con un real que no es el de la Clínica, puede incidir en los diversos avatares en que el analizante padece de lo real de un goce; un goce que no entra en su deseo e incide en beneficio de la satisfacción subjetiva de ese analizante?” (idem).

El psicoanálisis dispone “un dispositivo que, acogiendo la co-respondencia entre el sujeto y el Otro, permitirá la escritura de una carta (letra) que no sea más una “robada”⁸⁷[...] “el analista, con su acto, responde con la equivocidad por la cual cada lalengua se distingue” [5]. Así, si la respuesta del analista – radicalmente original en la civilización – rescata por un lado la correspondencia extraviada entre el sujeto y el Otro, es tan solo para barajar sus cartas vaciando su sentido. Es la práctica del analista la que “debe dar cuenta de que, cortes del discurso, los hay tales que modifican la estructura a la que este se acoge originalmente”⁸⁸. Esa es la po(ética) del acto analítico”, observa Ana Laura Prates Pacheco. Respuesta “hecha de decir” como escribe Gabriel Lombardi en su Preludio ya publicado también en *La Lettre Mensuelle*, para mover a aquel que se dirige a un psicoanalista a partir de lo que con Vera Pollo, se identifica como “demanda de decir”: “enunciación de la regla analítica. Al enunciarla, el analista el analista testimoniará hasta donde llegó con su propio análisis [... lo que lleva al sujeto a confrontarse] con las tres dimensiones de lo imposible: en el sexo, en el sentido y en la significación”(Vera Pollo). Jairo Gerbase especifica: “el analizante habla, el analista dice”. “El analizante, al hablar, dice más de lo que quiere decir, y el analista al leer ese más, corta (idem). Y si “ lo real no se puede decir, excepto en acto [entonces se comprende en qué medida Lacan afirmó:] ‘trabajo en lo imposible de decir’, o sea, en la dimensión de lo real, del acto (idem).

En eso también el VII Encuentro tiene una apuesta política. “El psicoanálisis, por ser un elemento más en la trama sociocultural, no está exenta de los efectos subjetivos de la época” (Florencia Farías). Pues como muy bien observa Leonardo Rodríguez, “en estos tiempos en que el psicoanálisis es objeto de ataques siniestros, difamatorios y cargados de odio, y de evaluaciones pseudo-objetivas de su eficacia terapéutica, evaluaciones que arriban a la conclusión de que el psicoanálisis no es para nada útil para el tratamiento de estados patológicos y tragedias humanas (definidas estas últimas de acuerdo con categorías pseudocientíficas...)”, “nuestra respuesta es un acto, y en cuanto tal debe ser administrada responsablemente: no es por nada que respuesta y responsabilidad comparten la misma etimología”.

⁸⁷ En este caso la expresión en portugués “que não seja mais uma roubada” significaría, en español : “que no engañe”

⁸⁸ Jacques Lacan. El Atolondradicho En Escansión 1 Editorial Paidós. Buenos Aires, 1984. P. 49

Así, “El discurso del analista es un discurso de urgencia en el que es el decir el que socorre” (Michel Bousseyroux), muy al contrario de lo que se supone cuando se dice que el psicoanálisis no responde en casos de urgencia. Como “satisfacer esos casos de urgencia de la demanda” Por el corte de la interpretación, el único capaz de producir el decir de la demanda a partir de lo que se reproduce en la transferencia” (idem). “Lo que responde en la transferencia es el deseo del analista, ‘deseo de obtener la diferencia absoluta’, [...] que se encuentra al atravesar la angustia, al afrontar los riesgos que acechan al seguimiento indefinidamente del deseo” (Jesus Mansilla Navarro). “Un-decir, por saberse Un-todo-solo” [8], sólo para testimoniar la existencia de lo real. Es a esa existencia de lo real que el analista tiene el deber de responder” (Dominique Fingermann), dicho de otro modo, “la respuesta del psicoanalista dito de otro modo, “la respuesta del psicoanalista debe ser tal que lo Real pueda ser alcanzado” (Albert Nguyên). “Responder es responder a un otro decir, es un decir a la altura del Otro: el Decir toma la medida de la alteridad y de ahí su unicidad (unicidade - *uniqueness*) toma posición” (Dominique Fingermann).

Frente a la urgencia subjetiva, el “psicoanalista es ese de quien un analizante puede decir: ‘con él encontré alguien a quien hablar’, y ustedes bien saben, la expresión en francés quiere decir que aquel que escucha debe responder (Albert Nguyen). Así, “el ‘decir que No’ del acto y de la interpretación rompe el semblante de la verdad haciendo una vuelta más, un nuevo lazo con lo Real del cual el señala el agujero: Decir hace corte y hace nudo[...] una oportunidad de *Un Decir* [*Un Dire*] de otro modo” (idem).

“La ‘no toda respuesta’ del analista deja un espacio por fuera de lo que se anuda en este particular lazo social y así, hace ex-sistir al conjunto vacío, el transinfinito de Cantor, la incompletud de Godel, el elemento paradójico de Russell⁸⁹ etc, los diferentes recursos que usó Lacan para representar un vacío enmarcado, que es el lugar del objeto, la pulsión y el goce. No es un infinito ilimitado, el vacío que se dibuja en cada vuelta de la cadena de los dichos se unirá al lugar de la falta que ferozmente custodia el analista y que permitirá la experiencia de lo real en el análisis. Podríamos acuñar un matema “□ R” (Respuesta Barrada), como moneda de circulación interna para el VII Encuentro en Brasil, que dé cuenta de la Respuesta no-toda, que hace posible un análisis” (Susy Roisin). “Hay una equivalencia entre la posición del artista y la del analista en relación al acto creador y el acto analítico; es la aporía del acto, como la llama Lacan, en la cual el objeto es activo y el sujeto subvertido. Es en la estructura del equívoco, puntual y evanescente, que el psicoanalista debe encontrar su acto y la hiancia que hace su ley” (Patricia Muñoz)

“El psicoanálisis cuenta con poderosos recursos para subvertir el determinismo alienante. Corremos el riesgo de no saber ofrecer nuestra escucha a los casos clínicos que escapan a nuestras fórmulas clásicas. El psicoanálisis tiene los medios para incidir sobre la modalidad del discurso que atrapa al sujeto, para restituirlo en su dimensión ética, y es su responsabilidad ‘no acomodarse en su sillón’ y poder responder (Florencia Farías). “Si quisieramos hacer un elogio al psicoanalista [que no se acomoda en su sillón] ‘esa figurada nacida de la obra de Freud⁹⁰ deberíamos hablar de la cualidad de su presencia” (Sol Aparicio).” Saber ser allí” (Juan Guillermo Uirbe)

Rio de Janeiro, 22 de mayo de 2012.

Sonia Alberti
Presidente do VII Encontro da IF-EPFCL

Traducción de Clara Cecilia Mesa

⁸⁹ Lacan, El Atolondradicho, 1972

⁹⁰ La expresión es de Lacan, en "Allocution sur les psychoses de l'enfant", Autres écrits, p.363

Índice

Editorial

por Ana Martínez Westerhausen 02

La Escuela a prueba del pase

Mesa redonda “El discernimiento del pasador”

- Colette Soler (Francia), *El pasador* 03
Elisabete Thamer (Francia), *El discernimiento del pasador* 05
Frédérique Decoin-Vargas (Francia), *El discernimiento del pasador* 08
Béatrice Tropis (Francia), *Pasador de testimonios... “passando” (pas-sant) efectos* 12
Trinidad Sanchez-Biezma de Lander (España), *El pasador simple escriba* 15

Mesa-redonda “La apuesta del A.M.E. y sus consecuencias”

- Carmen Gallano (España), *La apuesta del A.M.E. y sus consecuencias* 18
David Bernard (Francia), *De experiencia(s)* 20
Patricia Muñoz (Colombia), *El A.M.E. es responsable del progreso de la Escuela* 23
Bernard Nominé (Francia), *Sobre el A.M.E.* 26

Ecós del Tercer Encuentro Internacional 29

Réplicas de los dispositivos locales a los debates

- Antonio Quinet (Brasil), *Sobre el A.M.E. en nuestra Escuela* 32
Rosa Roca (España), *Un breve comentario* 32
Ana Alonso y María Luisa de la Oliva (España), *Algunas consideraciones sobre el A.M.E.* 34

El psicoanálisis, finales, continuaciones

- Albert Nguyên (Francia), *La Escuela a prueba del pase* 38
Colette Soler (Francia), *El fin, los fines* 41

Contribuciones de los A.E.

- Marcelo Mazzuca (Argentina), *El analista analizante* 46
Cora Aguerre (España), *El devenir del síntoma* 48

Trabajos de los carteles del pase

CARTEL 1

- Marc Strauss (Francia), *Hacerse escuchar, o la marca de suspensión de lo singular* 54
Dominique Fingermann (Brasil), *¿Qué es lo que hace diferencia?* 59
Rosa Escapa (España), *Faltar de otro modo a lo real* 63
Pascale Leray (Francia), *El pase y lo real* 66
Anita Izcovich (Francia), *Efectos de corte* 69

CARTEL 2

- Anne López (Francia), *Ecós y huellas* 71
Luis Izcovich (Francia), *Los dispersos disperejos* 73
Patricia Muñoz (Colombia), *Efectos del dispositivo del pase* 77

CARTEL 3

- Albert Nguyên (Francia), *Buenas sorpresas* 79
Ana Martínez (España), *Primera réplica* 84
Patricia Dahan (Francia), *Segunda réplica* 86
Diego Mautino (Italia), *Tercera réplica* 88
Mario Brito Afonso (Venezuela), *Cuarta réplica* 91

Ustedes han leído Wunsch 11 ?

Marc Strauss (Francia), *Democracia y nominación*

94

Carmen Gallano (España), *Entre pasante y pasador*

96

Presentación del Catálogo de los Carteles

Dominique Fingermañn (Brasil), *El Cartel hace Escuela*

99

VII Encuentro

100

Internacional de la IF-EPFCL

Wunsch 12 es editado por el CAOE 2010-2012

Compuesto por:

Dominique FINGERMANN

Ana MARTINEZ

Patricia MUÑOZ

Albert NGUYÊN

Maquetación

Cícero OLIVEIRA

Tradutores

Alba ABREU – Ana Claudia FOSSEN – Ana MARTINEZ – Andrea BRUNETTO –
Andrea DELL’UOMO – Angela MUCIDA – Annalisa BUCCIOL – Anne-Marie
COMBRES – Antonella SCARPELLI – Antonia IMPARATO – Armando COTE – Bela
ZAJDENFISZ – Bittori BRAVO – Carmine MARRAZZO – Cecilia RANDICH –
Celeste SORANNA – Cícero OLIVEIRA – Claire PARADA – Clara MESA – Claudia
DOMINGUEZ – Conrado RAMOS – Diego MAUTINO – Dominique
FINGERMANN – Elisabete THAMER – Elisabeth ROCHA MIRANDA – Elisabeth
SAPORITI – Elisabetta MATTARELLI – Fabiano RABELO – Fernando SILVERIO
ALVES – Flavia TAGLIAFIERRO – Francesca VELLUZZI – Fulvio MARONE –
Gaetano TANCREDI – Glaucia NAGEM – Graça PAMPLONA – Gracia AZEVEDO
– Gustavo RESTIVO – Irène GARRABÉ – Iris SANTANA – Isabella GRANDE – Ivan
VIGANÒ – Jairo GERBASE – Lia SILVEIRA – Lidia HUALDE – Lina VELEZ – Luis
Guilherme COELHO – Lydie GRANDET – Marcel VENTURA – Maria Domenica
PADULA – Maria Eugenia COSSUTTA – Maria Luisa SANT’ANNA – Maria Teresa
MAIOCCHI – Maria Vitoria BITTENCOURT – Maricella SULBARAN – Maruzania
DIAS – Nathalie DOLLEZ – Paola MALQUORI – Patricia GAVILANES – Patricia
MUNOZ – Patrizia GILLI – Paulo RONA – Roberta GIACCHÈ – Rosa ESCAPA –
Sandra BERTA – Silvia BUSNELLI – Sonia MAGALHÃES – Tereza Maria RAMOS
DE OLIVEIRA – Valérie CAPDEPONT – Vera POLLO – Vicky ESTEVEZ – Zilda
MACHADO

